



EN LA CASA PERFECTA,
NADIE DICE LA VERDAD.

EL
MARIDO
PERFECTO
JOTA FRANCES

UN THRILLER PSICOLÓGICO QUE TE HARÁ
DUDAR DE TODO... INCLUSO DE TÍ.

**EL
MARIDO
PERFECTO**

JOTA FRANCES

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *El marido perfecto*

Copyright © 2026 – *Jota Frances*

Gracias por comprar esta novela.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

CAPÍTULO 1

LAURA

—Tiene pulso. Ha vuelto. —Escucho una voz muy cerca de mí—. Arrancamos con noradrenalina a 0,1.

Intento concentrarme, pero no puedo. Hay varias personas a mi alrededor. Batas verdes. Una luz cegadora encima de mi cabeza. Creo que es un quirófano de Urgencias.

El dolor es como un punzón que me hurga dentro del pecho. Me atraviesa de lado a lado, casi me parte en dos, y al fin consigo abrir los ojos, abrir la boca, arquear el cuello para intentar respirar.

Con la primera bocanada de aire la sensación afilada se diluye un poco. Una lágrima me resbala por la mejilla. Duele. Dios, cómo duele.

—Sube a 0,2. La tensión no remonta.

Es un médico. Sé reconocerlos. Algo en la manera de pronunciar esas palabras me altera, aunque no sé por qué. ¿Acaso es el que me ha salvado la vida? ¿Qué hago aquí? Intento recordar qué ha pasado, pero mi memoria se niega a cooperar. ¿Fue ayer cuando él y yo...?

—¡Tengo que verla! —La voz llega desde más lejos. Suena desesperada—. ¡Necesito verla!

Esas palabras me atraviesan como una descarga eléctrica. Un escalofrío me recorre cuando reconozco ese timbre, esa urgencia. Intento girar la cabeza hacia allí, pero alguien me bloquea la visión. Otra bata verde. La enfermera que intenta pegarme un electrodo en el pecho.

—Tienes que salir de aquí —le dice el médico tras su mascarilla de quirófano a aquel desconocido. Firme. Tajante.

—Dime que se pondrá bien. —Suená roto—. Dime que saldrá de esta.

Quiero gritar. Quiero decirles que lo echen, que rellenen un certificado de defunción y le digan que no hay nada que hacer conmigo. Pero la angustia me sube por la garganta y entonces me doy cuenta de que algo la obstruye. Estoy intubada. Intubada e inmóvil.

Y él está aquí.

—Laura ha salido de peligro —le informa el doctor, con ese tono que usan para calmar a los familiares—. Ahora tienes que marcharte y dejarnos trabajar. Tú deberías saber mejor que nadie cómo funciona esto.

Noto que mi conciencia empieza a fragmentarse. Como un cristal que se agrieta bajo presión. Apenas tengo fuerzas para mantener los ojos abiertos. Tengo que contarles todo. Tengo que advertirles.

—Amor mío, casi te pierdo —gime esa voz, cada vez más lejos.

Grito con todas mis fuerzas, pero de mi garganta no sale ningún sonido. La oscuridad lo ocupa todo.

CAPÍTULO 2

LAURA

Ahora.

—Te hemos bajado la medicación. En breve podrás marcharte. —
Sonríe—. Y tutéame. Soy Álvaro.

Lo dice como si lleváramos meses tratándonos. Yo acabo de salir del coma.

Aun así, me gusta mi médico. Es uno de esos doctores que no tratan al paciente como una amalgama de órganos y síntomas sin sentimientos. Se sienta a los pies de mi cama cada día desde que recobré la conciencia. Si no fuera por la bata blanca, diría que es un buen amigo que ha venido a verme.

Desde que desperté paso casi todas las horas durmiendo. Hasta el momento no he tenido visitas. Tampoco he preguntado si eso es normal. No sé qué día es hoy ni me he atrevido a preguntar por qué estoy aquí. Mi realidad es difusa. Como hecha a retales: algo de luz y mucho de sombras.

Aún me cuesta hablar. Supongo que el tubo que me mantuvo con vida ha dejado algún daño en la garganta. Alguien me dijo una vez que cuando no te salen las palabras es porque tienes miedo a lo que puedas decir. Cuando has estado intubada, la cosa tiene otro significado.

—Me-me duele la pierna —articulo con dificultad, señalando el lado izquierdo.

Él asiente, mira de reojo el monitor sobre mi cabecera y me sonríe.

—Eso es una buena señal.

Alzo las cejas. ¿Cómo puede serlo?

—Tenías una fractura en esa pierna —me explica—, pero sanará pronto. Te hemos operado. Todo ha salido de maravilla. —Hace una pausa. Juraría que está evaluando mis reacciones, y eso me pone nerviosa—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Parpadeo. He intentado recordarlo. De verdad que lo he intentado. Pero mi memoria se niega a cooperar, así que disiento con la cabeza. Él no deja de observarme, como si de mis respuestas dependiera su próxima decisión.

—Tuviste un accidente. —Otra pausa—. Tu coche se salió de la calzada y cayó por un terraplén. ¿No lo recuerdas?

Nunca he entendido eso de hacer un esfuerzo por recordar. Los recuerdos o están o no están. En mi caso parece que se han disuelto. Trago saliva a pesar del dolor y niego de nuevo. Ni siquiera sé de qué marca o color es mi coche. ¿Un accidente? ¿Debería reaccionar con preocupación? ¿Llorar? No siento nada en particular, pero prefiero no decirlo.

—Te encontré alguien que se había detenido al borde de la carretera. Si no fuera por él, quizá... —Se calla—. Llegaste al hospital con paro cardíaco, pero logramos reanimarte. ¿Seguro que no te acuerdas de nada?

Quiero gritarle que no. Que solo recuerdo... ¿qué recuerdo? De repente le doy sentido a las lagunas que inundan mi mente. Como si mi vida fuera una sucesión de flashes sin orden, destellos que me deslumbran y desaparecen. Noto que el corazón se me acelera. La pierna, la jodida pierna. ¿Es que no me han dado nada para el dolor?

—Laura. —Mi médico se inclina hacia mí sin dejar de observarme—. Los escáneres cerebrales muestran una lesión por contusión en el lóbulo temporal. Es el área que gestiona los recuerdos. Por eso sientes ese vacío, pero en traumatismos como el tuyo la amnesia suele ser parcial o temporal. —Sonríe de nuevo—. Tu cerebro necesita desinflamarse, nada más.

Tardo en procesar aquello.

¿Amnesia? ¿Tengo una jodida amnesia como si fuera la protagonista de una película de serie B?

Noto que empiezo a hiperventilar. Eso no lo he olvidado. Al parecer mi cerebro es selectivo y no quiere borrar las malas costumbres. Tomo aire. El médico tiene un brillo de preocupación en la mirada. Carraspeo.

—¿Cu-cuándo recuperaré...? —La última palabra no soy capaz de pronunciarla.

Él vuelve a mirar el monitor al que estoy conectada. Debo de estar en la UCI, porque me rodean tantos aparatos que parece que estoy pilotando un avión. Por eso no ha venido nadie a verme. Por eso esta soledad.

—No puedo decírtelo. —Le agradezco que se sincere—. Puede ser hoy, dentro de un mes o... en cualquier momento. Mañana te pasaremos a planta.

O puede no ser nunca. Eso es lo que iba a decir, pero no ha sido capaz. No me cree preparada para afrontarlo. ¿Les enseñarán a estos doctores cómo decirle a un paciente que parte de su vida se ha ido a la mierda?

Cierro los ojos. Recuerdo a mis padres. Intento hacer una suma fácil y obtengo el resultado sin problemas. La capital de Perú es Lima. El Amazonas es el río más caudaloso del mundo. Pero... ¿cómo es mi coche? ¿Cómo fue el accidente? ¿Iba sola?

Esto último me arranca un escalofrío y el monitor acelera sus pitidos. Ni siquiera me acuerdo de haberme salido de una carretera. ¿Cómo puede ser?

Intento buscar mi recuerdo más reciente. Tiene que estar aquí, en mi cabeza. Solo necesito indagar. Me llega el flash de un día paseando al sol en una plaza. Sé que es Madrid, aunque no hay nada que lo identifique. El calor del sol sobre mi piel. Una sensación agradable.

Al menos eso lo recuerdo.

—¿Dónde...?

No puedo articular una frase entera. Me duele demasiado la garganta. Pero él parece comprenderme y sonrío.

—Es el mes de octubre y estamos en Cádiz. ¿Te acuerdas de que vives a un tiro de piedra de la playa?

Parpadeo varias veces. ¿La playa? Nunca me ha gustado el mar. Mi madre decía que era de secano. ¿Qué mierda hago en Cádiz? El doctor analiza cada uno de mis gestos. Sonríe, pero sus ojos están preocupados. ¿Y mis padres? ¿Por qué no han venido todavía a verme?

Comprueba algo en su móvil y lo guarda deprisa.

—Laura. —Se ha puesto muy serio—. Necesito que me des permiso para algo.

Lo miro sin comprender.

—¿Per-permiso para qué?

Se pone de pie. De repente parece incómodo. Lo noto porque descarga el peso de un pie al otro.

—Permiso para que tu marido entre a verte.

CAPÍTULO 3

DOIRA

Antes.

No ha sido una buena idea.

Miro hacia atrás. La luz del faro barre la playa a intervalos, lo que genera un efecto más inquietante que tranquilizador.

A lo lejos suena la música del chiringuito, que cerrará justo antes del amanecer. El «solo una copa más» es mi perdición. ¿Por qué no me he vuelto al apartamento con mis amigas? Lo sabes, Doira. Porque el de la camisa de flores te había echado el ojo y no podías perder la oportunidad.

Avanzo a ciegas. A mi derecha está el mar. Lo delata una línea de espuma casi inmóvil, porque hoy no hay viento y apenas olas. Nunca he sido miedosa, pero caminar dos kilómetros a las cuatro de la madrugada por una playa desierta asustaría a cualquiera. En Los Caños de Meca la...

¿Qué ha sido eso?

Me detengo. Aguzo el oído. Ha sonado a rama seca que se quiebra al ser pisada. Pese a que aún es verano y hace calor, se me eriza la piel.

—¡¿Hola?! —Me siento ridícula nada más gritarlo. Si alguien tuviera intención de hacerme daño, no lo anunciaría antes. Por supuesto, nadie contesta. Me entran ganas de reírme de mí misma.

La luz del faro barre de nuevo la playa, las dunas, la masa densa de pinos de La Breña. Yo la sigo con la mirada, buscando a alguien agazapado entre las sombras. Claro que no hay nadie. Y si lo hay, será una pareja disfrutando entre las dunas.

Como debería estar haciendo yo con el de la camisa de flores.

Mi intención esta noche era recogerme pronto. Ayer nos acostamos a las tantas. Y antes de ayer también. Estudio Medicina, sé lo que hace el alcohol en el cuerpo y la MDMA en el cerebro. Pero entonces apareció aquel tipo floreado justo en el centro del chiringuito.

Que me gustara no era extraordinario. Estoy segura de que les gustaba a todas. Así que cuando lo pillé mirándome dos veces seguidas me aseguré de que no se estaba fijando en alguien de detrás.

—Ese te está marcando. El de la camisa rara.

El comentario de mi amiga lo confirmó.

Ha sido un rato de tira y afloja. Miradas intensas. Sonrisas de ida y vuelta. Casi hemos bailado juntos. Debería haberle entrado, eso es cierto. Pero me gusta que sea al revés. Que sea él quien dé el primer paso, para darme la oportunidad de decidir.

A las tres se han largado mis amigas.

—Cómetelo, leona.

Quince minutos después lo he perdido de vista. Sin saber su nombre. Sin saber cómo suena su voz. Sin haberle comido la boca. ¿Hay algo más patético que eso?

Escucho otra vez ese sonido de rama rota. Me detengo y me giro al instante. Por algo llaman a esta playa Marisucia: es adonde van a parar todas las derivas del Estrecho.

Esta vez no digo nada. Me quedo quieta, con el oído pendiente de cualquier ruido. La duna que acabo de pasar ha atenuado la música del chiringuito y me ha alejado un poco más de cualquier lugar civilizado.

Cuento. Uno, dos, tres...

A la de seis, el halo de luz del faro vuelve a barrer las sombras y entonces lo veo. Solo un instante. La silueta de un hombre. De pie. En la oscuridad. Tan quieto que siento un cosquilleo de miedo en la nuca y me entran ganas de correr.

La visión ha sido tan breve que dudo de si es verdad. El corazón me late desbocado. Le prometí a mi madre que tendría cuidado. La convencí de que no leyera más periódicos, que son unos alarmistas.

Lo que les ha pasado a esas chicas ocupa de repente todo mi pensamiento. ¿Cómo se me ha ocurrido atravesar sola y a estas horas la zona más desierta de la playa? ¿Cómo he sido tan idiota?

El rayo de luz barre de nuevo el paraje. Cuando llega al punto exacto donde he creído ver al hombre, este ya no está.

Porque ahora camina hacia mí.

Se me escapa un grito ahogado.

Mis piernas al fin responden.

Y solo soy capaz de correr.

CAPÍTULO 4

LAURA

Ahora

Me hundo en la almohada. Si hubiera sido capaz de incorporarme con una pierna recién operada, habría dado un paso atrás.

El médico ha dicho... ¿mi marido?

Lo primero que pienso es que me ha confundido con otra. ¿Y si había alguien más en mi coche? ¿Y si fuera esa otra mujer quien...? Una idea horrible me cruza la mente. ¿Y si me he quemado el rostro, me he desfigurado la cara, y este médico cree que soy...? Me palpo la frente, las mejillas, los labios. La piel está suave. Tensa, me atrevería a decir.

Él me observa. Como si tomara nota de cada una de mis reacciones.

—Le hemos dado muchas vueltas a cómo decírtelo, pero en vista de que es un caso un tanto especial, hemos supuesto que querías saberlo cuanto antes. —Hace una pausa—. Sobre todo porque tenemos que darte el alta.

¿Especial? No sé qué contestar. Descubrir en una misma conversación que has perdido la memoria y que estás casada no es fácil de digerir. Miro al doctor esperando que diga que todo es una broma. O que es una prueba médica para evaluar cómo respondo a situaciones terroríficas. Pero su rostro me dice que nada de eso es así. Trago saliva y la garganta me arde.

Permiso para que tu marido entre a verte.

La sensación de vacío en el estómago es inmediata. Pesada. Como si hubiera tragado piedras. ¿Casada? No soy de esas. No hay nada en mí que pueda llevar a un hombre a pedirme matrimonio.

—Sé que no es fácil de digerir. —El doctor ha elevado los antebrazos, como si quisiera defenderse—. Por eso hemos esperado hasta que te has recuperado lo suficiente. Será mejor que él te lo explique.

Se da la vuelta hacia la salida. Alzo una mano para detenerlo y la vía que tengo clavada en la vena me hace daño. La garganta me arde y no me salen las palabras. Quiero exigir que vengan mis padres, que sean ellos quienes me lo cuenten todo antes de que...

Pero es tarde. La puerta se abre y el hombre entra en la habitación.

Por un instante se queda ahí. De pie. Quieto. Como si hubiera un láser invisible que lo partiría en dos si diera un paso más. Me observa con los labios ligeramente separados, conteniendo la respiración.

—Laura —dice tras un largo silencio.

Me quedo mirándolo. Tiene el pelo más largo, pero igual de bonito que el día que lo conocí. Es él. Sin duda. Creo que fue lo primero que me llamó la atención de él. Su cabello. Es de esos hombres que, después de un vendaval, siguen bien peinados. Mi rala pelambrera rubiasca, en cambio, se desbarata con solo girar la cabeza. Me mira con una mezcla de tristeza y preocupación. Mi amiga lo llamó «ojazos», porque hay que reconocer que los tiene impresionantes. A mí me parecía un apodo demasiado cursi, pero lo acepté.

Tanto tiempo. ¿Cuántos años?

Parpadeo sin pretenderlo. Tengo la boca seca. Me duele la cabeza. Todo gira a mi alrededor como un caleidoscopio. Al fin logro centrar la mirada.

—¿Da-Daniel? —pregunto, aunque sé de sobra quién es.

Suelta un suspiro ahogado y se lleva una mano al estómago. Reparo en su muñeca. Lleva un Casio plateado con calculadora. Vintage. Es el tipo de reloj que llevaría un niño bien que quiere parecer original.

—¡Gracias a Dios! —exclama, como si se quitara un peso de encima—. Al menos te acuerdas de mi nombre.

Esto no tiene sentido. ¿Daniel? Si no me doliera todo el cuerpo, pensaría que hay una cámara oculta y que un presentador de televisión va a aparecer de un momento a otro para decirme que soy una chica estupenda.

Daniel permanece de pie en el mismo sitio. Los dos miramos al médico, que parece un taxidermista orgulloso de sus dos últimas creaciones.

—¿Ves? —le dice a Daniel—. Te recuerda. Eso es muy buena señal.

Quiero gritarle que no le hable a él. Que se centre en mí. ¿No hay un protocolo para esto? Hay protocolos para todo, incluso para cómo tienen que limpiarte la mierda del trasero cuando estás impedida. Tiene que haber una forma racional de decirle a una mujer con amnesia que está casada con...

¿Cuánto tiempo llevamos juntos? Daniel y yo no éramos... Esto es imposible. Yo jamás le gustaría a un tipo como él. Absolutamente imposible.

Intento serenarme.

—¿Desde cuándo...? —articulo con dificultad, pero de nuevo no termino la frase.

—Hace poco más de un año —contesta—. Y fue el día más feliz de nuestra vida.

CAPÍTULO 5

DOIRA

Antes.

Me topo de bruces con su cuerpo. Más bien me precipito contra él. Si no fuera porque es un tipo fuerte, ambos habríamos caído rodando por la arena.

Grito.

En el silencio de la madrugada es más bien un alarido. El tipo de sonido que debe haber escuchado incluso un lobo de mar al otro lado del Estrecho.

Logro desasirme de sus brazos. Retrocedo. Tropiezo, casi pierdo el equilibrio, pero me mantengo con los puños alzados. Dispuesta a dar patadas. Mordiscos. Puñetazos. Lo que haga falta.

Él me mira entre cuidadoso y sorprendido. La Urbanización Playas del Estrecho está a varios cientos de metros. Demasiados. La playa oscura a mi espalda. El paseo iluminado parece otro país desde aquí.

Él alza las manos, las palmas extendidas, como si yo fuera un animal herido al que no conviene asustar.

—¿Estás bien?

Pantalones cortos. Chanclas. Una cazadora negra con la capucha cubriéndole la cabeza. ¿Quién sale así a pasear a estas horas?

No puedo pensar. El corazón me martillea las costillas y toda la sangre se me ha bajado a las piernas. Las mismas piernas que me han traído hasta aquí corriendo sobre una arena que parecía querer tragarme.

Miro hacia atrás. Oscuridad. Solo oscuridad. ¿Y el tipo que me perseguía? ¿Sigue ahí?

Espero con los dientes apretados hasta que el faro barre la playa. Estoy segura de que esa sombra oscura me acecha a unos metros, agazapada, a punto de abalanzarse.

La luz pasa de largo.

No hay nadie.

Lo cual, de alguna manera, es aún peor.

—¿Necesitas ayuda? —insiste el desconocido contra el que he chocado.

Solo entonces le presto la suficiente atención. Ha debido venir en la dirección opuesta. Sus ojos azules parecen preocupados. Genuinamente preocupados, o eso quiero creer. Estoy segura de que no sabe qué hacer, si llamar a la policía o marcharse y dejarme sola.

Esto último me produce un escalofrío. Tengo que cruzarme de brazos para no tiritar.

—Un hombre me está persiguiendo.

Él asiente. Si cree que estoy loca o borracha, no da muestras de ello. Punto a su favor. Mira detrás de mí, hacia la oscuridad, y aguarda. De nuevo la luz del faro recorre palmo a palmo la playa, la disecciona como un bisturí de luz blanca que corta la noche en dos.

Nada. Ni una sombra. Ni una huella que no sea la mía.

Cuando la luz pasa de largo, me mira.

—Ha debido marcharse. Quizá se haya asustado al verme.

Que no dude de mí me devuelve una pizca de confianza. Señalo hacia atrás, hacia la zona del faro, de donde vengo.

—Lo he visto. Parecía acecharme.

No sé si piensa que soy una de esas mujeres asustadizas que ven peligro en cada sombra. El caso es que no parece dudarlo.

—¿Quieres que te acompañe hasta el paseo? —sonríe—. A partir de ahí hay luz y podrás seguir tú sola. Si quieres.

Lo dudo. Mi madre me ha advertido mil veces: no te fíes de nadie. Varias chicas han desaparecido en la misma zona en los últimos años. Todas estaban cerca de la playa. Todas eran confiadas.

Yo no.

Él parece deducir que tengo frío, que estoy aterida. Se desabrocha la cazadora negra, se la quita y me la tiende. El gesto es tan natural que casi parece ensayado.

—Ya me la devolverás.

Y solo entonces reparo en que es el tipo de la camisa de flores.

El del chiringuito de la playa.

El que había desaparecido justo antes de que alguien empezara a seguirme.

Y que, al tenderme su cazadora, ha dejado claro que ya se la devolveré.

Como si supiera que volveríamos a vernos.

CAPÍTULO 6

LAURA

Ahora

—¿Po-podemos hablar a solas? —le exige al médico.

Asiente y le hace un gesto a Daniel para que nos deje. Escucho cómo sale de la habitación. Cómo cierra la puerta. No he querido ver su reacción. La del hombre que dicen que es mi marido.

Mi marido.

Me toco la garganta. Sigue doliendo. Parece que menos.

El doctor se acerca otra vez a la cama y se sienta a los pies. Si antes me pareció un gesto humano, ahora me desagrada. Me mantiene la mirada. Yo no la aparto. Odio cómo me late la sien, ese pulso furioso que probablemente él esté viendo en los gráficos que parpadean sobre mi cabeza. Mi cuerpo me está delatando.

—No es fácil. Lo sé.

No. No lo sabe. Habrá leído manuales. Habrá tratado a otros pacientes con la misma dolencia. Pero es imposible que sepa lo que se siente al despertar y descubrir que tu vida se ha reescrito sin tu permiso. Me doy cuenta de que tengo tan apretadas las mandíbulas que me duelen.

—Necesito hablar con mi padre.

Me sale de corrido, sin titubeos. Mi padre lo arreglará. Mi padre siempre lo arregla todo. El médico deja escapar el aire de sus pulmones, y ese suspiro me dice más que cualquier diagnóstico.

—Laura —entrecruza los dedos—, aún no sabemos hasta dónde alcanza el daño cerebral, pero parece que tienes una amnesia retrógrada lacunar. Has perdido una ventana de tiempo específica, aunque aún no sabemos cuánto abarca.

¿Dos semanas? ¿Dos meses? ¿Dos años? Como si la vida de una persona pudiera desaparecer sin más, como las llaves del coche o un paraguas en un taxi.

—Mi padre...

No me deja terminar. Una sombra le oscurece la mirada, y sé lo que va a decir antes de que lo pronuncie. Lo sé porque el cuerpo lo sabe antes que la mente. Algo se contrae en mi estómago.

—Tu padre ya no está. Tampoco tu madre.

Se aclara la garganta. Cruza una pierna sobre la otra. Gestos de alguien que ha dado malas noticias muchas veces y sabe que lo peor es el silencio que viene después.

—Que hayas reconocido a Daniel es muy buena señal.

Las palabras llegan, pero no se conectan a nada. Las oigo. No las siento. Mi padre ya no está. Tampoco mi madre. Son palabras. Solo palabras.

—¿Cómo que no están?

Se pone de pie. Comprueba unos datos en la pantalla. Solo entonces me mira, y me doy cuenta de que está ganando tiempo.

—Laura, es mejor que no hablemos de eso. No te viene bien.

—¿Y que aparezca ese tal Daniel fingiendo ser mi esposo sí me conviene?

Intenta reprimir un suspiro. No lo consigue del todo. Supongo que no es la primera vez que se enfrenta a una desmemoriada que le complica la mañana. Se cruza de brazos, y tengo la impresión de que se está preparando para soltar algo que no me va a gustar.

—Daniel es tu esposo. ¿Por qué íbamos a mentirte? Pregunta a las enfermeras, a los médicos. La mayoría de ellos fueron invitados a vuestra boda.

Sonríe. Se nota que se ha esforzado por hacerlo.

—En tu situación es normal que no te acuerdes.

Lo analizo. Treinta y pocos. Un tipo tan corriente que sería fácil no acordarse de él ni siquiera sin amnesia. No es la mejor opción para ejercitar mi memoria.

—¿Tú y yo nos conocíamos?

Asiente.

—Y a Carme, la enfermera, y a la mitad de los trabajadores de esta planta. Daniel trabaja en este hospital. Aquí todos son amigos. En el Sur...

Y sigue, pero yo no lo escucho. Algo dentro de mi cabeza acaba de hacer clic. Como una cerradura que encuentra su llave. Cierta información dispersa se ordena de una manera precisa y entonces lo veo con la claridad de una frase escrita en mayúsculas.

Lo digo sin pensarlo.

—Mis padres han muerto.

No es una pregunta. Sus brazos se descruzan. Se frota las palmas de las manos en los pantalones, y ese gesto diminuto me confirma lo que sospecho: no debería enterarme de esto tan pronto. Es demasiado para un cerebro que acaba de reiniciarse.

—Sí, hace unos meses —tarda en confirmarlo, como si pesara cada palabra antes de soltarla—. Lo pasaste muy mal. El duelo fue complicado.

Miro al techo. Intento recordar cuándo fue la última vez que los vi. Nada. Mi madre siempre tuvo tendencia a recriminar todo lo que hacía. Mi padre, en cambio, a hiperprotegerme. Una combinación extraña. Una hija sobreprotegida y culpabilizada a partes iguales. Eso fui.

Mis padres están muertos.

Busco una emoción. Cualquiera. Tristeza, rabia, desesperación. Algo que demuestre que soy una persona normal que acaba de perder a sus padres. No encuentro nada. Solo un vacío blanco y limpio, como este techo.

Prefiero creer que la mujer que fui antes de despertar lloró por ellos.

Me giro hacia el médico. Él también me mira. Me estudia, más bien. Como quien observa una radiografía en la que algo no cuadra. El dolor de garganta se ha vuelto más tenue. Quizá mi cuerpo ha decidido que no puede ocuparse de todo a la vez.

—¿Cómo es que no recuerdo sus muertes?

—Tu cerebro está priorizando la estabilidad biológica sobre la emocional. Es normal que ahora sientas esa anestesia afectiva. Esa

frialdad es un mecanismo de defensa, una consecuencia de la desconexión entre el lóbulo temporal y la amígdala.

Habla como un libro de texto. Los médicos hacen eso cuando no saben qué decirte.

—Ahora debes centrarte en tu recuperación.

Otra idea llena mi cabeza. Peor que las anteriores. Mucho peor. Casi no me atrevo a preguntar, porque si la respuesta es la que temo, no sé cómo voy a sobrevivir a esta conversación.

Al final me lanzo.

—¿Daniel y yo tenemos... hijos?

Contengo la respiración. El silencio dura un segundo, quizá dos, pero se estira como un año entero.

Él sonríe.

—Aún no.

Se me escapa el aire contenido. Todo el aire del mundo. ¿Cómo habría reaccionado ante unos hijos a los que no recuerdo? ¿Se puede olvidar que amas a alguien? Eso me parece peor que la muerte. Peor que todo lo demás.

Lo miro de nuevo.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Qué se supone que debo sentir?

Adelanta una mano y toma la mía. Su piel es cálida. Es lo primero agradable que experimento desde que he despertado.

—Lo que sientes en este momento es lo que debes sentir —me dice—. No quieras saberlo todo de golpe. Paso a paso, Laura. Asume lo que ha sucedido hoy, y mañana ya veremos. Mañana estarás en planta y en un par de días en casa. Los recuerdos volverán. Confía en mí. Estás en buenas manos.

Vuelvo a mirar el techo. Blanco. Impoluto. Como mi memoria. Así que Cádiz. Tomo aire.

—Dame cinco minutos a solas y dile que pase.

Él hace un chasquido con los labios antes de sonreír.

—Es la mejor decisión.

Y se marcha.

No sé si es la mejor decisión.

Solo sé que es la única que tengo.

CAPÍTULO 7

VERA

El salón es grande. Grande y venido a menos, con ese aire de segunda vivienda en la playa que ha pasado tiempos mejores, pero todo eso me da igual.

No soy una mujer con suerte, así que, cuando vi el anuncio de que la alquilaban, no lo dudé un instante. Había otros interesados. Aquí la oferta es reducida. Ofrecerme a pagar los gastos de la mancomunidad y a cuidar el jardín ha decantado a los propietarios a mi favor.

Casi he sentido ganas de vomitar escuchándome reír a carcajadas por teléfono, soltar chistes absurdos y ser complaciente para que los dueños de esta casa se convencieran de que jamás encontrarían a una inquilina mejor que yo.

Una mujer madura, sola, pulcra y bien educada. Sin hijos. Una inquilina ideal.

La casa tiene dos plantas, como la mayoría del entorno, y un jardín alrededor. El camión de mudanzas ha dejado todas las cajas en el salón. Uno de los hombres que las ha cargado se ha ofrecido a ayudarme, pero le he dicho que no de una manera tan tajante que no ha vuelto a dirigirme la palabra.

En cuanto me quedo a solas, empiezo a prepararlo todo. No es difícil. Solo tengo que replicar lo que llevo montando y desmontando en mi cabeza desde lo de mi madre.

Lo primero es la luz.

Apago la del salón. Bajo las persianas a media altura. Compruebo qué zonas son visibles desde el exterior y cuáles permanecen en sombra. La del rincón derecho la bajo del todo.

Después me siento en el suelo, contra la pared, y miro hacia la ventana.

Perfecto. Soy invisible, aunque puedo ver el camino, la cancela, incluso la curva por la que entran y salen los coches de la urbanización.

Saco un cuaderno de tapas blandas de una de las cajas más pequeñas. Lo dejo sobre la mesa del salón, junto a una libreta nueva sin estrenar y dos bolígrafos negros idénticos. Uno como repuesto por si falla el otro, o por si el universo decide que hoy tampoco me va a poner las cosas fáciles.

El otro cuaderno, el viejo, tiene años. Una goma elástica negra le aguanta las tapas. Letra de mujer en mayúsculas y un corazón torcido decoran la primera página.

No lo abro. Hoy no.

Lo guardo en el cajón de la mesa con una llave que escondo en el bolsillo del vaquero.

Sigo con las cajas.

Plato, vaso, taza, cuchillo, tenedor y cuchara. Uno de cada. La casa me la han alquilado tal y como los anteriores inquilinos la dejaron y tiene de todo, pero prefiero no dejar rastro.

Desempaqueto las sábanas para una sola cama. Toallas para una sola persona. Cuelgo tras la puerta del baño principal el albornoz.

Mi madre lo llevaba cuando se sentaba en la cocina los domingos a primera hora a leer el periódico. A veces, los últimos años, lo llevaba puesto al mediodía. Y, los últimos meses, no se lo quitaba para nada.

Cuando me lo dieron en el hospital tras el funeral, dudé entre tirarlo o quedármelo.

Decidí quedármelo, decidí ponérmelo.

Así funciono últimamente. Por capas de rabia que se llevan la contraria entre sí.

La cocina la dejo medio montada. No pienso cocinar. Voy a comer lo que pueda comprar en el ultramarinos del pueblo. No quiero olores en la nevera. No quiero suciedad acumulada en las

esquinas. No quiero que, si algún día entra alguien aquí sin avisar, se lleve una impresión demasiado clara de mi presencia.

Hay una caja que dejo para el final. Es más pequeña que las demás. Pesada y sellada con una cinta marrón. La he traído yo misma en el asiento del copiloto desde Sitges.

La abro con un cúter sobre la mesa del comedor.

Dentro hay dos cosas: una carpeta deformada, atada con una goma que apenas aguanta la pila de documentos, y unos prismáticos bien envueltos en paños de cocina.

Eran de mi madre. Los compró cuando fue a Gibraltar, para ver a los monos, decía ella.

Los desenvuelvo despacio. Los limpio con uno de los paños. Compruebo el enfoque. La rueda gira bien, con la resistencia suave de esos aparatos que llevan años perdidos en un cajón.

Mi madre nunca los usó para nada interesante. Yo voy a darles una segunda vida.

Subo a la planta de arriba con ellos colgados al cuello.

Dos habitaciones y un baño. Me quedo con la habitación pequeña, la que da al jardín trasero, a la parte más íntima de la casa.

Desde allí compruebo el ángulo desde dos posiciones distintas. Primero de pie. Después sentada en una silla.

Me quedo con la segunda opción porque la sombra de la cortina me oculta. Si a alguien se le ocurriera mirar hacia esta ventana, solo vería el reflejo del cielo en el cristal.

Saco el móvil y lo pongo en silencio. Después abro la cámara y lanzo un par de fotos. Una desde la ventana del salón, otra desde la habitación pequeña.

Borro ambas y lanzo una tercera con los prismáticos pegados al objetivo del teléfono. Sale borrosa; tendré que practicar, pero veo perfectamente la cancela, el sendero de grava, la esquina derecha del porche.

Borro todas las fotos. No quiero que haya pruebas en mi teléfono.

Cuando termino, son las siete de la tarde y la luz ya es un borrón difuso, pero hago una última prueba.

Levanto los prismáticos.

Tardo un segundo en encontrar el foco, pero después la imagen se asienta.

Ante mí está la casa de enfrente.

Tiene dos plantas, como esta, paredes blancas, elegantes carpinterías de madera y tejas rojas. Delante hay un gran porche y ventanas amplias rodeadas de un jardín bien cuidado.

Aunque la luz del porche está encendida, el interior permanece oscuro, siniestro. Tampoco hay ningún vehículo aparcado y la cancela de acceso está firmemente cerrada.

Espero.

Pasa un cuarto de hora. No se mueve nada.

Pasa media hora. Tampoco.

Y entonces, justo cuando estoy a punto de bajar los prismáticos, llegan unos faros por la curva. Un coche dobla, se acerca, se detiene delante de la cancela. Esta se abre sola. El coche entra y se detiene en el sendero. Un hombre baja del lado del conductor.

Lo enfoco.

Pelo perfecto. Camisa azul claro. Movimientos calmados. Es guapo y lo sabe.

El hombre se queda un momento de pie junto al coche. Mira hacia mi casa. Lo hace solo un instante. No me ve. No puede verme. Estoy sentada y envuelta en sombras, a treinta metros de distancia, en la planta de arriba.

Bajo los prismáticos despacio. Los dejo en el alféizar de la ventana.

Cojo aire.

El monstruo.

Saco la libreta nueva del cajón. Quito el capuchón a uno de los bolígrafos negros. Anoto la hora a la que ha llegado, cómo iba vestido, el modelo del coche y que ha mirado hacia esta casa antes de entrar.

Cierro la libreta, la meto en el cajón y echo la llave.

Me siento en el suelo, contra la pared, donde he comprobado antes que no me ve nadie.

Miro la caja que he dejado sobre la cama.
En ella está la pistola. Espero no tener que usarla.

CAPÍTULO 8

LAURA

Ahora.

Cuando me quedo a solas intento llorar, pero no sucede nada dentro de mí.

¿Cómo es posible que la muerte de mis padres, los dos pilares sobre los que me he sustentado toda mi vida, no me produzca nada? *Tu cerebro está priorizando la estabilidad biológica sobre la emocional*, ha dicho el médico. ¿Qué tipo de enfermedad funciona con esta crueldad?

El puto monitor sobre mi cabeza acelera el ritmo de sus pitidos. Me estoy poniendo nerviosa. Eso no puede ser bueno para mi recuperación. Cierro los ojos. Respiro. Mantengo, mantengo, hasta soltar el aire en una expiración profunda.

¿Cómo es posible que recuerde cómo relajarme y no sepa de qué murieron mis padres?

Desisto.

Recorro mentalmente los hitos de mi vida. Los buenos. Los presentables. Evito los años oscuros, aquellos de los que no me siento orgullosa. Una chica demasiado joven e impredecible puede cometer errores, ¿no?

Sacudo la cabeza para alejarlos. La jodida amnesia debería haberse llevado esos recuerdos y no los que me explicarían por qué Daniel y yo... por qué Daniel y el doctor dicen que estamos casados.

Es una idea tan absurda que me entran ganas de reír. Y cuando lo hago, casi a carcajadas, el dolor de la pierna paraliza mi sonrisa en seco.

Daniel Ibarburu.

Si alguna vez me he cruzado con alguien perfecto, ese ha sido él.

La primera vez que nos vimos está intacta en mi cabeza, hace muchos años. A esa zona del cerebro parece que no le ha afectado el accidente.

¿Agosto? Un chiringuito de Cádiz capital a las nueve de la noche. Yo acompañaba a una amiga de la que ni siquiera me acuerdo. Había sido una imposición de mi madre: «Tienes que salir, relacionarte, dejar de ser un bicho raro».

Ella llevaba un vestido amarillo que se había comprado aquella misma tarde y que se le pegaba a las caderas. Yo iba en pantalón corto, con una camiseta holgada que ya había llevado dos veces esa semana.

—¿Qué crees que se siente al caminar por la calle sabiendo que todo el mundo se gira a mirarte? —preguntó. Le dio una calada al cigarro y exhaló el humo hacia el cielo azul.

—No sé. —Bebí de mi cerveza para no tener que mirarla.

—Tú nunca lo sabrás —se rio, sin maldad, y me clavó el codo en el costado—. Por desgracia yo tampoco. Pero a lo mejor él sí. Ese tío de la barra.

Miré con disimulo.

Y ahí estaba él.

Un poco mayor que nosotras, que éramos muy jóvenes entonces. Camisa blanca, vaqueros, una copa en la mano. Hablaba con el camarero como si fueran amigos de toda la vida. Las otras chicas del local ya sabían que estaba ahí. Es lo que se hace con los hombres como ese: registrarlos, archivarlos, y volver al cigarro de tu amiga.

Pero entonces él se giró, nos vio.

Al menos a mi amiga.

Dejó al camarero, se acercó a nuestra mesa, y desplegó una sonrisa radiante.

—¿Os puedo invitar a algo?

A ella, claro. Yo era el accesorio.

Ninguna de las dos contestamos. Él empezó de nuevo. Sonrisa un tanto extraña.

—Hola. Me llamo Daniel.

Mi amiga le dio dos besos. Le hizo gracia la ocurrencia. Yo tardé un poco más, pero accedí. No me gustaban los chicos como ese, nunca me han gustado. Las dos sonreímos. Reconozco que siempre me he sentido mal cuando toda la atención la reciben mis amigas, cosa que pasa a menudo, pero intenté que no se notara. Llevo años aprendiendo a parecer amable cuando alguien elige a una de ellas delante de mí.

Daniel se sentó. Pidió otra ronda. Esa noche se quedaría unas horas. Mi amiga reiría demasiado fuerte. Yo no dije casi nada. Y cuando él se levantó a las dos de la madrugada para acompañarla a su apartamento, yo me quedé pagando la cuenta.

Reparo en que estoy apretando los dientes y me siento mal de inmediato. ¿Cómo puedo estar pensando en la primera vez que vi a Daniel cuando me acabo de enterar de que mis padres...?

Esa frialdad es un mecanismo de defensa, una consecuencia de la desconexión entre el lóbulo temporal y la amígdala.

Las palabras del médico me tranquilizan y mis pensamientos vuelven a Daniel.

El imposible Daniel. El inalcanzable Daniel. El detestado Daniel.

Quizá yo era la única mujer de su entorno que no suspiraba por él. No porque no me gustara —eso sería imposible—, sino porque ni en mis mejores sueños podía imaginar que me tratara como algo más que la amiga fea y boba de uno de sus ligues.

CAPÍTULO 9

LAURA

Ahora.

Daniel entra en la habitación y se sienta al pie de mi cama, curiosamente en el mismo lugar que ocupaba el médico hace unos minutos. Me mira. Intenta cogerme la mano.

La retiro sin importarme si se ofende.

Hago un esfuerzo por destensar las mandíbulas, que otra vez tengo tan apretadas que me duelen. Sé que el médico está fuera. Ha dejado la puerta entreabierta, supongo que por precaución. Al fin y al cabo, lo que suceda aquí dentro será responsabilidad suya.

Intento incorporarme.

—Espera, te ayudo.

No me da tiempo a negarme. Ya ha arreglado la almohada a mi espalda y reorganizado las mantas a mi alrededor, con cuidado de que el envés quede perfecto. Se mueve con una eficiencia en la que no hay gestos innecesarios.

Vuelve a sentarse. Lo miro a hurtadillas, intentando recordar en qué momento, en qué jodido momento Daniel y yo...

—Supongo que tendrás muchas preguntas.

Sus ojos, intensamente azules, están clavados en los míos. Creo que intenta descifrar mis pensamientos. Casi me entran ganas de reír, porque son esos precisamente los que he perdido. Daniel y yo. Esto no es posible. Es una burla.

Trago saliva. Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Lo que me ha dicho el médico —hago una pausa—, lo que tú mismo me has confirmado, no puede ser verdad. Lo de la boda.

Soy tajante. No me creo que un tipo como Daniel tenga interés alguno en una mujer como yo. Pero él permanece serio y me mantiene la mirada.

—Pues es cierto.

Su expresión, la gravedad del lugar, me dicen que no miente. Aun así, soy incapaz de aceptarlo. Daniel es un diez. Yo no llego al cuatro, siendo optimista. Además, no hemos vuelto a vernos desde aquella vez, hace años, cuando se ligó a una conocida de la que no me acuerdo en un bar de Cádiz. Me aclaro la garganta.

—¿Cuánto tiempo?

—Nos casamos hace catorce meses.

Tomo aire. Vuelvo a retenerlo. ¿Qué diantres pasó en mi vida hace catorce meses como para que ahora esté casada con Daniel Ibarburu? Me esfuerzo por recordar. ¿No es eso lo que me ha aconsejado el doctor? Recuerdo que yo trabajaba en una clínica de mierda y compartía piso, pero no me queda claro cuándo fue eso. ¿Hace un año? ¿Diez? Por aquel entonces mi mayor problema era una compañera que dejaba los platos sucios en el fregadero. Y según este hombre, en mitad de aquella vida, algo pasó y terminé casándome con un médico al que no había visto desde hacía años.

Lo miro otra vez.

—¿Mis padres estuvieron en la boda?

Daniel duda.

—No.

—¿Por qué no?

—Decidiste no invitarlos.

—¿Yo lo decidí?

—Tú lo decidiste pese a que me opuse.

Eso es imposible. Eran mi pilar. Mi sustento. Logro que mi rostro no refleje estos pensamientos. Se acomoda en la cama.

—Laura. —Vacila—. Es cierto que cuando nos conocimos de adolescentes yo me portaba como un idiota. Entonces solo pensaba en mujeres y en alcohol. No me enorgullezco de aquello, pero ahora tengo cuarenta y tres años, seis más que tú. Y cuando nos reencontramos... ¿te acuerdas?

No recuerdo nada. Daniel Ibarburu es una decepción del pasado y un médico de éxito de quien he oído hablar varias veces, siempre a mujeres, siempre con una sonrisa en los labios.

Daniel comprende que sus palabras no significan nada para mí.

—¿Quieres un poco de agua?

No espera mi respuesta. Se levanta y sirve de una jarra de plástico. Me deja el vaso en la mesilla de al lado. No hago por cogerlo.

—¿Y dónde nos casamos? —vuelvo a la carga.

—Aquí cerca. En el registro de Cádiz.

De pronto parece recordar algo. Saca la cartera del bolsillo trasero del vaquero, busca entre las tarjetas y me tiende un papel doblado.

—Te he traído esto.

Está plegado en cuatro partes. Buen gramaje. Lo desdoble con cuidado y, cuando lo tengo extendido ante mí, no puedo creerlo.

Es una fotografía impresa. Daniel abrazado a una mujer. Él va impecablemente vestido de azul, con una corbata que probablemente cuesta más que mi alquiler de tres meses. Pero en quien se fijan mis ojos es en ella. Está delgada. Pelo abundante, bien peinado. No es guapa, pero sí atractiva, y el maquillaje le da una luz en la piel que se refleja en un traje de chaqueta blanco. Elegante.

Se parece mucho a mí. A una versión de mí que ni siquiera sabía que existía.

Me doy cuenta de que no me he mirado en un espejo desde que desperté. Ni siquiera me he molestado en levantar las mantas para ver cómo es mi cuerpo.

—¿Cuántos kilos he perdido?

—Catorce, me dijiste. Cuando nos reencontramos estabas así de preciosa, aunque a mí me daba igual tu aspecto. Eso deberías saberlo.

No puedo creerlo. Nada de esto puede ser verdad. Yo jamás haría algo así. Rehúyo las multitudes, detesto destacar y la ropa me

importa una mierda. ¿Catorce kilos? ¿Qué me pasó antes de conocer a Daniel?

Vuelvo a mirar la foto. Ahora con calma. Detrás de los dos, una sala con suelo de madera, una pared blanca y, a la izquierda, un trozo de cortina granate.

Se la devuelvo. No puedo mirarla un segundo más.

—Es que no puede ser verdad.

Daniel coge la foto con cuidado. La dobla siguiendo exactamente los mismos pliegues, minucioso, delicado.

—Laura, es real. Esta foto es real. Lo que siento por ti es real.

Lo dice mirándome a los ojos. Exactamente el tipo de frase que diría un hombre enamorado.

Alarga la mano. Esta vez dejo que tome la mía.

Lo miro a los ojos. Parecen sinceros. Intento ubicar la última vez que nos vimos y se me cruza un nombre por la cabeza. Lo suelto antes de pensarlo.

—¿Y Mabel?

Daniel se queda muy quieto.

No es un gesto evidente. No me suelta la mano. No mira hacia otro lado. Lo único que cambia es la temperatura de su palma. Casi imperceptible.

El silencio dura tres segundos. Los cuento, porque no se me ocurre otra cosa que hacer. Uno. Dos. Tres.

Entonces Daniel sonrío, o algo parecido.

—¿Mabel? —repite—. Joder, Laura. No me hables de Mabel ahora.

Y se ríe un poco más, quizá nervioso.

Me suelta la mano.

—Ya sabes que tu médico me ha prohibido hablarte de asuntos desagradables.

Le mantengo la mirada y él no la aparta. La risa todavía le tiembla en una comisura, como si quisiera salir otra vez y él tuviera que sujetarla.

El grito de una gaviota al otro lado de la ventana me hace girar la cabeza. Un segundo de tregua. Lo aprovecho.

—Así que vivimos en Cádiz.

—A una hora en dirección al Estrecho. En Los Caños de Meca.
Me observa, esperando algo.

—¿Te acuerdas?

Claro que no.

—Una casa con jardín y piscina. Tenemos un perro, aunque lo he mandado a Madrid hasta que estés bien.

Casa con jardín, piscina, perro, y médico de cabecera incluido en el lote. Si no fuera por la pierna rota y la amnesia, pensaría que estoy viviendo la vida de otra persona.

—Haces pilates dos veces por semana.

—¿Pilates?

Mi cara de incredulidad no se puede fingir. Daniel parece más animado.

—Y te gusta hacer *running* hasta Barbate.

La gaviota vuelve a gritar. En Madrid no hay gaviotas. Es posible que alguna vez, en alguna noche tonta, dijera que me gustaría vivir en el sur. Pero si lo dije fue del mismo modo que se dice que algún día aprenderé inglés.

—No parece una mala vida la que me estás contando.

Escondo las manos bajo la manta antes de que vuelva a cogerlas.

—Dame la oportunidad de mostrarte lo que somos. Te prometo que poco a poco, siguiendo las indicaciones de Álvaro, de tu neurólogo, te responderé a todo lo que me preguntes.

Me encojo. Casi noto que me hago pequeña.

—No puedo... no estoy preparada para...

—Dormiré en una de las habitaciones vacías hasta que tú me digas.

¿Ha entendido que no estoy preparada para acostarme con él? Ni siquiera había pensado en eso cuando me soltaron la absurda idea de que Daniel y yo estamos... Joder con la maldita palabra.

Me deslizo en la cama. La cabeza vuelve a dolerme.

—Será mejor que duerma un poco —digo a modo de despedida, y cierro los ojos.

Noto cómo Daniel se levanta. Ordena la ropa a mi alrededor. Baja ligeramente las persianas para matizar la luz. Todo con esa

meticulosidad suya.

Cuando se acerca para despedirse, me inunda su olor.

La misma colonia fresca que usaba cuando...

Y el recuerdo aparece como si lo hubiera invocado.

No es una imagen. Soy yo agachándome detrás de un sofá para no ser vista. Yo aguantando la respiración para que no me descubran.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Mañana te suben a planta —dice en voz baja, muy cerca de mi oído—. Si todo va bien estarás en casa el fin de semana.

Se aleja. Quiero agarrarme a ese matiz, a ese leve recuerdo que ha activado el resorte de su aroma, pero se desvanece antes de que pueda atraparlo.

Lo que no se desvanece es la sensación que me ha dejado.

No es ternura.

Es algo que se parece mucho al miedo.

CAPÍTULO 10

DOIRA

Antes.

Caminamos uno al lado del otro. Las farolas proyectan charcos de luz sobre las losas y entre ellos hay tramos de oscuridad que cruzamos en silencio. Se le podría llamar paseo marítimo, pero es una lengua de cemento pegada a una urbanización.

Daniel camina a mi izquierda. Al final ha insistido en acompañarme hasta la urbanización. *Es tarde y no deberías ir sola*, ha dicho, como si fuera lo más normal del mundo. Como si no acabáramos de conocernos hace un momento.

Lo curioso es que no tengo miedo.

¿Debería tenerlo? Es de madrugada, estoy medio borracha y un desconocido que me saca una cabeza me acompaña por un lugar desierto. Además, no hace mucho han desaparecido varias chicas por aquí de las que no se tiene rastro. Si mi madre me viera ahora mismo le daría un infarto. Pero hay algo en la forma en que Daniel mantiene la distancia —siempre medio metro, nunca más cerca— que me hace sentir extrañamente segura.

Hablamos poco. Él me pregunta qué estudio.

—Medicina. Tercero.

—Vaya. —Sonríe—. Yo acabo de terminar la residencia.

Así que es médico. Desde luego es unos años mayor que yo. De vez en cuando me mira, pero tiene cuidado de no parecer incisivo.

—¿Y tienes pareja? —pregunta.

Lo dice sin girar la cabeza. Me parece una pregunta muy directa para alguien a quien acabas de conocer, pero por algún

motivo no me molesta.

—No.

—Bien.

No dice nada más. Sonríe de una forma que simula una sonrisa, pero no lo es. Es más bien la intención de hacerla, de tranquilizarme.

Llegamos a la entrada de la urbanización. Las luces del portal parpadean porque la mayoría de las bombillas están a punto de fundirse. Me detengo. Él también.

—Gracias por acompañarme.

—No hay de qué, Doira.

Aunque se lo he dicho hace apenas un momento, mi nombre en su boca suena distinto. Como si lo hubiera practicado. Me doy cuenta de que llevo puesta su cazadora. Me la puso sobre los hombros cuando dije que tenía frío. No me la quito.

Él no me la pide.

—Buenas noches —digo.

—Buenas noches.

Me doy la vuelta y camino hacia el portal. Sé que me está mirando porque lo noto en la nuca, ese cosquilleo que te dice que unos ojos te siguen. Me giro una vez. Solo una. Sigue ahí. De pie bajo la farola, con las manos en los bolsillos y esa media sonrisa que no termina de completarse.

Subo las escaleras de dos en dos. Cuando abro la puerta del apartamento, la luz del salón está encendida y mis amigas despiertas. Las tres en el sofá, con las piernas recogidas y los restos de unas patatas fritas entre los cojines. Me miran como si llevaran horas esperándome.

Probablemente así sea.

—¿Con quién has estado? —pregunta Sara. Su tono no es curioso. Es precavido.

—Con el tío del chiringuito. Daniel.

Intento que suene casual. Como si me acompañaran tíos a casa todas las noches. Pero Sara no sonríe, es la única que no ha salido esta noche, la que hoy se ha quedado en casa. Se incorpora un poco.

—¿Daniel qué más?

—Ni idea. No le pregunto el apellido a alguien que acabo de conocer.

Las tres se miran. Ese tipo de mirada que compartes cuando sabes algo que la otra persona no tiene ni idea. Paula deja de masticar.

—Es él. Daniel Ibarburu —suelta, pero no me lo dice a mí sino a Sara.

—¿Qué mierda pasa?

—¿Ese tío ha terminado Medicina?

—Sí. —Empiezo a estar de los nervios—. ¿Lo conocéis?

Sara tarda un segundo en contestar.

—Lo he visto dando vueltas por aquí, y por la descripción que me han dado las chicas es él. Tiene fama. —Me mira fijamente—. Ten cuidado.

Me quedo de pie allí en medio, con su cazadora todavía sobre los hombros. Huele a colonia fresca. A algo caro y limpio.

—¿Cuidado con qué?

Pero Sara ya ha cogido el mando y sube el volumen como si no me hubiera oído. Joder, que es de madrugada. Paula se mete otra patata en la boca y mira la pantalla. Ninguna de las tres vuelve a mirarme.

Me quito la cazadora y la dejo sobre una silla. Mañana se la devolveré. Eso me da una excusa para buscarlo.

Tendría que haberme preguntado por qué necesitaba una excusa para buscar a alguien de quien debería tener cuidado.

Pero no lo hice.

CAPÍTULO 11

VERA

He aprendido a las malas que, en estos pueblos, las preguntas hay que empaquetarlas, como los regalos.

Si entras en un bar de Los Caños de Meca y preguntas por unas chicas desaparecidas hace algunos años, lo que vas a recibir es una mirada de tres segundos que se hacen demasiado largos y un hábil giro en la conversación que te hará preguntarte cómo has llegado allí.

Lo he probado varias veces y siempre sucede lo mismo.

Esta zona de La Janda está conformada por un puñado de núcleos poblacionales dispersos por la costa. Los corona Vejer de la Frontera, en lo alto de una elevación amesetada, con Conil a un lado y Barbate al otro.

Llevo dos semanas dando paseos por los alrededores. Salgo de casa a las once de la mañana, cuando el sol comienza a calentar y los del turno matutino de los pocos locales que siguen abiertos después de la temporada empiezan a despachar. Compro pan, tomates y un periódico que uso para no manchar el suelo con la tierra del jardín. Lo que estoy haciendo en realidad es dejarme ver, volverme reconocible, que se acostumbren a mí.

Poco a poco voy familiarizándome con quién atiende en cada sitio: me entero de que este es el hijo de aquel, descubro quiénes van a ese bar de la costa todas las tardes o quiénes pasean a su perro por la playa cuando se está poniendo el sol.

Aquí, como en todos los pueblos de España, hay tres personas que lo saben todo y trescientas que no se enteran de nada.

Lo difícil es encontrar a esas tres.

La primera vez que intenté hacer una pregunta directa fue en el pequeño supermercado que fuera de temporada solo abre por las mañanas.

La mujer del mostrador es joven, agradable. Me habla con familiaridad y ya me ha preguntado si me he mudado a vivir aquí. Le compré medio kilo de cerezas. Las pagué y, mientras me daba la vuelta, hice el comentario:

—Perdona, una cosa. He leído de unas chicas que desaparecieron aquí hace años. ¿Tú lo recuerdas?

En ese momento la mujer no levantó la vista del dinero. Contó las monedas dos veces.

—Aquí desaparece gente. Es la costa. Sobre todo, con los temporales.

—Eran chicas jóvenes —insistí—. Creo que salió en la prensa nacional.

Me puso el cambio en la mano, cerró el cajón y, sin mirarme, dijo lo que me dirían tres veces más en las dos semanas siguientes y en diferentes lugares de la zona:

—Aquí no se pregunta por gente que desaparece —hizo una pausa—. Hay mucho trapicheo, ¿sabes? Allí enfrente está Marruecos. Las lanchas. La gente se mete donde no la llaman.

«La gente se mete donde no la llaman».

La frase se repite, con variaciones, en la única cafetería que está abierta, en una pizzería que solo sirve los fines de semana, y en el chiringuito de la playa, donde un señor de unos setenta años me mira como si fuera tonta cuando le pregunto si recuerda lo de las chicas desaparecidas.

—¿Las chicas?

—Fueron varias.

—No me suena.

Claro que sí le suena. Le suena perfectamente. Le suena tan bien que su mujer, sentada en la mesa de al lado, levanta la cabeza de su crucigrama y vuelve a bajarla en el mismo gesto.

Los crucigramas son la mejor coartada del mundo para escuchar.

Cambio de estrategia.

Dejo de hablar de esas desventuradas y empiezo a comentar que si las corrientes del Estrecho, que si las playas peligrosas donde la marea arrastra hasta el interior. Pregunto qué partes de la costa son más traicioneras y si conviene bañarse de noche.

Y, cuando ya hemos cogido confianza con el café o con la cerveza o con el pan, lo suelto:

—Es que me han contado que aquí han pasado cosas raras a lo largo de los años. Mujeres jóvenes.

Es un comentario directo, sin ambigüedades, que se puede contestar de muchas maneras, aunque nadie lo hace.

Una camarera más joven, que no debe de haber cumplido los veinte, me dice una tarde:

—Las cosas que pasan en este pueblo no se cuentan a quien no es del pueblo.

—¿Y a los que son de aquí?

La chica me mira con un gesto burlón, muy de Cádiz.

—A esos tampoco se las cuentan.

Tomo nota.

La que da en la clave es la dueña de la Borrachería, un local de la zona que sirve vinos y queso, y donde suena el flamenco.

Se llama Sara. Lo sé porque la gente la trata con confianza. Pelo rubio. Mirada directa. No es complaciente, pero sí educada. Habla poco con los clientes y, cuando se queda sola, como ahora, se centra en preparar los embutidos para que no se sequen.

Llevo diez días entrando a comprar una caja distinta de chicles cada vez, porque ya no me caben en el bolso y porque tengo que justificar mi presencia de alguna forma. A ella también le he hablado del tiempo, del calor, de si los turistas molestamos mucho, incluso le he contado que vivía en Sitges y no aguantaba la humedad de esa parte de Cataluña en verano.

Sara no es tonta. Este mediodía, cuando le he pagado la enésima caja de Trident Mentol, ha apoyado las dos manos en el mostrador y me ha mirado por encima de las gafas.

—¿Tú qué andas buscando?

Me he quedado parada; ella, aún con el cambio en la mano.

Podría haber dicho «nada» o podría haber comentado que soy una mujer que se ha mudado aquí y que va a comprarle chicles el resto de su vida.

—Unas chicas desaparecieron aquí hace algunos años. —La miro. Se muestra inexpresiva—. Quiero escribir sobre ellas.

—¿Eres periodista?

—Algo así.

Sara quita las manos del mostrador, devuelve al cajón el cambio que iba a darme y, cuando aparecen de nuevo, están vacías.

—Mira, yo no soy de las que se mete en estas cosas y aquí vas a encontrar a poca gente que hable. Pero el agente de la Guardia Civil que llevó aquellos casos es un buen hombre. De verdad, uno de los buenos. Estaba muy quemado cuando se fue.

—¿Cómo se llama? —Parezco una ametralladora.

Sara duda. Mira hacia la puerta otra vez. Le tiembla apenas la mano cuando coge un trozo de papel de detrás del mostrador, escribe algo y me lo desliza.

Así que cojo el papel y, sin mirarlo, lo doblo y me lo guardo en el bolsillo del vaquero. Se hace un silencio incómodo. Es como si me hubiera pasado una papelina, como si acabáramos de hacer algo reprobable. Bajo la voz.

—¿Dónde lo encuentro?

—Ahora vive en Conil, cerca del cementerio. La gente del pueblo lo conoce. Pregunta por él; alguien te indicará.

Aprieto las mandíbulas sin proponérmelo. Ni siquiera había soñado con algo así.

—¿Y querrá hablar conmigo? —le pregunto.

Sara me mira con una expresión que no había visto antes en ninguna de las caras de este pueblo. Una mezcla de pena, rabia y de algo más.

—Lleva muchos años esperando que alguien le pregunte de verdad.

Cuando salgo del local, la luz de la mañana me da en plena cara y tengo que entrecerrar los ojos.

Camino un buen trecho antes de pararme. Me siento en un poyete que da al mar. Aguardo. Aguardo. Y solo cuando estoy

segura de que nadie va a pasar por allí saco el papel del bolsillo.

La letra de Sara es picuda, en nada se parece a ella.

Hay un nombre escrito con dos apellidos y una breve frase a la que le falta una tilde: «Dile que vas por mi».

Lo doblo otra vez y lo aprieto contra la palma de la mano hasta que las uñas me hacen marcas en la piel.

Tantos años, madre. ¿Me perdonarás alguna vez por no haberte creído?

Cierro los ojos y tengo la sensación de que cada vez estoy más cerca de atrapar al monstruo.

CAPÍTULO 12

LAURA

Ahora.

Cierro los ojos, pero los recuerdos no aparecen. Los vuelvo a abrir justo cuando el coche atraviesa una doble puerta de metal y se detiene en el sendero de grava.

—¿Estás bien?

Es la enésima vez que Daniel me lo pregunta desde que salimos del hospital. No contesto. Esbozo una expresión que pueda interpretar a su gusto y miro por la ventanilla. Ante mí se alza la casa.

Justo cuando habíamos tomado la última curva de la carretera ha dicho *estamos llegando a nuestra casa*, pero aquí no veo nada que pueda sentir mío. Había esperado otro *flash*, un recuerdo, aunque fuera inconexo, pero nada.

Mientras él sale del coche y saca la silla de ruedas del maletero, me dedico a analizar la construcción que tengo delante.

Aquí hay pasta. Eso se ve a leguas. Principal y una planta. Paredes blancas. Carpinterías de madera y tejas rojas, todo de la mejor calidad. Hay un gran porche y ventanas amplias rodeadas de un jardín que parece bien cuidado.

Sí, esto es caro. Seguro que hay un buen servicio de jardinería, cuerpo de casa y una despensa provista de delicatessen.

Mientras Daniel forcejea con la silla, dirijo la mirada hacia la casa de enfrente. Al otro lado de la valla, casi al fondo de su parcela. Hay una mujer.

Está de pie. Quieta. Mirando hacia el coche.

No está regando. Tampoco tiende la ropa. No está haciendo nada que justifique estar ahí parada, observándonos.

Nuestras miradas se cruzan a través del cristal.

Dos segundos. Tres.

Espero que haga algo, que me salude, pero no sucede.

Daniel rodea el coche con la silla. Cuando vuelvo a mirar hacia la villa la veo remover hojas secas con un rastrillo,

—La piscina se encuentra detrás —dice él, apareciendo junto a la ventanilla con la silla de ruedas ya desplegada.

Me sonrío. No le correspondo.

He viajado desde el hospital de Cádiz en la parte trasera del Mercedes porque es mejor que la pierna recién operada esté estirada. Abre la portezuela. Una ambulancia por una simple fractura hubiera sido excesiva.

—Apóyate en mí. —El médico me ha prohibido cargar peso sobre la articulación, al menos los primeros días—. Así. Un poco de impulso y acabamos.

Caigo en la silla con todo mi cuerpo y temo que se vaya a cerrar, pero resiste. catorce kilos menos. Eso es lo que me dijo en el hospital.

Se me forma una mueca de disgusto que no me molesto en ocultar. No recuerdo nada. Ni el coche en el que hemos viajado. Ni la casa. Ni la jodida piscina que dice que tenemos ahí detrás.

—¿Preparada para el tour?

Sonrisa deslumbrante. Aparto la mirada. No. No lo estoy. Pero me temo que es lo que toca.

Accedemos al porche por una rampa lateral que parece recién hecha. ¿Para mí?

No le presto mucha atención porque estoy intentando ver a través de la ventana que se abre en un lateral de la fachada. ¿Curiosidad? Más bien necesidad. Necesidad de saber qué me espera y si hay algo ahí dentro que consiga que recupere la memoria. ¿No funciona así? *Evocaciones*, las ha llamado el médico, dando por hecho que en cuanto entre en lo que según Daniel ha sido *nuestro* hogar, mi mente va a encontrar el camino de vuelta.

Daniel abre la puerta y me empuja con suavidad hacia el interior. Parece expectante, como un mago que va a quitar el pañuelo de una chistera para que la audiencia compruebe que el conejo ha desaparecido.

Lo primero que me llama la atención es el orden. Todo está exactamente en su sitio. Los cojines del sofá alineados. Los libros de la estantería dispuestos por tamaños. Las revistas de la mesa de centro en abanico perfecto, como las de una sala de espera. Ni una mota de polvo. Ni un vaso fuera de lugar. No sé. Es raro.

—El salón —dice Daniel a mi espalda, como si no fuera obvio.

Recorremos el pasillo. Cocina a la izquierda. Amplia, luminosa, con una isla central de mármol en la que se podría operar a corazón abierto sin problema, y un lavadero al fondo. Todo reluce. La vitrocerámica no tiene una sola mancha. Las sartenes cuelgan ordenadas de mayor a menor.

—Susana viene una vez por semana. Ya la conocerás, incluso es posible que te acuerdes de ella. —Sonríe—. Tú te empeñabas en que no la necesitábamos, pero me he tomado la libertad de decidir por los dos. No quiero que hagas nada, solo que descanses y te recuperes.

¿Cómo era yo antes del accidente? La Laura que recuerdo tardaría un par de días en poner esta casa boca arriba a base de desorden.

Continuamos. Baño de invitados. Más allá un estudio con un escritorio de madera y una silla ergonómica. Parece muy limpio, demasiado ordenado.

—Ese es tu espacio —dice—. Trabajabas desde casa. El portátil lo llevabas en el coche y no ha sido posible recuperarlo. —Señala la puerta de enfrente—. Mi despacho es ese de ahí. Una leonera. No te aconsejo que entres. —Sonríe de nuevo.

Una duda absurda, ridícula, me asalta.

—¿En qué trabajo?

Silencio. Medio segundo de más.

—Eres consultora freelance. Marketing digital. Creo que te iba bien. No hablas mucho de tu trabajo.

Lo dice con naturalidad, aunque interpreto que ese *te iba bien* es que no podía irme peor. Estudié enfermería pese a la reticencia de mi padre que quería que me matriculara en *algo serio*. ¿Cómo he podido acabar trabajando en marketing?

Continuamos. Hay otro salón al fondo, más grande, con una mesa de comedor y dos sofás tan blancos como los otros. Una doble cristalera ocupa toda una pared, al otro lado el jardín y en él la piscina. Evito soltar un silbido de admiración.

No digo nada y subimos al primer piso por un pequeño ascensor en el que apenas cabemos. Según Daniel, lo instalaron cuando compró la casa.

—Para cuando fuera un viejecito y no tuviera fuerzas.

Tiene cuarenta y pocos. ¿Quién instala con esa edad un ascensor en su casa para cuando esté impedido?

Mientras la máquina sube, Daniel apoya la mano contra el panel de cristal. El silencio es incómodo, pesa incluso sobre el ruido del mecanismo que nos eleva.

—En nada tendré que volver al trabajo —dice—. Hay un par de enfermeras del hospital que viven cerca, un pediatra, incluso Álvaro está a media hora, así que estarás atendida si pasara algo.

¿Qué va a pasar? Pero tomo conciencia de que estaré sola en esta enorme casa. De que no recuerdo si tengo amigas, si conozco a los vecinos, si mi vida tiene sentido. Pienso en el pilates. Quizá sí tuviera a gente a mi alrededor. Tampoco digo nada.

Mis oscuros pensamientos se diluyen cuando el ascensor se detiene y llegamos a la planta de arriba. Miro con curiosidad. Aquí hace más calor, pese a estar en octubre.

Veo tres puertas cerradas. Daniel se dirige a la del fondo. Es el dormitorio, grande, casi mayor que el apartamento donde yo vivía, el que aún recuerdo. Cama de matrimonio con sábanas grises, impecablemente estiradas. Dos mesillas. En la suya, nada. En la mía, una fotografía enmarcada.

Arrastro la silla hasta allí y la cojo.

Somos nosotros dos en lo que parece una playa de la zona. La arena blanca y el cielo despejado las hace inconfundibles. En la

imagen Daniel me abraza por detrás y yo estoy riendo. Es una risa amplia, sin reservas, con los ojos medio cerrados por el sol.

No reconozco esa risa.

Yo no me río así. Yo no he reído así en mi puta vida. La mujer de la foto es una desconocida que lleva mi cara y que parece feliz de una forma que me resulta ajena. Casi obscena.

La dejo en su sitio. Daniel me observa desde la puerta.

—Nos la tomaron en El Palmar, muy cerca de aquí. A finales del verano pasado.

El dolor de cabeza está aquí de nuevo. Ha empezado con una punzada en la sien, que ahora siento que me late acelerada. No digo nada, tampoco me llevo la mano para intentar detenerlo para que él no se preocupe. No insista. No me mire como si fuera algo frágil.

—¿Y mis cosas? —pregunto.

Daniel hace un gesto que puede significar cualquier cosa.

—Por aquí y por allá. Ya las irás reconociendo. —Sonríe de nuevo. Me parece forzado—. Una empresa de mudanzas lo gestionó todo cuando te viniste de Madrid. Lo que no necesitábamos se regaló o fue a un Punto Limpio. No quise que te preocuparas por eso.

Tampoco digo nada.

Así que todo lo que tengo en el mundo está aquí, entre estas paredes, y yo no reconozco nada como mío.

Daniel chasquea la lengua. Ha entendido que quiero estar un momento a solas. Bravo por él.

—Voy a bajar las compras del coche y a ordenar la nevera —dice, porque ha cargado el maletero en Cádiz antes de recogerme—. ¿Estarás bien unos minutos?

Asiento. Es lo que necesito. Espero a escuchar sus pasos en la escalera. Luego el sonido de la puerta principal. Entonces, y solo entonces, abro el armario.

Mi lado está a la izquierda. La ropa ordenada por colores. De los rosas a los celestes, pasando por una escala de grises, azules y burdeos que yo jamás habría elegido. Cada percha a la misma distancia de la siguiente. Cada prenda doblada o colgada con la precisión de una tienda de lujo.

Cojo una camiseta. Un rosa pálido. Talla S. Me la acerco a la nariz.

Huele a suavizante. A lavanda industrial.

No huele a mí.

Miro el resto de las prendas. Todas las tallas son una S, incluso las que parecen más antiguas. Catorce kilos menos, me dijo Daniel. ¿Renové todo mi armario? ¿Tiré la ropa vieja? ¿Qué mierda has hecho con tu vida, Laura?

Dejo la camiseta en su sitio. Exactamente como estaba. Me da la sensación de que, si la muevo un centímetro, Daniel se dará cuenta.

Giro la silla hacia la ventana. El jardín trasero. Ahí está la piscina, rectangular y azul, sin una sola hoja flotando. Sí, en otras circunstancias hubiera soltado un silbido de admiración. Al otro lado de la valla, la casa de enfrente.

La mujer de antes está ahora en el jardín trasero.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo. Ella inclina ligeramente la cabeza. ¿Es un saludo? Yo agito la mano, pero me siento ridícula. Seguramente no me ve con el reflejo de los cristales.

Escucho los pasos de Daniel subiendo la escalera.

Cuando vuelvo a mirar, la mujer ya no está.

CAPÍTULO 13

LAURA

Ahora.

Logro encajar la silla de ruedas en el ascensor sin ayuda y el café está esperándome cuando llego a la cocina.

Solo. Sin azúcar. Con el punto justo de amargo. Como me gusta. Como ayer. Mierda.

Daniel no está, aunque sé que aún no ha ido a trabajar. Junto a la taza, una nota donde dice que me quiere y que aparto con la mano mientras doy el segundo sorbo.

Hasta el momento, el hombre que dice ser mi marido ha soportado mi mutismo, mis monosílabos y mis desplantes con una paciencia asombrosa. No es que lo deteste, no. Simplemente no me fío, y cuanto más obsequioso se vuelve, más incómoda me siento.

La idea de mi doctor de regresar a casa para empezar a familiarizarme con mi entorno es una jodida basura. No solo no he recordado nada, sino que el reflejo de la Laura que veo a mi alrededor en nada cuadra con la que recuerdo, con la que me siento, con la que me identifico.

Quizá la Laura de antes se sentaba aquí mismo cada mañana y le contaba a su esposo todas esas pequeñas cosas que conforman una vida compartida: cómo le gustaba el café, qué lado de la cama prefería, cuándo se tomaba los ansiolíticos. ¿Sabía Daniel que me medicaba o cree que la caja que hay en mi neceser junto con el resto de las pastillas son una idea de mi neurólogo para tranquilizarme de esta ofuscación?

No, esa Laura que veo por todas partes no soy yo. Y lo que para ella era su mundo, para mí es una sensación almidarada que no

me gusta.

Cojo de nuevo la taza. La temperatura es perfecta. Eso significa que Daniel sabe a qué hora bajo a desayunar. ¿Tan predecible soy?

Desatiendo las tostadas que hay en una coqueta canasta, sobre una limpia servilleta de hilo, y regreso a mi habitación. En el ascensor casi no cabe la silla. Cuando entro al baño, la persiana ya está bajada exactamente a la altura que evita que el sol me deslumbre. Piensa en todo. Supongo que cree que soy una inútil.

La toalla está doblada en la balda, en tres pliegues. El espejo me devuelve una mueca rara en mi rostro porque yo soy de las que arroja las toallas de cualquier manera.

Me tomo la medicación, un cóctel que incluye antibióticos, analgésicos y ansiolíticos, y algo más que no recuerdo.

Salgo del baño y me visto con un poco menos de dificultad que ayer. Ropa que no me gusta, demasiado clara, demasiado pegada.

Cuando vuelvo al pasillo, escucho el entrechocar de platos en la cocina y una emisora de radio con aires flamencos. ¿Daniel? Suele ser silencioso, casi parece un ladrón que se mueve a hurtadillas.

De nuevo, la silla encaja con dificultad en el ascensor, y cuando aparezco otra vez en la cocina, veo a una mujer joven inclinada sobre el fregadero, fregando mi taza y el plato donde debería haberme comido las tostadas.

—¿Hola? —inquiero.

Ella se vuelve y debía de estar esperándome porque no se sorprende.

—No sabía si subir a avisarte.

—¿Eres la asistente?

—Susana.

Deja el vaso y el plato en el escurridor y se seca las manos con un paño.

—La planta de abajo está casi lista. Si tú has terminado arriba, me pongo con tu dormitorio.

¿Veinte años? Guapa, cabello teñido de rubio. Lleva ropa de deporte de un rosa rabioso, muy ajustada. No tiene el aspecto que

habría supuesto a una asistenta. Arrastro la silla hasta la cafetera.

—¿Te preparo un café?

Tengo ganas de charlar, pero ella ya se encamina hacia el ascensor.

—Voy con prisa. Otro día.

Me hubiera gustado preguntarle desde cuándo nos conocíamos, si éramos amigas, qué días la tendré por aquí, pero al parecer mi vida se va a seguir resumiendo en Daniel.

Cada noche, a las once, viene a mi cuarto a decirme buenas noches. Se queda en la puerta. No entra. Me desea que descanse y se va. El ritual es idéntico cada vez. La misma hora. Las mismas palabras. La misma distancia.

Lo cierto es que me asusta más que tranquilizarme.

Él y yo hablamos poco. Daniel lo intenta, pero solo encuentra en mí monosílabos y pronto se cansa.

De repente, escucho voces en el salón. Susana ya debe de estar arriba. Distingo el tono de Daniel. La otra voz masculina no la reconozco. Voy a ir a su encuentro cuando Daniel y un chico muy joven aparecen.

—Vaya. Iba a ir a buscarte, pero ya estás aquí.

Me quedo mirando al desconocido. Veintitantos, complexión de nadador, con una de esas barbas recortadas que los hombres se dejan para parecer mayores de lo que son. Tiene un tipo de atención en la mirada que hace que te sientas vista.

—¡Laura! —exclama—. Por fin. He oído hablar mucho de ti.

Mi expresión hace que Daniel intervenga.

—Marcos es tu fisioterapeuta. El traumatólogo ha prescrito que puedes empezar con las sesiones.

El joven me estrecha la mano. Es un apretón fuerte. Debe de ser bueno en un oficio donde hace falta manejar contracturas. Daniel, apoyado en el marco de la puerta, cruza los brazos. Parece encantado con mi avance. Yo no.

—Os dejo trabajar.

Desaparece en dirección al jardín trasero mientras Marcos me guía hasta el salón, donde tenemos más espacio. Después se sienta

frente a mí y saca una carpeta del bolso deportivo que llevaba al hombro.

—A ver. Fractura diafisaria de fémur izquierdo, reducción quirúrgica con clavo intramedular. —Lee sin levantar la vista—. Seis semanas de descarga. ¿Cómo va el dolor?

—Como si alguien me hubiera metido un hierro dentro de la pierna.

—Técnicamente, eso es lo que han hecho.

Me arranca media sonrisa. Es la primera que no me cuesta forzar en una semana.

—Vamos a empezar por evaluar el rango de movimiento —me dice—. No te voy a mentir, esto no va a ser agradable.

—Llevo días sin que nada lo sea.

Marcos me mira un segundo de más. Luego asiente, como si hubiera entendido que no hablo solo de la pierna.

Me pide que me tumbe en el sofá. Coloca un cojín bajo la rodilla y empieza a manipularme la articulación con cuidado. Duele. Duele como si me estuvieran clavando cristales.

—Respira. No contengas. Suelta el aire cuando notes el pico.

—¿El pico? Esto es una cordillera entera.

Marcos se ríe. Es una risa ligera, sin filtro, la de alguien que tiene una vida sin demasiadas complicaciones.

—Estudié en Sevilla —dice, mientras me flexiona la rodilla dos grados más—. Los primeros meses de prácticas me tocó rehabilitación geriátrica. Señoras de ochenta años con caderas de titanio que se quejaban menos que tú.

—Seguro que no tenían amnesia además de la rotura de cadera.

Lo he dicho sin pensar. Marcos no deja de trabajar, pero noto que ralentiza el movimiento un instante.

—Daniel me lo ha explicado. —Pausa—. ¿Cómo lo llevas?

—¿Cómo llevo no saber quién soy?

—Sí. Eso.

—Fatal.

No me suelta un discurso sobre la paciencia, ni me dice que todo irá bien, ni me mira con esa compasión que destila lástima.

Simplemente asiente.

—Normal.

Y sigue trabajando.

Los siguientes veinte minutos habla de cosas que no tienen nada que ver conmigo. Que lleva unos años viviendo en la zona, aunque es natural de Grazalema. Que tiene un perro que se llama Bruto y que es lo menos bruto del mundo. Que sale a correr por la playa de Zahora cuando no hay turistas.

Marcos termina la sesión con unos ejercicios isométricos que me enseña a repetir por mi cuenta. Aprieta, mantén, suelta. Aprieta, mantén, suelta. Un ritmo que se parece a la respiración. Cuando acaba, me ayuda a volver a la silla.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo antes de que recoja sus cosas.

—Claro.

—¿Desde cuándo conoces a Daniel?

Marcos cierra la cremallera del bolso. No me mira.

—Me contrató hace dos semanas, cuando supo que te darían el alta. —Se cuelga el bolso al hombro—. No lo conocía de antes.

—¿Y lo que has oído de mí te lo ha contado él?

Ahora sí me mira.

—¿Quién más iba a contármelo?

No es una respuesta, sino una pregunta, y eso deja la pelota en mi tejado.

No insisto.

—El jueves vuelvo —dice desde la puerta—. Intenta hacer los ejercicios dos veces al día. Y, Laura...

Me giro.

—Un poco de molestia está bien. Significa que tu cuerpo está intentando curarse.

Asiento. Marcos me lanza otra de esas sonrisas francas y desaparece por la puerta del salón. Escucho una breve conversación en el porche. Voces masculinas. Debe de estar dándole el parte a mí... a Daniel.

La conversación se alarga. Demasiado, para un simple parte. Intento captar palabras sueltas, pero la puerta está cerrada y solo

me llega el murmullo.

Daniel aparece un minuto después.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien —digo. Y esta vez soy yo quien se dirige al jardín trasero, sin mirarlo.

A solas me doy cuenta de que es la primera conversación agradable que he tenido en esta casa, ya que las tres frases intercambiadas con Susana no cuentan.

¿No teníamos un jardinero? El césped está perfecto así que debe de existir. Me olvido de él, y mientras lo hago también reparo en otra cosa.

No controlo nada de lo que me rodea, ni mi ropa, ni mi medicación ni las personas que están a mi alrededor, y eso empieza a asustarme.

CAPÍTULO 14

LAURA

Ahora.

Los días siguientes son idénticos. Café recién hecho. Persianas medio bajadas. Toalla en su sitio. Daniel se empeña en cocinar cenas elaboradas que yo apenas pruebo porque el apetito no ha vuelto. Él no insiste. Nunca. Tampoco habla de más. Es como si esperara. Cada noche recoge mi plato casi lleno con una sonrisa comprensiva y lo lleva a la cocina sin un reproche.

Ningún marido es tan comprensivo. Al menos no lo son los de las amigas que recuerdo.

El jueves llueve y Daniel sale a una guardia en el hospital una vez que Marcos se ha marchado. La baja para cuidar de su esposa no puede durar más tiempo. Me quedo sola por primera vez desde que llegué. La casa en silencio es distinta. Más grande. Más vacía. Me desplazo por el salón con la silla de ruedas, pasando las palmas de mis manos por cada objeto. El respaldo del sofá. El lomo de los libros. La superficie fría de la encimera.

Nada. No siento nada. Ningún objeto me habla. Ningún rincón me dice aquí vivías, aquí reías, aquí eras feliz. Infeliz. Es como visitar un museo en el que alguien ha decidido exponer la vida de una desconocida que se parece a mí.

Paso por delante de la ventana del dormitorio. La casa de enfrente. El jardín vacío. La mujer no está. No he vuelto a verla desde el día que llegué. Empiezo a dudar de si fue real.

Esta noche Daniel vuelve tarde. Cena algo frío de la nevera. Apenas hablamos porque él dice que no debe de presionarme, aunque parece preocupado. Como manda el ritual, a las once viene

a mi puerta, me da las buenas noches y me desea que descanse. Se va.

Espero. Cuento los minutos. A las once y veintitrés oigo cómo su puerta se cierra. A las once y cuarenta y uno hay un silencio absoluto dentro de la casa. A las doce y cuarto me convengo de que no hay peligro.

Mi teléfono está en el cajón de mi mesilla. Daniel me lo dio el segundo día. *No lo hemos tocado*, dijo. *Es tuyo*. Lo encendí, vi la pantalla de bloqueo —una foto mía con un perro que no recuerdo— y lo volví a guardar porque no tenía fuerzas para enfrentarme a lo que hubiera dentro. ¿Y si había mensajes de mis padres? ¿Y si había más retazos de esa mujer que dicen que soy y en la que no me reconozco?

Esta noche es diferente. Esta noche tengo fuerzas para enfrentarme conmigo misma.

Me late una vena en la sien cuando lo saco del cajón. Es un modelo caro, en nada se parece al ladrillo tecnológico que recuerdo. Solo tengo que pulsar el botón lateral y la pantalla se ilumina. Me pide un código de seis dígitos. Aprieto los labios. ¿Sabe Daniel cuál es mi clave de acceso? Pruebo mi cumpleaños: 1-5-0-4-8-9. De eso me acuerdo.

Incorrecto.

El de mi padre: 2-2-1-1-6-0.

Incorrecto. ¡Joder! Queda un intento antes del bloqueo temporal.

Me quedo mirando la pantalla. Seis dígitos. ¿Qué fecha elegiría una mujer que se ha casado con el hombre perfecto, que ha perdido catorce kilos en un arranque incomprensible de coquetería, que vive en una casa de ensueño y con piscina en el sur de España?

Pienso en la fotografía de la boda que Daniel me enseñó en el hospital. Debajo había una fecha escrita a mano. La recuerdo porque me pareció absurdo que alguien apuntara la fecha de su propia boda. A no ser que necesitara recordarla.

1-4-0-9-2-5.

El móvil se desbloquea.

El fondo de pantalla es la misma foto del perro. Abro WhatsApp por inercia, como un reflejo muscular que mi memoria no ha borrado.

Doscientos cuarenta y siete mensajes sin leer.

Me quedo mirando la cifra. Doscientas cuarenta y siete personas —o quizá las mismas veinte personas una y otra vez— han intentado hablar conmigo. Y yo no les he contestado. La Laura de antes no les contestó.

Empiezo a bajar por la lista de conversaciones. Nombres que no reconozco. Números que no están en mi agenda. Grupos de los que no formo parte.

Y entonces veo un nombre que recuerdo perfectamente.

Mabel.

Veintiséis mensajes.

El último, de hace cuatro meses.

Miro hacia la puerta. Cerrada. Silencio al otro lado. Abro la conversación.

El primer mensaje dice:

Laura, ten cuidado con él.

Y arrojo el teléfono lejos de mí, porque aún no estoy preparada para enfrentarme a esto.

CAPÍTULO 15

MABEL

Estoy saliendo del turno de mañana cuando veo el mensaje en el móvil.

Como siempre, tardo en contestar. Es tarde y me queda por delante un día duro si quiero sacar el acceso a Medicina. Hace una década que terminé Enfermería y a veces pienso que volver a estudiar es un error que me va a amargar los próximos años.

Cuando leo en la pantalla el nombre de quien me ha escrito, parpadeo un par de veces, no de manera consciente; incluso echo hacia atrás la barbilla.

Laura Salamanca.

¿Aquella Laura que se había ido de la residencia el último curso sin despedirse de nadie y a quien yo, sinceramente, no echaba de menos?

No tengo la más remota idea de por qué me escribe. No éramos lo que se dice amigas y estoy convencida de que no le caía bien, así que lo abro y lo leo, suponiendo que no es para mí, que ha querido mandárselo a otra Mabel y la agenda le ha jugado una mala pasada.

«Estoy en el hospital. Nada grave. Una prueba de mi madre. La he dejado en un taxi y tengo un par de horas libres, así que me preguntaba si sigues trabajando aquí y si te apetece un café, por los viejos tiempos».

Lo leo dos veces.

Está claro que me escribe a mí. Sabe que soy enfermera y que me saqué la plaza y es lógico que haya supuesto que puedo andar por el edificio.

Lo dudo. Nunca he sido amiga de Laura. Hemos sido compañeras de residencia, sí, pero poco más que eso.

No sé por qué, pero contesto que sí con un «Qué alegría que te hayas acordado de mí», de lo que me arrepiento al instante, quizá porque me da pena decirle que no. O porque, después de cinco horas en una planta de oncología, te apetece sentarte enfrente de alguien que no esté muriéndose. O porque siempre acabo diciendo que sí, porque algo en mi cabeza ve descabellado desairar a un conocido.

La cafetería del hospital está llena a esta hora. Me ha contestado que me espera aquí, en una de las mesas del fondo, junto a los ventanales, pero no la veo.

Me detengo junto a la barra y paso la mirada lentamente por cada una de las mesas. La segunda vez, una mujer me saluda desde lejos con una bonita sonrisa en la cara.

Me cuesta creerlo. ¿Esa es Laura Salamanca?

La Laura que yo recordaba era una chica bajita, bastante fornida y con un cuerpo que ella misma describía con humor amargo como «de campesina rusa». Aquella Laura tenía las cejas demasiado pobladas y un acné resistente que le había dejado marcas en los pómulos. La Laura que atisbo en la memoria siempre vestía con sudaderas negras, anchas, que le cubrían las caderas, vaqueros sin gracia, y era difícil que no llevara una coleta hecha de cualquier manera.

Si he de ser sincera, no era una chica fea, pero parecía empeñarse en no hacerse notar. Tampoco era simpática. Tenía un humor seco y cortante, y se reía escasamente.

Sin embargo, la mujer que se acaba de levantar para recibirme al fondo de la cafetería no es esa Laura.

¿Cuántos kilos ha perdido? Está fatal opinar sobre el cuerpo de los demás, pero es algo muy evidente. Tiene buen aspecto porque es la delgadez tonificada de quien hace ejercicio y lleva una vida saludable.

Pero no es solo eso. Su piel está limpia, sin marcas; las cejas están perfiladas en una línea que la favorece; el cabello lo lleva largo y liso, partido por la mitad, con la raya perfectamente recta y en un

bonito tono rubio. Lleva unos vaqueros que le sientan de maravilla, una blusa de seda color crudo, unas sandalias planas de cuero gastado que probablemente costarán lo que yo gano en una semana.

Incluso tiene una postura distinta.

Me toco instintivamente la coleta. Aún debe de oler a desinfectante de quirófano y el jersey que llevo tiene bolas. La saludo y me acerco a ella un tanto cohibida.

—¡Mabel! Madre mía. Estás igual.

Suelto una risa nerviosa, porque la frase «estás igual», soltada por una mujer que ha cambiado tantísimo, te coloca a ti, por contraste, en una posición incómoda.

La miro con disimulo mientras me acerco. Es ella, sin duda. Ahí está esa mirada inquisitiva y cierto gesto que hace con la cabeza, como si tuviera lentillas progresivas y necesitara alzarla para ver de cerca.

Nos abrazamos, por supuesto. Huele a perfume caro. Me sorprende.

—Estás distinta. —Me muerdo la lengua para no preguntarle por la lista de tratamientos estéticos.

Ella se encoge de hombros y me señala la silla al otro lado de la mesa mientras se sienta.

—Una temporada en el gimnasio, una dermatóloga y dejé de comer pasta. Créeme, es milagroso.

Se ríe y yo me río, porque no sé si es una broma o un memorándum de su nuevo modo de vida.

—Te he pedido un café. ¿Sigues tomándolo solo y con una gota de leche?

¡Vaya! Se acuerda. Ella ya tiene el suyo a medio terminar, pero antes de que pueda contestar, el camarero me lo pone en la mesa y se retira, dejándonos de nuevo a solas.

Le pregunto cómo ha podido acordarse de mí y ella responde que ha pasado por aquí varias veces y siempre se ha recriminado no escribirme. Hoy no lo iba a dejar pasar. Nos hacemos las preguntas de siempre: que si estamos cómodas en Madrid, ella sí y yo no; que si la vida nos trata bien, a ella de maravilla, yo asfixiada con el curso

punto de Enfermería a Medicina; qué tal los padres, y en este caso, todos bien.

Cuando le pregunto en qué trabaja ahora, me cuenta que vive en Madrid, que es consultora *freelance* y que se ha metido en el mundo del marketing digital.

No tengo muy claro qué hace una consultora de esas, pero quedaría como una estúpida si lo expusiera. Cambio de tema. Las amigas de entonces. Observo un rictus extraño en su boca. No ha vuelto a ver a ninguna y me confiesa que la única que le caía bien era yo.

—Ya sabes que entonces era un poco solitaria. —Esboza una sonrisa amarga—. Y no fue una buena decisión apartarse de gente que ahora podría ser mi amiga, como tú.

«Amiga». Esa palabra le viene grande a lo que hay entre nosotras, pero no la desmiento.

—Tengo sus números. Te los puedo pasar. —Yo, siempre intentando hacer feliz a la gente—. Seguro que se alegran de verte tanto como yo.

—A nadie le gusta una mujer solitaria.

—¿Solitaria?

Se precipita a aclararlo.

—Bueno, ya sabes. Tengo algunas conocidas, a mis padres, el trabajo, pero los fines de semana se me hacen muy largos en Madrid desde que no tengo pareja. Supongo que tiene que ver con esto de envejecer.

Ella es de mi quinta y yo acabo de pasar por los treinta y cinco. La edad no es excusa para nada, pero no se lo digo; en cambio, asiento.

—Y, además —continúa—, todas mis amigas están casadas o emparejadas y hacen sus planes, así que los viernes me digo: «Venga, otro fin de semana viendo series». Tampoco está tan mal.

Yo conozco perfectamente esa sensación.

—Te entiendo más de lo que crees. Estaba en tu misma situación hasta que he conocido a un chico.

Los ojos de Laura parecen recobrar cierta luz.

—Cuenta, cuenta.

Parece animarse, lo que hace que yo la secunde.

—No sé. —Me hago la indecisa—. Es médico. Un poco mayor que nosotras. Guapo. Muy guapo, la verdad. Y listo. No sé cómo se ha fijado en mí.

Me dice todo aquello de que yo lo valgo, que seguro que él es el afortunado por haber dado con alguien como yo y blablablá.

—¿Y dónde lo conociste?

—Por amigos comunes. —Así fue—. Vive en Los Caños de Meca. Eso está en Cádiz, en la zona de La Janda. —Me siento absurda dando tantas explicaciones—. Tiene una casa preciosa cerca de la playa. La verdad es que estamos en una fase muy bonita. Muy de empezar a salir, ¿sabes? Esa fase en que todo es ilusión.

Ella sonríe. Parece alegrarse por mí.

—Me alegro mucho, Mabel. Te lo mereces.

La he juzgado mal. Todos tenemos una segunda oportunidad y Esta mujer que tengo enfrente no se parece en nada a la que conocí hace años. Lo digo sin pensarlo.

—Voy a bajar a verlo este fin de semana. ¿Por qué no te vienes?

Tarda un segundo en procesar la pregunta.

—¿Yo?

—Tú. Yo necesito tomármelo con calma. No quiero que parezca que solo voy para echarme en sus brazos y, si aparezco con una amiga, todo será más natural. Hacemos plan los tres. Plan de playa, de comer fuera y ya está. Sin presión.

Duda. Se muerde el labio inferior. Es ella, seguro que es ella, pero parece tan distinta...

—No sé, Mabel. No quiero dejar solos a mis padres el fin de semana.

—Seguro que tienes a alguien que los acompañe.

—Hay una chica que viene cuando yo estoy fuera, pero... no sé. Seguro que molesto.

—Habla con esa chica. —Hasta yo misma me sorprendo con mi insistencia—. De verdad, me harías un favor enorme. Y Los Caños es precioso. Si no has estado nunca, te va a encantar.

Al fin asiente.

—Lo intento. Pero si cambias de opinión, dímelo sin dudarlo. No quiero estar entre vosotros dos.

Le cojo una mano.

—¿Me lo prometes?

—Sí, sí, lo intento. Que es lo más cerca que estoy yo de prometer nada.

Me río como una estúpida, con una risa amplia, generosa. Le toco el brazo. Su mano es pequeña, fría, con las uñas pintadas en un *nude* muy bien aplicado. Se pone de pie y se alisa la camisa. Está perfecta. Es perfecta.

—Te escribo esta noche, Mabel. Te lo prometo. Eres la mejor.

Nos damos un abrazo y yo me quedo en la mesa, terminando mi café mientras la veo marcharse hacia el ascensor.

Me saca de mis pensamientos la voz de mi jefa, que de repente está a mi lado.

—Pensaba que ya estarías en casa.

—He bajado a tomar café con una amiga.

«Amiga».

¿De verdad? La última vez que la vi sentí alivio y ahora acabo de invitarla a pasar un fin de semana conmigo y con el chico con el que estoy saliendo. Suspiro. La gente como yo somos así, y así nos va.

Mientras mi jefa se sienta justo donde estaba Laura y se pide un café, yo me descubro pensando en por qué me ha escrito después de tantos años.

Si entonces no fuimos capaces de ser amigas..., ¿por qué vamos a serlo ahora?

CAPÍTULO 16

DOIRA

Antes.

Han pasado dos semanas y todavía tengo su cazadora.

Está colgada en la silla del escritorio de mi habitación, en el piso de estudiantes que comparto con dos chicas de quinto a las que apenas veo porque viven en la biblioteca. Cada mañana paso por delante de camino al baño. Cada mañana me digo que debería deshacerme de ella. Meterla en una bolsa, donarla, tirarla al contenedor de al lado del Mercadona.

No lo hago.

Ya no huele a su colonia. Ahora huele a mi habitación: a café recalentado, a apuntes de Anatomía Patológica y a la vela de vainilla barata que enciendo cuando me agobio. Pero sigo sin quitarla de ahí.

No he vuelto a ver a Daniel. No tengo su número, no sé su dirección en Cádiz y no tengo ninguna razón decente para buscarlo. Lo que tengo es su cazadora con capucha, una marca que no reconozco y una etiqueta interior que dice «fabricado en Portugal».

La facultad ha vuelto a absorberme. Tercero de Medicina es ese año en el que te dicen que si has llegado hasta aquí ya no puedes dejarlo, lo cual es la forma más retorcida de motivación que conozco. Patología, Farmacología, Microbiología. Me paso el día memorizando bacterias y mecanismos de acción que olvidaré en cuanto apruebe el examen.

Mis amigas no han vuelto a mencionar a Daniel. Más bien he sido yo la que ha obviado el nombre. Es como si aquella noche en

Los Caños de Meca solo fuera importante para mí porque conocí al chico perfecto. *Las cosas de Doira*, me digo, y no me convengo.

Tengo argumentos más que suficientes para olvidarlo, pero no lo hago.

El martes por la noche, sola en el piso, con un bol de arroz tres delicias del chino de abajo y el portátil abierto sobre la cama, hago lo que llevo dos semanas resistiéndome a hacer.

Escribo su nombre en Google.

Daniel Ibarburu.

Los primeros resultados son profesionales. Un perfil en el directorio del Colegio de Médicos de Cádiz. Especialidad: Medicina Interna. Hospital Puerta del Mar. La foto es institucional, con bata y fondo azul. Sonríe de una manera más amplia, pero también más vacía.

Más abajo, una foto de grupo en lo que parece una conferencia médica. Segundo por la derecha. Reconozco la postura: las manos en los bolsillos, la cabeza ligeramente ladeada. Está rodeado de colegas y ninguno de ellos es tan guapo como él, lo cual es un pensamiento estúpido que no debería estar teniendo mientras investigo a un tío del que me han dicho que tenga cuidado.

Pero aquí estamos.

Sigo bajando. LinkedIn. Una mención en un boletín del SAS. Nada más. Daniel Ibarburu es un médico joven, impecable, casi invisible en internet. Lo cual, en alguien de su edad, es raro. ¿Dónde está Tuenti? ¿Facebook? ¿Fotolog? O es discreto o no quiere que lo encuentren.

Me río de mí misma por la ocurrencia. Empiezo a ser como mi madre, que ve amenazas por todas partes. Debe de ser algo genético.

En la tercera página de Google —¿quién llega a la tercera página de Google? Yo, aparentemente, a las once de la noche de un jueves, con restos de arroz tres delicias en la camiseta— aparece un enlace a la hemeroteca digital de un periódico de Cádiz. El titular:

Hallado el cadáver de una de las jóvenes desaparecidas en Los Caños de Meca. La policía no descarta la intervención de

terceros.

La fecha es de hace tres años.

El nombre de Daniel no aparece en el artículo, por lo que ignoro por qué Google me ha traído hasta aquí. Tampoco el de la chica. El texto es escueto: una mujer joven hallada en la playa, sin signos aparentes de violencia, pendiente de autopsia. La policía investiga. Fuentes cercanas al caso no descartan la participación de una tercera persona.

No descartan. Qué forma más aséptica de decir que alguien pudo matarla.

Vuelvo al perfil del Colegio de Médicos. Repaso las fechas. Según su historial académico, Daniel realizó las prácticas del último año del MIR en el Hospital de Jerez de la Frontera justo en esas fechas. Jerez está a una hora de Los Caños de Meca.

La coincidencia no significa nada. Miles de personas viven o trabajan a una hora de Los Caños. Es una zona turística. Era verano. La gente va y viene.

Cierro el portátil.

Lo abro.

Lo vuelvo a cerrar.

Me levanto, tiro el envase del arroz, abro una cerveza del fondo de la nevera y me siento en el sofá con las piernas recogidas. El piso está en silencio. Mis compañeras no volverán hasta las mil.

Estoy siendo una paranoica. Eso es lo que pasa. He conocido a un tío guapo en una playa, mi amiga me ha dicho que tenga cuidado, una de esas frases entre colegas que no van más allá, y yo, en lugar de preguntarle directamente a Sara qué coño quiso decir, me he dedicado a jugar a los detectives en la tercera página de Google como si fuera la protagonista de un *podcast* de crímenes reales.

Le doy un trago a la cerveza. Está tibia. Como todo en este piso.

La cazadora de Daniel sigue colgada en la silla de mi escritorio. Desde aquí no la veo, pero sé que está ahí.

Como si él supiera que no me he deshecho de ella.

CAPÍTULO 17

LAURA

Ahora.

No he podido dejar de pensar en Mabel.

He tenido la intención de mirar otra vez el móvil y leer todos sus mensajes, pero... ¿Qué hay ahora entre nosotras? Recuerdo que simplemente desapareció, de la noche a la mañana. Dejó de contestar a las llamadas, a los mensajes, no acudía a su trabajo, ya no vivía en su casa.

También he pensado en preguntarle a Daniel para evitar enfrentarme a lo que Mabel me haya escrito, pero... ¿Y si hay algo extraño que esté relacionado con él?

Estoy recalentando una taza de café cuando llaman a la puerta.

Daniel no está y Marcos no viene hoy. ¿El jardinero que aún no conozco? ¿Susana? Ella no: tiene llaves, se mueve por la casa como un fantasma y apenas contesta a mis preguntas con monosílabos.

Aunque ya puedo desplazarme con las muletas, le he cogido el truco a la silla de ruedas. Atravieso el salón hasta la puerta, pero antes miro por la ventana.

Es una mujer. Algo mayor que yo, con el aspecto saludable que da la vida junto al mar. Cabello quemado por el sol, canas sin teñir, recogido de cualquier manera. Una cazadora vaquera que se parece mucho a una que yo adoraba y que no está en mi armario.

Es la vecina. ¡Existe! La que vi el primer día al otro lado de la ventana. De pie en su jardín, mirándome. Casi siento alivio al

comprobar que es de verdad y no es una fantasía de mi alocada mente.

Abro con curiosidad. Al otro lado, ella parece expectante. Mira la silla. Mis ojos. De nuevo la silla. Sonríe.

—No sabía si habría alguien en casa.

No contesto. Lleva una falda larga de colores y chancas. Una mezcla extraña pero atractiva.

¿Me conoce? Supongo que sí. Si llevo más de un año viviendo aquí...

—Soy Vera. —Señala hacia el otro lado de la calle—. La de enfrente.

No hay nada siniestro en ella y su sonrisa parece franca. Me relajo. Esbozo algo raro con los labios y aparto la silla para dejarla pasar.

¿Debo hacer como si yo no hubiera perdido la memoria? Decido comportarme con naturalidad. Quizá esta mujer y yo somos buenas amigas y encuentro en ella a alguien en quien confiar.

—Entra, por favor.

Al fin se me relajan las mandíbulas y sonrío.

—Estaba preparando un café.

Evito decir que recalentaba el que me ha hecho Daniel esta mañana.

Vera mira alrededor. Parece beberse cada objeto, como si los memorizara. Mi madre decía que admirar demasiado las cosas de los demás era de mala educación. Mi madre y sus rigores con las buenas costumbres. Qué decepcionada tuvo que estar conmigo.

Mi vecina al fin entra en la casa, se vuelve hacia mí y sonrío.

—No quiero molestarte. Solo pasaba a saludar. —Señala hacia un punto indefinido del exterior—. Me he mudado hace poco. Un cambio de aires. Me encanta esta Costa.

Le tiendo la mano, aunque no sé si debería intentar darle dos besos. Es ella quien lo resuelve. Se agacha y me los da.

—Laura —me siento torpe—. ¿Nos conocíamos?

Ella no me mira. Parece demasiado interesada en su alrededor.

—No. Solo de vista.

Conduzco la silla hasta la cocina. Me sigue. La cafetera está humeante. Le lleno una taza y se la tiendo. Ella sigue observándolo todo con curiosidad. Empiezo a pensar que la manía de mi madre tenía algún fundamento.

—¿El chico no está?

El chico. Le pega, aunque haya pasado los cuarenta.

—Daniel. Se llama Daniel. A estas horas siempre está en el hospital. —Le doy un sorbo al café recalentado. No sabe bien—. No sé si tengo galletas o algo para acompañarlo.

—Así está perfecto.

Por primera vez clava la mirada en mi silla sin intentar desviarla.

—¿Un accidente?

Dudo antes de contestar.

—Más o menos. —Sonrío como puedo—. En un par de semanas estaré caminando.

Me observa. Hay algo familiar en sus ojos, en su expresión. Pero seguro que son imaginaciones mías.

—Por tu acento no eres de aquí —me dice.

—Madrid. ¿Barcelona?

—De cerca de Madrid, pero llevo toda la vida en Sitges. Ya no podría vivir lejos del mar.

—¿Te gusta la zona?

Mira por la ventana. Desde la planta baja solo se ve el seto que rodea la finca. Desde arriba tenemos una vista espectacular, con Marruecos al fondo los días que no hay viento.

—Me enamoré la primera vez que vine. Llevo años pasando temporadas por aquí. Ahora he decidido quedarme. ¿Y tú?

Aparto la mirada. Dejo la taza a un lado.

—Algo parecido.

Vera vuelve a pasear los ojos por la cocina. Despacio. Como si intentara memorizar cada ángulo. Es la segunda vez que lo hace. ¿Qué busca?

—Así que el chico... —hace memoria—. Daniel es médico.

—Trabaja en Cádiz. Va y viene todos los días.

—Tenéis una casa muy bonita.

—Cuando me reponga, te invitaremos a cenar.

Lo he dicho por cortesía, pero ella me mira como si acabara de decir algo importante. Luego saca el móvil del bolsillo y lo comprueba. Su expresión cambia. Solo un instante. Tan breve que no sé si me lo he imaginado.

—No te entretengo más. —Deja la taza sobre la mesa—. Quiero bajar a la playa. Ha sido un placer.

Le sonrío.

—Nos veremos por aquí.

No me deja acompañarla hasta la puerta, aunque la veo salir desde la cocina. Camina con paso firme. No mira atrás.

No sé qué pensar de ella. Amable. Curiosa. Un poco demasiado curiosa, quizá.

Cuando recojo las tazas, me doy cuenta de que no ha tocado la suya.

Me quedo mirándola un momento. Llena hasta el borde. Fría.

¿Quién acepta un café para no beberlo? ¿Quién entra en la casa de una desconocida para mirar los muebles y marcharse?

Las dejo en el fregadero y arrastro la silla hasta el jardín de atrás.

La piscina está impoluta. Como todo. Me acomodo en uno de los sillones e intento leer, pero soy incapaz de concentrarme en las palabras.

La llegada de Daniel me saca de esa lucha interna. Se queda en la puerta del jardín. Sonrisa luminosa. Los ojos... no sé.

—¿Cómo ha ido tu día?

—Bien.

Se pasa una mano por el pelo, que recupera su corte perfecto al instante.

—Voy a darme una ducha y preparo la cena.

Va a irse cuando levanto la voz.

—Ha venido la nueva vecina.

Se detiene. Su frente se frunce de inmediato. Solo un segundo. Luego sonrío.

—¿La de la casa de enfrente?

Asiento.

—Alguien me dijo que pregunta mucho. Ten cuidado con lo que le cuentas.

Lo suelta sin levantar la voz. Sin darle énfasis. Como quien recuerda que hay que sacar la basura los miércoles. Y se da la vuelta hacia el interior de la casa.

Me quedo mirando el lugar por el que ha desaparecido Daniel. La piscina continúa impoluta. El jardín, en silencio. Una gaviota grita muy lejos.

Vera ha estado aquí diez minutos y Daniel, sin haberla visto, ya tiene una opinión sobre ella. Porque alguien se lo ha dicho.

Qué casualidad.

CAPÍTULO 18

DOIRA

Antes.

No recuerdo la última vez que estuve nerviosa esperando a un tío. Quizá porque no lo he estado nunca. Quizá porque siempre han sido ellos los que se quedaban sin palabras cuando yo aparecía.

Daniel ha sido quien se ha puesto en contacto conmigo. Un número desconocido.

—¿Diga?

—Llevo semanas intentando devolverte el libro que me prestaste y, si no lo hago hoy mismo, no dormiré en paz.

Reconozco su voz de inmediato. Sonrío como una imbécil. ¿Cómo ha conseguido mi número? Pero un tío que a su edad ya es internista debe de saber conseguir un número de teléfono.

—Una sudadera, querrás decir.

—Un libro —insiste—. ¿Nos vemos a las cinco?

Hemos quedado en una taberna de Lavapiés que tiene pretensiones de cafetería. Nerviosa. Sí. Y eso no me hace sentir bien. Es muy parecido a perder el control.

He llegado diez minutos tarde, pero él ha aparecido justo cuando yo ocupaba la única mesa libre. Me recrimino por no haberlo hecho esperar media hora.

—Hola.

—Hola.

Es más guapo de lo que lo recordaba. ¿Le doy un beso? Espero a que él lo haga y, cuando se acerca, ahí está la misma colonia. Cierro los ojos para empaparme.

Se aparta al instante. Lleva un polo blanco y unos Levi's que le sientan de maravilla. Se me queda mirando. Yo intento no parecer embobada. Trastea en la mochila que lleva colgada al hombro y me tiende un libro.

—Aquí lo tienes.

Lo miro antes de cogerlo. *Tokio Blues*. Un poco básico, la verdad. Me flipaba de adolescente. Tengo dos ejemplares en casa. Uno lleno de lágrimas. El otro subrayado en cada página. De adolescente. Chasqueo los labios.

—No es mío. Confirmado.

—¿Seguro? —Lo deja sobre la mesa, a mi lado—. Pues entonces se acaba de convertir en un regalo. Es uno de mis autores preferidos.

No quiero hablar con él sobre Murakami. Quiero hablar de deseo. De contacto. De sexo. Sé que no hablaremos de nada de eso.

—Pensaba que aquel día, ¿te acuerdas?, nos veríamos en la playa. —Intento que no suene a reproche.

Daniel se sienta y con un gesto pide una bebida. La misma que yo. Dudo que le guste el praliné.

—Tuvimos que irnos al día siguiente, muy temprano. —Pone cara de culpa—. Estuve tentado de dejarte una nota por debajo de la puerta, pero pensé que sería un poco sospechoso.

Lo sería. Sobre todo si era Sara quien la descubriría. Me aparto el pelo y dejo al descubierto el cuello. Es mi fuerte. Ninguno se resiste.

—Así que médico internista.

El camarero irrumpe y me impide ver qué expresión le cruza los ojos. Cuando vuelvo a mirarlo, parece que no le ha afectado.

—¿Me has investigado?

—Tenía curiosidad.

—¿Y qué has descubierto?

—Que vives en Cádiz, aunque eres de aquí, de Madrid. —Enumero con los dedos—. Que tienes un buen expediente. Y que no te gustan las redes sociales.

No menciono el artículo del periódico. Ni la chica muerta en Los Caños. Ni las fechas que coinciden.

Si el hecho de que haya husmeado en su vida le ha sentado mal, no hay nada que lo demuestre. Coge la taza y da un sorbo. Espero una expresión de repugnancia ante el praliné, pero no aparece. Se recuesta contra el respaldo y me mira. Parece un gato a punto de abalanzarse sobre una presa. Yo, una presa con muy poco instinto de supervivencia.

Me muerdo el labio inferior. No a propósito. O quizá sí.

—¿Qué tal las clases? —me pregunta. Cambio de conversación evidente.

—¿Qué tal es vivir en el sur, al lado de la playa?

—Intenso, divertido y echando de menos Madrid.

—Tengo que darte las gracias por socorrerme aquella noche. Y por no tratarme como a una loca.

—No fue fácil, lo reconozco. —Al fin sonrío y entiendo que es una broma—. Pero no me pareciste peligrosa.

Me estremezco. Soy buena actriz y no se me descompone el semblante.

—Ya sabes, lo de esas chicas desaparecidas era un poco...

—Aterrador.

Iba a decir preocupante, pero su palabra se ajusta mejor a lo que siento.

—Quizá me sugestioné y solo me perseguía una gaviota.

Reconozco la misma forma de mirarme de aquella noche. Una sonrisa que no termina de definirse. Los ojos azules clavados en los míos, evaluadores y ligeramente desconcertantes.

—Quizá esas chicas tuvieron mala suerte, o no tomaron las precauciones suficientes —dice. Carraspea—. La gente confía demasiado en los desconocidos.

Me quedo quieta.

¿Está diciendo que ellas fueron las culpables de lo que les pasó? Si no me gustara tanto, lo mandaría a la mierda.

—Yo me arrojé a tus brazos —es lo máximo que me atrevo a rechistar.

Se acerca. Apoya los codos en la mesa.

—He pensado en ti muchas veces desde entonces. —Voz más grave—. Y no, tú no eres así.

La forma de decirlo me levanta un escalofrío. No sé si es por el halago o porque ha sonado a advertencia.

Ha sido solo un café. Lo han llamado por teléfono y ha tenido que irse. ¿Me ha invitado? Sí. Habría sido un punto en su contra no hacerlo.

Lo veo marcharse entre la gente. Polo blanco, mochila al hombro, sin mirar atrás. El libro sigue sobre la mesa. A mi lado. Como si ya fuera mío.

Me pregunto por qué me gusta tanto este tío. ¿Me da miedo? Quizá sean lo mismo.

CAPÍTULO 19

LAURA

Ahora.

Martes. Toca sesión con Marcos.

Se presenta puntual y sonriente. Despliega la camilla y me ayuda a subir desde la silla de ruedas. Me tumbo boca arriba.

—¿Estás haciendo los ejercicios?

—Lo intento.

Duelen como si un mastín me diera un mordisco en la articulación. Ese es el tipo de perro que aparece en la pantalla de mi móvil. Aún no le he preguntado a Daniel cómo se llama.

—Ya puedes empezar con las muletas —dice mientras trabaja mi rodilla—. Con cuidado. Y siempre que me prometas que no cargarás peso en esta pierna.

—Lo prometo.

Reconozco que la presencia de Marcos me alegra el día. Siempre tiene algo de que hablar y sabe cuándo callarse, lo que es igual de importante. El otro día me descubrí pensando en él. En la bañera. Tuve que reprenderme para apartar aquellos pensamientos.

Es apenas un niño. Y yo estoy a un paso de que me llamen señora.

—¿Cómo te encuentras? —No me mira. Sigue con su trabajo—. Y no me refiero a las molestias.

No tengo ni idea. Sigo sin confiar en Daniel pese a que no hay nada en él que resulte sospechoso. Bueno, sí: el hecho de que no recuerde cómo carajo he terminado casada con él. Lo cierto es que me muestro indiferente, pero eso no logra que su atención se relaje

lo más mínimo. Ni una mala palabra. Ni una fea contestación. Ni una contradicción.

Suspiro.

—Confundida.

—Es normal. Cuando el cuerpo falla, la mente busca culpables. Y en tu caso, esa es una tarea difícil.

Culpables. ¿Eso es lo que estoy haciendo? ¿Buscar una conspiración donde mi marido es el centro de todo?

Me doy cuenta de que es la primera vez que mi mente asume que Daniel y yo estamos casados. Sin cursivas. Sin resistencia.

No sé si eso es una buena señal o la peor de todas.

Como si me leyera el pensamiento, Marcos pregunta por él.

—Últimamente no veo a Daniel.

Desde que se le acabaron los días libres, el hospital lo tiene absorbido.

—Pasa poco tiempo en casa. Ya sabes, las guardias. Creo que también me está dando espacio.

De nuevo se calla. La parte de mí que ve complots hasta en los azulejos llega a la conclusión de que ha querido saber cuándo está o no está Daniel en casa. ¿Se puede ser más absurda? Me río de mí misma. Marcos me mira y se ríe también.

—¿Has bajado ya a la playa?

Intento no parecer idiota.

—Daniel ha insistido, pero con esto... —señalo la silla de ruedas aparcada junto a la mesa— no sabría qué hacer. Quizá cuando coja pericia con las muletas.

—Déjame que te lleve la próxima semana. —Le brillan los ojos—. Puedo montar la camilla en la arena y trabajar mientras tú miras el mar. Sería una pasada. Aún hace buen tiempo, pero no va a durar mucho más.

La idea me gusta más de lo que debería.

—Suená bien.

Sus manos se apartan de mi muslo. Siento un pequeño vacío. Es curioso cómo el cuerpo se acostumbra al dolor. Y al placer.

Hemos terminado. Coge la toalla y me limpia los restos de gel.

—En nada estarás haciendo surf.

—O pilates. —Daniel me dijo que era otra de mis olvidadas aficiones.

Marcos alza las cejas.

—Dile a las chicas que vengan a tomar café. Se alegrarán de verte.

Lo miro extrañada. ¿Las chicas? De repente, tengo la sensación de que Marcos sabe más de mí de lo que ha confesado.

—¿Cómo sabes...?

—Bueno, aquí solo está Juana. —Su mirada parece transparente—. Si haces pilates en la zona, solo puede ser con su grupo.

Debo de estar volviéndome loca. Hasta el pilates me parece sospechoso. ¿Esto formará parte de mi recuperación? Marcos da una palmada al aire. Es su señal de que se marcha.

—Por hoy, suficiente.

Me sonrío. Analizo sus labios. ¿Hay preocupación? ¿Ironía? No. Es la misma sonrisa fresca de siempre. Me recrimino por ser tan desconfiada.

Me ayuda a alcanzar la silla. En mi habitación ya hay un par de muletas. Aparecieron ayer como por arte de magia. Daniel.

Me doy cuenta de que Marcos no tiene la misma prisa de siempre. Lo observo. Parece inquieto.

—Necesito cobrar. —Se ha sonrojado.

—Claro.

Joder. Joder. Joder. No tenía ni idea. Me doy cuenta de que no sé dónde está el dinero. Tampoco sé si aún tengo mi cuenta bancaria, aunque allí nunca había saldo. Daniel está pagando todo esto, claro.

Daniel.

Intento aparentar que lo controlo.

—Un momento.

Si hay algo de pasta en casa, debe de estar en el despacho. Dejo a Marcos en la puerta y voy hasta allí. Desde que llegué, he entrado un par de veces. Daniel lo describió como una leonera, pero

aquí también se podría operar a corazón abierto sobre la mesa de roble impoluta.

Abro un cajón. Nada.

Abro otro. Nada.

El tercero se resiste. Un tirón hace ceder la cerradura.

Casi siento alivio al ver una cajita de caudales abierta con varios billetes dentro. La cojo. ¿Cuánto cobrará Marcos? Voy a ir a preguntarle cuando veo la carpeta que hay debajo.

Me llama la atención porque mi nombre está escrito a máquina en la portada. En una pegatina llena de números.

Miro hacia atrás antes de cogerla. Como si alguien pudiera entrar.

Es mi informe médico. El del hospital que me ha tratado desde el accidente. Lo abro. Un par de radiografías. Una resonancia. Analíticas. Un encefalograma. El resto de los documentos no sé lo que son, pero llevan el anagrama del servicio de salud.

Algo cae en mi regazo.

Un trozo de papel pautado. Parece arrancado de una agenda.

Reconozco la letra al instante. Es la misma de la lista de la compra que hay en el frigorífico. La misma de cada una de las notas que encuentro por la mañana junto a la cafetera.

Lo leo.

«Amnesia confirmada. Proceder según lo acordado».

¿Qué mierda es esto? Miro otra vez hacia la puerta. Marcos sigue esperando. No quiero dar la impresión de que hago algo sospechoso. Doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo. Cojo los billetes sin contarlos, cierro el cajón y vuelvo al salón.

—Aquí tienes. Espero que sea suficiente. —Le tiendo el dinero—. Perdona la espera.

—No te preocupes. —Me mira—. ¿Estás bien? Te has quedado pálida.

—Es la pierna. Siempre me molesta después de la sesión.

Marcos asiente. Se va. Cierro la puerta.

Me quedo sola con la nota de Daniel ardiendo en el bolsillo.

Proceder según lo acordado.

¿Acordado con quién?

CAPÍTULO 20

DOIRA

Antes.

Nos vemos a menudo. Siempre que él puede escaparse a Madrid.

No estamos saliendo, por supuesto. Pero esta semana Daniel y yo hemos quedado dos veces. Sara dice que estoy rara —ni muerta se me ocurriría decirle que me veo con Daniel Ibarburu. *Ten cuidado*—, y Paula me ha preguntado si me gusta algún tío, porque asegura que tengo la misma cara de gilipollas que cuando estaba con Agus.

Esto no tiene nada que ver.

Daniel es distinto a todos los demás, y no solo porque sea un poco mayor que los chicos con los que estoy acostumbrada a salir. Con que diga que contesta a todos mis mensajes antes de cinco minutos es suficiente para entender que me embarco en esta relación como en un mar desconocido donde el otro no es un gilipollas ni un mentiroso.

Dicho esto, puede parecer que lo conozco, y lo cierto es que sé muy poco de él.

Apenas habla de su familia. Solo sé que su padre vive aquí, en Madrid, y que también es médico. No sé si tiene hermanos, si tuvo una infancia feliz o si hay alguna novia de la que me deba preocupar.

Pero el caso es que no me importa. Cuando estamos juntos me siento bien, aunque cambie de conversación si mis preguntas intentan ir más allá de la superficie. Los tíos son así, ¿no?

Hoy hemos quedado para dar un paseo por el Rastro y nos hemos parado a tomar un vermú en un bar de los alrededores. Me

ha parecido el momento perfecto para sacar de mi mochila un paquete envuelto y entregárselo.

—Yo también tengo un regalo para ti.

Lo mira asombrado.

—¿En serio?

—Es una tontería.

Lo abre con las cejas fruncidas. Labios apretados.

¿Parece incómodo?

Son cosas mías. Al fin y al cabo, él me regaló un libro en nuestra primera cita.

Es un reloj Casio plateado *vintage*, con calculadora incluida. Uno de esos modelos noventeros que ahora están otra vez de moda. He visto que no lleva reloj y, cuando vi este en el escaparate de una tienda de Malasaña, supe que sería perfecto para él.

—Me chifla.

Me da dos besos.

Dios, qué bien huele.

—El que me regaló mi padre cuando terminé la carrera jamás me lo he puesto. Este sí.

Se lo coloca y lo ayudo a ajustar el cierre. La esfera plateada le queda algo grande en la muñeca. Le sienta bien. Como si lo hubiera llevado toda la vida.

—Yo no sé si la terminaré alguna vez. —Se me escapa un suspiro—. A veces pienso que hago esto por los demás. A mí lo que me habría gustado es servir mojitos en un chiringuito cutre de Tailandia. Sería más feliz.

Mis amigas me habrían quitado la idea de la cabeza. Él sonríe.

—Cuando termines los estudios puedes proponértelo. Yo te ayudaré.

Me sientan bien sus palabras. Quizá demasiado bien.

—A mi madre le daría un telele y mi familia me dejaría de hablar.

Alza una ceja.

—¿Ellos también quieren que seas una chica ejemplar?

—No los culpo.

Mi pobre, mi amargada familia.

—Los hijos siempre cargan con las expectativas de los padres. A ellos les tocó la peor parte.

Daniel va a contestar cuando un tipo se acerca a la mesa.

Su misma edad. Estilo similar. Aunque en nada se parece a Daniel. Tiene ese aire de amigo opaco que abunda en toda pandilla: el que siempre está, pero al que nunca miras dos veces.

—Tío, qué pasa. —Le da uno de esos medio abrazos tan de colegas—. Te hacía ya en Cádiz.

Daniel parece confundido. Me mira como lo haría un niño cogido en una trastada. Luego sonrío.

—Me largo en un rato.

El otro no ha dejado de observarme. Daniel se ve en la obligación.

—Déjame que te presente a Doira.

Él no hace por saludarme. Ladea la cabeza y sus ojos me recorren de arriba abajo. Me da asco. Suena fatal, pero eso es lo que siento.

—Vaya. Así que esta es Doira. Daniel habla mucho de ti.

Me siento incómoda.

—No le creas.

Intento que suene gracioso. Suena patético.

—Pues sí quiero creerle.

No se sienta. Daniel le ofrece la silla y la rechaza con un gesto. Tiene prisa, dice. Un domingo a mediodía en pleno Rastro y va con prisas.

Habla con Daniel sobre un viaje pendiente, una marca de maletas, una vez que estuvieron juntos en la playa.

Él asiente, le sigue la conversación, pero de vez en cuando me mira, como si quisiera asegurarse de que no me he ido. O de que no termino de entender de qué coño están hablando.

Daniel parece hacerse más pequeño en presencia de este tío.

El amigo se despide al fin. Alivio. Otro medio abrazo. Al alejarse de la mesa, levanta la mano para saludar y vuelve a clavar la mirada en mí. Solo en mí.

Es una sensación extraña la que siento. Malsana. Como si el día se hubiera nublado de repente.

Daniel y yo nos despedimos antes del almuerzo. Él tiene que coger un tren para Cádiz y yo he quedado con mi madre, que vive en Guadalajara. La torpeza de un beso de despedida hace que acabe en mis labios, allí, delante de todo el mundo. Veo cómo se le dilatan las pupilas y se le ponen rojas las mejillas.

Joder, qué mono es.

Horas más tarde, tras una larga velada con mi madre en la que mis estudios y mis notas han sido el tema central, abro el portátil. Escribo de nuevo *Daniel Ibarburu* en el buscador. Aunque sé que no aparecerán sus redes sociales, busco más imágenes, más noticias sobre él, sobre su vida.

Mientras avanzo me siento culpable. ¿Por qué soy así de desconfiada? ¿Por qué desconfío de un tío que no me ha dado motivos para ello? Quizá mi madre tenga algo que ver. Para ella todos los hombres son delincuentes en potencia. Ve peligro por todas partes.

Solo me alivia la conciencia saber que esta vez no estoy buscando a Daniel. Estoy buscando al otro. Al amigo que ha aparecido de improviso. El tío que me ha dado tan mal rollo.

El problema es que no sé cómo se llama.

¿Cómo no le he preguntado el nombre?

Repaso mentalmente la conversación. Daniel le ha dicho *tío*. Él ha dicho *tío*. Ninguno de los dos ha pronunciado un nombre.

Eso tampoco es normal.

Doira, deja de ver confabulaciones por todos lados.

Vuelvo a la pantalla. Reviso la escasa huella digital de Daniel. Apenas unas pocas menciones. Para alguien de su edad es ridículo. Casi todos son médicos. Caras que no encajan con la del amigo que me ha dado mal rollo. Ningún hombre joven con su perfil físico aparece etiquetado en una sola foto.

Cierro el portátil. La pantalla se apaga y la habitación se queda a oscuras.

Y, sin embargo, hay algo que no consigo apagar.

La sensación de que me estoy metiendo en algo con demasiadas aristas.

CAPÍTULO 21

LAURA

Ahora.

Cuando Daniel ha llegado lo he notado más serio que de costumbre. Me ha dado un beso en la mejilla y ha subido a su habitación. Hoy no me ha preguntado qué tal he pasado el día ni cómo llevo mis ensayos con las muletas.

Media hora más tarde ha bajado duchado y oliendo a limpio.

La ducha le ha sentado bien. Está más relajado; incluso se ha servido una copa de vino que bebe a tragos cortos, casi sin mojarse los labios.

Me ha contado cómo le ha ido el día en el hospital: un hombre que estaba tomando la medicación equivocada. Una mujer a la que no había manera de controlarle la tiroides. Tres hermanos con hipercolesterolemia familiar. Me cuenta cada caso con detalle, como si yo fuera una colega y no una mujer con muletas que apenas recuerda su propio nombre.

He asentido sin dejar de mirarlo, intentando aparentar que todo sigue igual que esta mañana, cuando se marchó.

En el bolsillo tengo la nota.

Amnesia confirmada. Proceder según lo acordado.

Durante la cena lo escucho de nuevo y contesto con monosílabos. Busco en sus ojos, en las expresiones de su rostro, un gesto. Algo que le dé sentido a las palabras escritas con tinta que mi cabeza no deja de repetir. Algo que me diga que esa nota tiene una explicación inocente. Que los médicos usan ese lenguaje frío entre ellos y que no esconde nada oscuro, inquietante.

Daniel parece haberse acostumbrado a mi inexpresividad. ¿No es raro? ¿No debería haberme preguntado? ¿Haber estallado porque su esposa enferma no ofrece avance alguno? Esa sonrisa suya, casi imperceptible, aparece en sus labios. Me tiende el pan. Me llena el vaso de agua —tengo prohibido el vino—. Se ofrece a cortarme el filete, cosa a la que me opongo.

Mis manos funcionan perfectamente. Es lo único que funciona en mí. En algún momento hace un inciso.

—Me he cruzado con Álvaro y hemos estado hablando.

Es mi médico, mi neurólogo, el tipo que me salvó la vida en Urgencias.

—¿Sobre mí?

—¿Sobre quién si no?

—Creo que no le he dado las gracias por todo lo que ha hecho.

—No es necesario. Él sabe que estás agradecida. Además, es su trabajo.

Noto algo en la forma en que dice «es su trabajo». Como si estuviera trazando un límite. Álvaro, a un lado. Nosotros, al otro.

—Mañana llamará para hacerte un seguimiento. No se ha fiado de mí cuando le he dicho que estás mejor que nunca. —Sonríe—. Es muy meticuloso. Por eso es tan buen médico. Dile que todo va bien.

¿Por qué he de decirle que todo va bien? ¿Que estoy mejor que nunca? Tengo una pierna rota, una memoria agujereada y no confío en el hombre en cuyas manos me encuentro. Pero, claro, estoy mejor que nunca.

Intento recoger los platos. Los míos casi llenos, los suyos vacíos. Tengo que esforzarme en ser algo más que carne soportada en un par de muletas. Algo más que una mujer tramando, buscando *complots*, volviéndose loca. Daniel se pone de pie.

—Déjame a mí —dice, y me los quita de las manos con esa manera de hacer las cosas que no admiten una negativa.

Lo observo mientras friega. Cada plato en su sitio. Cada vaso en su balda. Cada movimiento preciso, medido. Lo hace todo como habla: sin un gesto de más.

Me pregunto si también miente así. Sin un gesto de más.

Por la noche, cuando al fin consigo ponerme el pijama con una pierna que no sirve para nada y me meto en la cama, cojo el móvil. Mi primera intención es leer los mensajes de Mabel, pero aún no me siento preparada para enfrentarme a ellos.

Escribo en el buscador el nombre de Álvaro. Su apellido. Su especialidad.

No tengo claro por qué lo hago. La nota decía «proceder según lo acordado». Lo acordado entre Daniel y alguien. ¿Quién tiene acceso a mi informe médico? ¿Quién podría coordinar algo con Daniel sobre mi estado? La respuesta es obvia: Álvaro.

Sé que desconfío de todos. ¿También he empezado a hacerlo con el hombre que me ha salvado la vida?

Mientras el buscador carga, me preparo para ver un pasado inexistente, sin redes sociales, con escasas menciones más allá de las revistas médicas, pero ante mí aparece una larga lista de enlaces. Nada que ver con Daniel, cuya presencia digital es nula.

Sí. También lo he investigado.

Álvaro tiene publicaciones académicas, menciones en congresos, una entrevista en un portal de salud. Incluso ha ganado una maratón. Es de esas personas que dejan huella por donde pasan.

Coloco en la misma línea del buscador los nombres de Daniel y de Álvaro. El corazón me late con fuerza. La mano me tiembla sobre la pantalla.

Apenas un puñado de resultados. Entro en cada uno. Noticias del hospital sin trascendencia. Inauguraciones. Fotos de equipo. Comunicados de prensa que nadie lee.

Nada.

Cambio de estrategia. Esta vez escribo el nombre de Álvaro junto a la fecha. La fecha que llevo grabada en la cabeza desde que la leí en un diario que hablaba de una chica fallecida en Los Caños de Meca.

Tampoco nada. Ni una grieta.

Casi siento alivio. Al menos en Álvaro puedo confiar. Y en Marcos. Si alguna vez los necesito, tendré a alguien cerca a quien

acudir.

Si alguna vez los necesito. Escucho esa frase en mi cabeza y me doy cuenta de lo que implica. Estoy preparando una salida de emergencia. Identificando aliados. Como alguien que planifica una huida.

¿De qué huyo exactamente?

Busco imágenes relacionadas con Álvaro. Hay muchas. Una de ellas me lleva a Instagram. Abro su perfil. Hago *scroll*. Está casado. Tiene una niña preciosa. Fotos en la playa, en un cumpleaños, en una carrera popular. Todo normal. Todo corriente.

¿Qué esperabas encontrar, Laura? Me entran ganas de reírme de mí misma.

Sigo bajando. Más fotos. Un viaje a Lisboa. Una cena de Navidad del hospital. Otra más del equipo médico.

¿Me estaré volviendo loca? Llego a la conclusión de que no esperaré a que Álvaro me llame. Lo haré yo misma. Aunque ello suponga contradecir las indicaciones de Daniel.

CAPÍTULO 22

MABEL

Desde que conozco a Daniel, venir a Los Caños de Meca ya no significa lo mismo.

Antes era la playa, la cerveza fría, el viento y una casa alquilada que siempre huele un poco a cerrado. Ahora es él. Su presencia, como lo llamaría mi tía, sus mensajes quizá un poco intensos, su capacidad para convertir un café de diez minutos en una conversación de dos horas.

Y mis ganas de verlo, claro.

Sobre todo, eso.

Laura y yo llegamos a media tarde.

La casa de Daniel está igual de limpia y ordenada que siempre, pero me falta él, que a esta hora sé que está en uno de los chiringuitos junto a la playa, en la zona de Trafalgar.

Dejamos las bolsas y nos ponemos algo más cómodo para ir en su búsqueda.

Hoy Los Caños está lleno de esa vida de viernes que casi pica en la piel. Hay coches mal aparcados, grupos acomodados alrededor de una sombrilla, parejas descalzas, perros que no pertenecen a nadie y son de todos.

Me descubro hablando demasiado y, aunque me doy cuenta, no puedo parar.

Laura me escucha con atención. Durante todo el camino ha sido paciente y educada.

—Me gusta verte así —dice de pronto.

—¿Así cómo?

—Relajada, sin presión, con ganas de vivir.

No sé qué contestar. Reconozco que no estoy habituada a los halagos y tampoco es que ella supiera mucho de mi vida antes del otro día.

Estamos llegando al chiringuito cuando lo veo.

Daniel está apoyado en la barandilla de madera, con una camiseta blanca, un bañador azul oscuro y el pelo mojado. Tiene una cerveza en la mano y habla con un hombre al que no conozco. No está haciendo nada especial. Solo está allí. Y aun así todo alrededor parece ordenarse un poco para que yo lo mire.

Él me ve antes de que yo decida si saludarlo o fingir que no lo veo. Levanta la mano, sonrío y se separa de la barandilla.

—Mabel.

Mi nombre en su boca siempre parece que tiene otro brillo.

—Tenía ganas de verte —contesto.

Laura se detiene a mi lado y no se quita las gafas de sol.

Los ojos de Daniel pasan por ella con una cortesía impecable y se quedan una fracción de segundo más de lo necesario.

—Perdona —me disculpo—. Laura, este es Daniel. Daniel, Laura. La amiga de la que te hablé.

Ella añade todo lo que a mí se me ha olvidado contarle en la presentación.

—La amiga pesada a la que ha arrastrado hasta aquí para que deje de trabajar un fin de semana —dice, ofreciéndole la mano—. Encantada.

—Encantado —responde él con cierto retintín caballeroso.

Se dan la mano apenas un instante. Laura la retira con naturalidad.

—¿Eres compañera de Mabel o algo así?

—Algo así. —sonríe—. Nos conocemos desde hace años.

—Laura también estudió enfermería —me veo en la obligación de explicarlo—. Pero ahora está en otra cosa, ¿verdad? Es una de esas personas insoportables que siempre sabe qué hacer con su vida.

—Eso es mentira —dice ella de excelente humor—. Mabel sabe mucho mejor que yo lo que quiere.

Hay algunos cumplidos y frases vacías. Lo normal. Solo quiero una cerveza y no preocuparme de nada. Bueno, y besos de Daniel. Muchos de esos.

Nos acoplamos en una mesa clavada en la arena, la más cercana a la línea del agua. Me gusta el Ohana. Tiene algo especial. Daniel pide tres cervezas y le da la espalda al mar,

Laura es amable. Le pregunta a Daniel si vive allí todo el año, si trabaja en Cádiz, si no le agota estar de guardia y luego conducir hasta Los Caños, que queda a una hora. Él responde con su tono tranquilo, sin alardear. Dice que se organiza, que el mar compensa, que hay sitios peores para llegar muerto después de un turno.

—Mabel me ha hablado muy bien de ti —suelta Laura en algún momento.

Yo la miro. Sí, hemos estado hablando en el tren y después en el bus que nos ha traído hasta aquí ya que me he negado a que Daniel nos recoja en la estación. Me siento un poco incómoda.

—¿Ah, sí? —pregunta Daniel.

—Bueno, no es que se haya explayado. Pero lo poco que ha dicho era agradable.

Daniel parece complacido. A cualquiera le habría parecido un comentario cariñoso, incluso generoso. A mí también debería habérmelo parecido.

—Cariño, no sabía que tenías una defensora tan eficaz. — Daniel me lanza un beso.

—No la necesita —responde Laura por mí—. Pero nunca está de más que alguien recuerde sus méritos.

—Vais a conseguir que me vaya —digo, intentando que suene a broma.

—No te vas a ir —dice Daniel.

Ahí está una de esas frases tuyas que me descolocan. Aunque ha sonreído de inmediato, su prepotencia, su forma de mirarme, el tono...

En cuanto a Laura, silencio. No sé si se ha percatado y es demasiado educada para hacerlo ver.

Observo cómo Daniel no aparta los ojos de ella. Parece diseccionarla. Me siento incómoda y la idea de que me he

equivocado invitándola ilumina mi mente.

—Perdona —le dice él al cabo de un rato—. ¿Tú y yo nos conocemos de antes?

Laura parpadea, después frunce un poco el ceño, como si intentara recordar.

—No sé —dice—. Puede ser.

Daniel no aparta la mirada.

—Tu cara me suena.

—La tuya también.

¿De verdad? En Madrid nadie se conoce. Encontrarte con alguien de la niñez es casi un milagro. No es posible. De pronto me siento fuera de sitio en mi propia mesa.

—¿De qué podéis conoceros? —pregunto.

Laura me mira como si acabara de acordarse de que estoy allí.

—No estoy segura.

—Yo tampoco —dice Daniel.

Ella vuelve a estudiarlo con una atención limpia, casi clínica.

—¿Cádiz, quizá? Hace muchos años. Éramos adolescentes.

Él tarda un segundo en reaccionar.

—¿Tanto tiempo?

—Tanto —recuerda Laura—. Una noche en un bar. No sé cuál era. Había una música espantosa.

Daniel ríe suavemente.

—¿Y nos presentaron?

—Más o menos.

—Qué imprecisa.

—La noche también lo era.

Daniel se recuesta en la silla.

—Pues ahora me sabe mal no acordarme.

—No tienes por qué —continúa Laura. Le noto la voz cortante—. No hablamos mucho y entonces yo era bastante diferente a como soy ahora.

—¿No?

—No. Estabas ocupado.

Yo miro a Daniel. Tiene los ojos clavados en ella.

—¿Ocupado?

Laura sonríe.

—Con una conocida mía.

La frase es perfectamente inocente, por eso resulta tan rara.

Daniel baja la vista un momento. Coge el vaso y bebe.

—Vaya —dice—. Eso suena peor de lo que probablemente fue.

—No fue nada grave.

—Me dejas más tranquilo.

—Solo fue una noche. Tú ligaste con ella y yo me fui a casa.

Debería reírme. Es la clase de comentario de los que una se ríe. Una anécdota tonta, una coincidencia incómoda, un recuerdo de juventud que no significa nada.

—Entonces fui un imbécil —insiste él.

—Probablemente.

—Seguro que me merecía lo que pasara.

—No necesariamente —responde Laura—. Hay hombres que necesitan sentirse seductores. Es bastante común.

Otra vez ese silencio. ¿No es muy raro todo esto? Intento aparentar que no pasa nada. Nunca pasa nada.

—Bueno —digo—. Entonces ya os conocíais. Misterio resuelto.

Solo quiero beber y reír. Después, bailar.

El sol empieza a caer sobre el agua. La playa se vuelve dorada, como si alguien hubiera decidido exagerar todos los tópicos del sur. Hay *surferos* corriendo cerca de la orilla. Una pareja se besa sobre una toalla. Un perro que se sacude el agua junto a un grupo de chicas que tocan la guitarra, y una mujer que grita un nombre con desesperación maternal.

Todo es normal. Todo insiste en parecer normal. Daniel se levanta.

—Voy a darme un baño antes de que refresque.

—¿Ahora? —pregunto—. El agua estará helada.

—Mejor.

Se quita la camiseta sin hacer un espectáculo. Precisamente por eso resulta imposible no mirarlo. También tiene que ver ese

cuerpo de dios griego, claro. Varias mujeres de la mesa de al lado lo devoran con los ojos.

—¿Venís? —pregunta.

—Ni de broma —digo.

—Yo tampoco —dice Laura—. Soy más de mirar el mar desde una distancia prudente.

—Ahora vuelvo.

Antes de irse, me toca el hombro. Un roce breve. Alzo la cara y me estampa un beso en los labios. Con él, todo este mal rollo se difumina, como si nunca hubiera existido.

—No os escapéis.

Lo vemos caminar hacia la orilla. Bueno, yo lo observo porque Laura no parece interesada en él, solo en los mensajes de su móvil.

—Bien —digo, porque el silencio me resulta insoportable—. Ya puedes hacer el informe.

—¿De verdad quieres saber lo que pienso de él?

Parpadeo y busco el atisbo de la broma que parece querer hacer.

—No, pero vas a decírmelo igual.

Respira despacio.

—Es guapo.

—Eso ya lo sabía.

—Y encantador.

—También.

—Y sabe escuchar.

—¿Esto es una crítica o una ficha de Tinder?

—Mabel...

Mi nombre en sus labios suena como una puerta que se cierra. A lo lejos Daniel nada de espaldas, tranquilo, como si el mar fuera suyo.

Laura se quita las gafas. Sus ojos no dicen nada. Mira otra vez hacia el mar y sonríe.

—Supongo que es un hombre con el que vas a pasar una temporada de amor muy agradable —dice—. Disfrútalo.

El ruido de las olas, del levante que acaba de saltar, se cuela entre nosotras. Me vuelvo hacia el agua. Daniel está regresando.

Nada hacia la orilla con brazadas seguras. Cuando hace pie, se incorpora despacio, se pasa las manos por el pelo y mira hacia nuestra mesa.

No sé si puede vernos bien desde allí.

Aun así, sonrío.

Laura vuelve a su móvil, esta vez a su cuenta bancaria.

Yo levanto la mano para saludarlo.

No ha pasado nada, lo sé, pero algo dentro de mí ha empezado a quebrarse.

CAPÍTULO 23

LAURA

Ahora.

No sé por qué me he asomado a la ventana del baño. Salgo con esfuerzo de la ducha y limpio el vapor que empaña el cristal.

Mi dormitorio da al jardín trasero, pero mi baño privado tiene una ventana en la fachada principal. Hace frío fuera. Las hojas están cerradas, pero veo con nitidez a Daniel y a Susana, la asistente, hablando amigablemente junto al Mercedes.

Los observo. Él parece relajado. Tiene en los labios una sonrisa que no recuerdo haberle visto antes. Una mano apoyada en la carrocería de su coche; con la otra, jugando con las llaves. Las lanza y las recoge. Las lanza y las recoge, mientras no deja de mirar a Susana.

Ella lleva uno de esos monos apretados, más propios para ir al gimnasio que a trabajar. Se toca el pelo. Se ahueca las raíces y se ríe de algo que él le está contando.

Me acerco un poco más hasta que mi frente choca con el cristal. Está claro que Susana ha traspasado la distancia de seguridad que instintivamente marcamos con alguien que es nuestro jefe. Está cerca. Muy cerca de Daniel. Tanto que a veces se roza con él.

Mi frente se frunce, pero entonces él levanta la cabeza, me descubre y me saluda con una mano, sin que en su expresión aparezca nada sospechoso.

Me sobresalto. Doy un paso atrás, pero me avergüenzo de mi comportamiento y termino saludando con la mano.

Daniel intercambia algunas frases más con Susana. Después entra en su coche y lo veo marcharse a la vez que oigo cómo se cierra la puerta de la entrada.

Mientras me visto, repaso lo que acabo de ver. ¿Estaban tonteando Daniel y la asistenta? Ella es guapa. Él lo es más. Me doy cuenta de que no me ha tocado desde que he llegado a casa. Ni siquiera lo ha intentado. Lo he achacado a su excesiva cautela. Según Daniel, estamos muy enamorados, así que mi recuperación es lo más importante para él. ¿Por qué tontea entonces con Susana? ¿Acaso están juntos y por eso no tiene necesidad...?

Laura, para. Para ya.

Abro el ropero y cojo lo primero que encuentro. Paso de la silla de ruedas y me sujeto con las muletas. Una vez abajo, voy hasta la cocina. Susana tiene puestos los auriculares. Me sonríe, pero sigue a lo suyo.

—¿Ya se ha marchado Daniel?

—¿Qué?

Se quita uno de ellos.

—Que si ya se ha marchado Daniel.

—Hace un momento.

No añade nada más. Aguarda por si tengo algo más que preguntar. Su mano está crispada en el estropajo. No le gusto. No le he gustado desde la primera vez que la vi, y empiezo a entender por qué.

—Voy a tomarme el café en el porche.

No dice nada. Se coloca de nuevo el auricular y vuelve a lo suyo.

Me arrastro como puedo hasta el exterior. Aprender a manejar muletas y portar una taza humeante requiere pericia. Consigo colocarla en la mesa baja que hay en una de las esquinas y, con cuidado, ocupo la butaca, dejando las muletas a un lado.

¿Estará Vera en casa? No la veo desde hace días. Hoy sería un buen día para charlar un rato. Una bandada de pájaros pasa cerca. Son ibis negros. Exóticos. Al parecer, están repoblando la zona con ellos.

No me pongo más excusas. Saco el móvil del bolsillo y busco el número de Álvaro en la agenda. Me lo dio el mismo día en que abandoné el hospital. «Llama cuando quieras», fueron sus palabras. Además, ¿no me dijo Daniel que él iba a hacerlo hoy mismo? Lo coge a la tercera.

—Soy Laura Salamanca.

—Lo sé. Te tengo grabada. Qué casualidad. Te iba a llamar. ¿Va todo bien?

Tardo un segundo más en contestar.

—Creo que sí. He empezado con las muletas y no estaba segura...

—Si tu fisio te ha dicho que es buena idea, adelante —no me deja terminar—. De todas formas, lo consultaré con tu traumatólogo y, si hay algún problema, te llamo. ¿Cómo va lo demás?

Escucho las risas de una niña de fondo. Debe de ser su hija. ¿No está en el hospital? «¿Cómo va lo demás?». Difícil pregunta.

—Al parecer, he vivido en esta casa todo un año, pero no me acuerdo de nada —contesto.

Dice algo, pero no es a mí. Su voz suena amortiguada, como si hubiera tapado el auricular con una mano. De nuevo, la risa de una niña. Su voz vuelve.

—¿Has hablado con los vecinos? Intenta ir a las tiendas que frecuentabas, a los locales que más te gustaban, bajar a la playa. Todo eso te vendría bien. El resorte de la memoria se puede activar con un estímulo imprevisto.

—No he tenido ánimo para moverme de aquí.

—Te entiendo —hay un silencio—. Si quieres, un día puedo pasarme y nos damos una vuelta.

No es mala idea. La casa empieza a pesarme. Si consigo manejar las jodidas muletas, debería hacer lo que me ha dicho. Cierro los ojos. Ahora toca la razón real de por qué lo he llamado.

—¿Desde cuándo conoces a Daniel?

Otro silencio. Supongo que de extrañeza.

—No sé. Supongo que desde que empezó a trabajar aquí.

—¿Sois muy amigos?

—Ambos hemos echado muchas horas en Urgencias. Las largas noches de insomnio unen más que las borracheras. ¿Por qué lo preguntas?

No estoy segura de si un médico tiene que guardar confidencialidad. En las series de hospitales dicen que sí, pero sospecho que tiene poco que ver con la realidad.

Si me equivoco, es posible que me meta en un lío. Aun así, doy el paso.

—He encontrado mi expediente —me detengo—. Lo tenía Daniel en su despacho.

Tarda un par de segundos en responder.

—Pues no debería haberlo sacado del hospital —su voz suena más afilada—. Aunque supongo que será una copia. Se preocupa demasiado por ti, aunque es normal.

No me atrevo a decirle lo de la nota. Quizá más adelante.

—¿Es normal que...? —no termino la frase.

—No te he entendido.

—¿Es normal que desconfíe de mi esposo?

—Completamente normal —su voz vuelve a recuperar ese aire optimista, profesional—. Aunque habéis vivido una vida juntos, para ti y para él son dos cosas distintas. Tú eres otra. Tus sentimientos hacia él han desaparecido. Tu cuerpo va a leer amenazas en muchos actos que para Daniel son cotidianos. Una simple caricia. Una palabra que no te encaje. —Hace una pausa—. ¿Ha pasado algo?

Todo. Incluso he sospechado que se está tirando a la asistente. No digo nada de eso.

—No ha pasado nada —lo tranquilizo—. Se está portando como un caballero.

Oigo cómo chasquea los labios.

—Daniel sabe que debe respetarte y ser fuerte o se las verá conmigo —creo que sonrío—. Necesitas tiempo, Laura. Intentar abarcar demasiado solo puede retrasar tu recuperación.

De nuevo me callo. En cierto modo, no puedo dejar de pensar que le estoy contando estas cosas a un amigo del hombre en quien no confío. Es de manual ser precavida. No lo soy, por supuesto.

—¿Y si me siento amenazada?

Al otro lado, la niña vuelve a reír, pero esta vez su padre no le echa cuenta.

—¿Te sientes amenazada?

—Es posible.

Esta vez el silencio dura un poco más, como si Álvaro se hubiera apartado de donde esté para buscar más intimidad.

—Laura, a la gente del trabajo no se la conoce. Confío en Daniel, por supuesto, pero tú eres mi paciente y es de ti de quien me preocupo. —Baja el volumen de la voz—. Si notas algo que no te gusta. Algo que creas fuera de lugar, llámame. Ni te enfrentes a ello ni intentes resolverlo por ti misma.

—Creo que no te entiendo.

—No pongo la mano en el fuego por nadie, Laura. Ni siquiera por Daniel.

Un escalofrío me recorre la espalda. *Ni siquiera por Daniel.* Me cuesta trabajo encontrar una respuesta.

—De acuerdo. Te lo agradezco.

Esta vez la voz de la niña grita su nombre.

—Mi hija me reclama —le brillan las palabras—. Hoy tengo día libre, pero me ha gustado que hablemos. Llámame tantas veces como necesites. Todo va a salir bien.

Cuelga.

Todo va a salir bien.

Me quedo con el teléfono en la mano, mirando una nube que amenaza tormenta.

Al menos tengo a alguien a quien llamar si Daniel no es quien aparenta ser.

Si Daniel me engaña.

Si Daniel, el hombre que duerme en la habitación de al lado, es alguien de quien pueda fiarme.

CAPÍTULO 24

DOIRA

Antes.

No sé qué pensar.

Soy una tía que siempre ha ido con las ideas claras, sobre todo cuando se trata de hombres. No he tenido ningún problema en engancharme y en desengancharme de ellos —Agus no cuenta— y siempre he sabido si un tipo me gusta para pasar el rato o para algo más.

Con Daniel esta línea divisoria se difumina como si le cayera una gota de agua que esparce la tinta. Me gusta. Me gusta un montón. Pero a veces creo que se me está yendo de las manos, y esa sensación me angustia.

Esta semana me han pasado un par de cosas que me hacen dudar de si tengo la cabeza donde debo. Se acercan los exámenes y no puedo estar jugando a las adolescentes.

La primera ha sido una llamada de mi madre. La típica para saber si el próximo finde volvía a Guadalajara o me quedaba en Madrid.

No sé por qué hemos terminado hablando de Daniel, cuando jamás le he contado a mi madre nada sobre ningún chico con el que haya salido. Ni siquiera sobre Agus.

—¿Es buen tipo? —Se corrige. Debe de estar igual de sorprendida que yo de que estemos hablando de esto—. Quiero decir, ¿va en serio?

Podría haberle contado que a veces tengo la sensación de que ocupa demasiado espacio. Como si en una habitación vacía tres

cuartas partes fueran Daniel. O haberle confesado mis sospechas ridículas, esas ideas absurdas sobre chicas desaparecidas cuyo único nexo en común es que nos conocimos en esa misma playa.

No he hecho nada de eso.

—Va en serio —contesto—. Creo que sí. No sé.

La conozco bien. Sé que no se ha quedado tranquila.

—Ya sabes —rumia—. Cuando no estás segura es que ya conoces la respuesta.

He cambiado de conversación de inmediato. Su cumpleaños, que será pronto. Las oposiciones de mi hermana. Su última cita ginecológica. No he sido capaz de callarme. Le he soltado todo lo que tenía a mano para no volver a hablar de Daniel.

Cuando hemos colgado, he sentido un vacío aquí dentro que me ha hecho sentarme en la cama y apretarme el estómago con ambas manos.

Mi madre tiene razón. Cuando no estás segura es que ya conoces la respuesta.

La segunda cosa ha sido más extraña.

Me siento fatal definiéndola así.

¿Acaso Daniel y yo hemos formalizado algo? Ni siquiera me ha pedido salir.

Él es tan libre como yo de hacer lo que le venga en gana.

Pero...

El caso es que ha quedado con una de mis compañeras de clase.

Me lo ha dicho Paula. Ella intuye que Daniel y yo nos estamos viendo. Sara lo reprobaría de inmediato, así que se lo oculto.

—¿Y a mí qué? —le he respondido a mi amiga mientras me quemaba por dentro.

No he querido seguir escuchándola. Aunque habría dado una mano por conocer los detalles.

«Hijo de puta».

Ese insulto me viene a la mente, pero yo misma me convenzo de que no puedo culparlo. Hemos salido juntos un puñado de veces. Nada más. Lo pasamos bien. Nada más.

«Doira, ya estás con tus paranoias».

Sí. Mis jodidas paranoias.

Rebe, mi compañera de clase, es guapa. Es lógico que le guste. ¿Dónde la habrá conocido? Las veces que Daniel ha venido a Madrid a ver a su familia ha quedado conmigo.

¿También con ella?

Al día siguiente, en clase, me dedico a observarla. Sí, es jodidamente guapa. Y sé que va para dermatología. Al menos, esas son sus aspiraciones. Ahí es donde está la pasta. Yo me quedaré en medicina de familia, si tengo suerte y saco la carrera.

Y entonces se me dispara la paranoia: ¿Hace esto para que yo me entere?

Daniel no es estúpido. Debe de saber que vamos a la misma clase. Que comemos juntas algunos días. Que podría enterarme antes o después.

¿Es eso? ¿Una forma retorcida de joderme? ¿De ejercer presión sobre mí? ¿Control?

«Doira, deja de pensar cosas ridículas».

A la salida de clase, Rebe se entretiene y yo también. Mi inútil manía de sacarlo todo de la mochila para volver a meterlo. Está extraña. Distante. Cuando nos quedamos solas, se me acerca.

—Quería decirte que he visto a Daniel un par de veces. —Está cortada y tiene la necesidad de aclararlo—. Como amigos, nada más.

Yo me comporto como la estúpida que soy a veces. Como la tía que no permite que nadie la vea jodida. Meto la agenda en la mochila y cierro la cremallera. Intento que mi cara parezca indiferente.

No lo logro.

—No es mío. —Sonrisa muy falsa—. Quédatelo si quieres.

—No es eso. —Me detiene cuando voy a salir—. Quería decirte que no sabía lo vuestro. —Baja la mirada—. Y que solo me habla de ti.

—¿De mí?

Asiente. Parece incómoda. Tanto que la veo... ¿asustada?

—Me ha preguntado muchas cosas sobre ti. Cosas que ya debería saber si de verdad te conoce.

Voy a largarme para no decir algo de lo que pueda arrepentirme, pero ella me coge del brazo. Un segundo. Solo un segundo. Lo justo para acercarse y bajar la voz.

—Doira... cuando quedáis él y tú, ¿siempre estáis los dos solos?

Parpadeo. La pregunta es rara de cojones.

—Casi siempre. ¿Por qué?

Rebe abre la boca. La cierra. Mira por encima de mi hombro hacia el fondo del pasillo, donde hay un grupo de estudiantes charlando. Como si comprobara que nadie nos oye.

—Hay un amigo suyo. Vino a la primera cita y se quedó sentado en otra mesa, mirando. Tengo la impresión de que lo veo allá donde voy.

Me quedo quieta. La última frase me pasa desapercibida.

—¿Cómo que se quedó mirando?

—Mirándome a mí. Pero no como te mira un tío. Como... como si me diseccionara. Me dio miedo.

Aunque sé la respuesta, lo pregunto.

—¿Sabes cómo se llama?

Rebe niega con la cabeza.

—Daniel no lo presentó. Se fueron juntos al baño en algún momento. Cuando volvieron, Daniel estaba... diferente.

—¿Cómo de diferente?

Rebe vacila. Mira de nuevo hacia el pasillo. Y entonces decide soltarlo.

—Más callado. Como si hubieran discutido. No sé explicarlo mejor.

Y se larga. Aprieta el paso y desaparece por una de las largas galerías.

Me quedo de pie con la mochila colgada del hombro.

Siento una alegría que no tiene ningún sentido. Le gusto a Daniel, aunque sea de una manera obsesiva. ¿Cómo puede eso alegrarme el día?

Pero hay otra cosa. Una que me cuesta más encajar.

¿Qué cojones pintaba el amigo de Daniel en la primera cita con otra mujer?

CAPÍTULO 25

LAURA

Ahora.

¿Se puede considerar un acontecimiento que hoy venga Marcos? Pues para mí lo es. Así de desesperada estoy: la llegada de un veinteañero es lo más interesante del día.

Después de mis sospechas, claro.

Susana no se ha presentado. Daniel la ha excusado diciendo que tiene jaqueca, que ayer tuvo una celebración importante. Me hubiera gustado que me lo contara, así podría hablar con alguien que no fuera mi... mi supuesto marido.

Marcos y yo aún no hemos materializado lo de bajar a la playa. Me lo ha propuesto una segunda vez y le he dicho que más adelante, cuando sienta las piernas seguras sobre las muletas. Me esfuerzo por usarlas para abrirle la puerta. ¿Intento sorprenderlo? Puede. Para una desmemoriada que pasa el tiempo inventándose complots, todo es posible.

—¡Vaya! —exclama—. Esto es un avance impresionante.

Sé que exagera, pero no me siento gilipollas al alegrarme por un halago. Marcos pasa y despliega la camilla. Es entonces cuando lo noto.

No sabría decir qué es exactamente. Cierta rigidez al ajustar las patas metálicas. La forma en que evita mirarme. Quizá esté más cauto que otras veces. No sé. Un avance como el mío merecería algo más que un simple «¡Vaya!».

Cuando intenta ayudarme a subir, le digo que no. Lo hago sola. ¿Busco de nuevo su aprobación? Me reconozco tan poco en la

mujer que veo a mi alrededor que todo me hace dudar. Pero la sensación de que algo ha cambiado entre nosotros sigue ahí. Intacta.

Mientras trabaja sobre mi pierna, repaso sus últimas visitas. ¿Se ha podido sentir molesto porque no he aceptado lo de la playa? No lo creo. ¿Por haberme tenido que pedir su dinero? Tampoco. Por más que pienso, no hay nada que haya podido...

Una idea se aloja en mi mente. Lo miro. Sí. Está evitándome. Su cháchara constante ha desaparecido. El agarrotamiento de sus hombros es evidente. Cuando alguien sabe algo que tú no sabes, el cuerpo lo traiciona antes que la boca.

¿Cómo puedo acordarme de esto y no saber por qué mi armario está lleno de ropa que no me gusta, tres tallas más pequeñas que la que usaba?

Lo suelto sin más.

—¿Nos conocemos de antes del accidente?

Su mirada se cruza con la mía. Percibo esa sensación de ser pillado en algo que intentaba ocultar. Tarda en contestar un segundo más de lo adecuado.

—Coincidimos en un par de sitios hace unos meses.

—¿Coincidimos?

—En invierno hay poca gente por aquí. Los nuevos se localizan al momento.

Sonríe y vuelve al trabajo como si no tuviera importancia. Pero yo no puedo dejarlo estar.

—Marcos.

No levanta la vista.

—¿Mm?

—Mírame.

Lo hace. Y ahí está: un destello en sus ojos que indica que oculta algo. No algo enorme, desproporcionado. Solo los buenos actores como yo sabemos cómo fingir sin que nos tiemble la voz, el pulso. En Marcos es la constatación de que no me ha dicho la verdad.

—¿En qué clase de sitios coincidimos?

Se encoge de hombros.

—En algún garito de Barbate. —La boca intenta sonreír, darlo por un comentario casual—. Alguna vez en la playa. Lo normal en lugares pequeños como este, donde quedamos muy pocos en invierno.

—¿Hablamos alguna vez?

Pausa.

—No lo creo.

A eso se contesta con un sí o con un no. Decido no presionarlo. Yo sí sonrío con convicción.

—¿Y por qué no me lo dijiste cuando empezaste a venir por aquí?

Suelta el aire por un lado de la boca.

—Porque no me reconociste y a mí no me pareció que eso fuera relevante para la rehabilitación.

Es una respuesta lógica. Razonable. Perfectamente formulada. El tipo de respuesta que alguien prepara por si algún día se la hacen.

—¿Fue Daniel quien te contrató?

—Un amigo suyo. Nunca hablé con Daniel hasta que me llamó un par de veces para explicarme el caso y darme las indicaciones.

—¿Y no te pareció raro?

—Me dijeron que eras una mujer con una situación muy delicada. Que necesitabais a alguien de confianza. —Hace una pausa—. Y yo necesitaba el dinero, claro.

Hay algo en la forma en que dice «necesitaba el dinero» que me convence. En eso me está diciendo la verdad. Al menos en eso.

No insisto. He aprendido y aún recuerdo que a veces lo que alguien no dice es más útil que lo que cuenta. Marcos miente por omisión. Es el tipo de mentira que usa alguien que no quiere hacerte daño.

Cierro los ojos. Joder. Joder. Joder. En cuanto esta pierna esté curada, saldré de aquí, volveré a Madrid y me olvidaré de toda esta mierda. De Daniel el primero.

La sensación de que hay una conspiración a mi alrededor no se desvanece. Al contrario, se acentúa. «Mi frágil estabilidad mental». De repente recuerdo que esa frase la utilizaba a menudo

en el pasado. ¿De dónde ha venido ese pensamiento? ¿Por qué ahora?

Intento serenarme. Cierro los ojos y dejo que Marcos haga su trabajo.

Cada vez duele menos, y eso que cada vez es más exigente con mis músculos y mis articulaciones. Me he propuesto dejar la silla y usar solo las muletas. Salir de aquí se ha vuelto prioritario. Y para eso necesito poder conducir un coche.

Si consigo...

Abro los ojos.

La mano de Marcos se ha detenido.

No es el final de un movimiento. No es una pausa para ajustar la posición. La presión de sus dedos siempre ha seguido un curso ascendente o descendente, como un columpio que no puede pararse en seco. Pero en este preciso instante se ha detenido y lo ha hecho un par de palmos por encima de mi rodilla.

No me muevo.

Noto su pulgar sobre mi piel. Quieto. Sin presión, pero sin retirarse. Como si estuviera decidiendo algo.

Tengo la boca seca. No me atrevo a mirarlo. Porque si lo hago tendré que interpretar lo que está pasando, y ahora mismo no quiero hacerlo. Suficiente tengo con toda esta mierda.

Pero mi cuerpo reacciona. Un calor lento que sube desde el muslo hasta la base del estómago, como si mi piel supiera algo que mi cabeza todavía ignora.

Sus dedos vuelven a mi rodilla. Suaves. Profesionales. Como si nada hubiera pasado.

—Será mejor que lo dejemos por hoy —le digo, sintiendo el estómago vacío.

Me incorporo demasiado deprisa. La inercia me obliga a apoyar las manos en la camilla para no perder el equilibrio.

—¿Te duele?

—La cabeza —miento.

—Pues eso deberías decírselo a tu médico.

No le dejo que me ayude a bajar. Rehúso la silla. Cojo las muletas. Mis brazos están débiles —a pesar de los jodidos catorce

kilos de menos—, pero no me importa. Necesito distancia. Medio metro al menos.

Marcos recoge sus cosas como si nada. Me cuenta que esta mañana ha cogido una ola que ha estado a punto de estrellarlo contra la arena. Habla con esa naturalidad suya que hace que todo parezca normal.

Lo acompaño hasta la puerta. Como cada día.

Al abrirla, descubro a Vera en su jardín.

Me saluda con una mano. Le correspondo.

Cuando Marcos sale, sus ojos se entrecruzan. Un saludo breve. Casi imperceptible. ¿El de dos personas que se conocen, pero no quieren que las vean juntas? Marcos baja la escalera del porche sin mirar atrás. Vera se agacha a recoger algo del suelo.

Cierro la puerta. Me apoyo en ella con las muletas bajo los brazos y el corazón latíéndome como un puto coche de carreras.

Me quedo pensando en la mano de Marcos. En su pulgar sobre mi piel. En ese segundo en que el mundo se detuvo y mi cuerpo supo algo que yo no sé.

¿Quién es Marcos?

¿Qué sabe mi cuerpo que mi memoria se empeña en no reconocer?

CAPÍTULO 26

MARCOS

Ya no paso por ciertos garitos de Barbate porque hay gente a la que le debo pasta.

Cuando necesitas dinero, esos cabrones te lo ponen fácil. Cuando tienes dificultades para devolverlo, todo son problemas.

Trafalgar es una zona de puta madre. Hay olas para cabalgar, tías buenas y concierto a cualquier hora. En Málaga o en Sevilla me pagarían mejor y tendría más clientes, pero paso de ciudades que me asfixian.

La primera vez que la vi estaba allí y había poca gente, para ser un sábado a media mañana. Yo tenía una de esas resacas que no se quitan por mucho que duermas. Lo digo para que se entienda. No iba en plan cazador, solo quería darme un chapuzón y que se me aliviara el dolor de cabeza.

La noche anterior había estado en un garito de Vejer al que ya no puedo volver porque hay un tío al que le debo cuatrocientos. Un cabrón. Hay gente que no entiende nada, pero esa es otra historia.

Ese sábado me dije: «Vete de casa, te coges unas olas con la tabla y te olvidas de toda esa mierda». Llegué sobre las once. Esa playa la conozco de puta madre. Pasé allí dos veranos enteros cuando era chaval, en casa de mi abuela; conozco a los del chiringuito, a las parejitas que vienen en verano y se piensan que están descubriendo el paraíso.

Aparqué la furgo, bajé la tabla y, mientras me ponía el neopreno apoyado en la rueda, me fijé en ellos.

Estaban a unos cincuenta metros de mí, en la zona que pega con el faro. Los calo a leguas: toallas buenas, cesta de mimbre tejida, de las que cuestan un pastón, y una nevera de playa de diseño. Resumen: pijos de Madrid.

Él estaba de pie. Camiseta de manga corta blanca, bañador azul oscuro, pelo perfecto. Es lo primero que pensé: «Pedazo de pelo tiene ese capullo».

Ella estaba tumbada, con las gafas de sol encasquetadas y un libro en la mano, como si se hubiera cansado de leer y se hubiera tomado unos minutos de descanso. Bikini negro, sencillo, sin chorradas. Pelo recogido en una coleta alta, ni castaño ni rubio, uno de esos colores que solo los ves en las grandes ciudades, donde hay peluquerías y gente que puede pagarlas. Los demás no se fijan en esas cosas, pero esos son los detalles que cuentan.

Estaba terminando de encasquetarme el neopreno cuando ella se incorporó, se quitó las gafas y le dijo algo a su compañero.

Puedo decir que no era una belleza de portada, no era de esas tías que, si te pasan por el lado, no puedes hacer otra cosa que volverte.

Qué quieres que te diga, me he liado en mi vida con muchas chicas jóvenes y la verdad es que me aburren. Hablan de mierdas, se ríen de tonterías que no tienen gracia y te miran como si te estuvieran haciendo un favor.

A mí me gustan las mujeres adultas. ¿Cómo lo diría? Mujeres que ya llevan su kilometraje en el chasis, ¿me entiendes? Y esta era de esas.

Treinta y largos. Cuello delgado, hombros pequeños, cuerpo trabajado, pero sin esa perfección de gimnasio que a mí siempre me huele a mentira, y una piel que no era de las que se ponen al sol todos los fines de semana y, si lo hacen, pueden gastarse una pasta en filtros solares para protegerse.

Cuando se rio de algo que él le dijo... ¡Joder con la resaca y joder con la mujer!

Aquellos dos no me importaban y ella jamás se fijaría en un niño como yo, así que dejé de soñar, cogí la tabla y me metí en el agua.

Había *sets* buenos esa mañana. Mar suroeste, viento flojo de levante, olas limpias de un metro y pico. De lo mejor que puedes pedir en esta playa sin esperar al invierno. Pillé tres olas muy buenas seguidas y las cabalgué con bastante dignidad. La cuarta me la comí porque me distraje, y eso no es propio de mí.

Y es que cada vez que volvía a la línea de rompiente me fijaba en ella.

Desde mi punto de vista, el tipo estaba haciendo el papel, ya sabes: le acercaba el agua, le ponía bien la sombrilla, se sentaba a su lado, le hablaba al oído, esperaba a que ella sonriera y entonces se levantaba y volvía a la orilla.

Te juro que la energía no era la de un tío enamorado, más bien la del que luce un trofeo.

Cuando salí del agua, había pasado una hora y tenía hambre. Se me antojó un sándwich bikini del Ohana, así que pasé cerca de ellos con la tabla bajo el brazo, sin disimular, porque he de reconocer que me la comí con los ojos.

¿Me vio? No lo sé. Llevaba otra vez las gafas oscuras, aunque tenía la cabeza vuelta hacia mí.

Creo que cuando llegué al chiringo ya me había olvidado de ella y, cuando me pusieron delante el sándwich y una caña, hasta se me había quitado la resaca.

Me senté en la arena mirando hacia el mar. Creo que ahí habría terminado todo si un jodido perro no hubiera ladrado. Miré hacia allí, y lo vi saltando alrededor de la mujer madura, que parecía encantada con el chucho.

Uno de los camareros se acercó a retirar vasos y me preguntó por mi abuela. Le dije que bien, hablamos de las olas y de que este año había menos gente. No pude evitarlo.

—¿Y esos?

No tuve que señalarlos. Era la pareja guapa de la playa en ese momento.

—Llevan todo el verano viniendo.

Levanté la vista del sándwich.

—¿Todo el verano?

—Desde junio o así. Vienen los fines de semana. Creo que él es médico. Tiene una casa en San Ambrosio, una de las buenas. Ella creo que vive en Madrid.

—¿Sabes cómo se llaman?

La cara del camarero decía «¿Y a ti qué te importa?», pero por algún motivo me contestó.

—Creo que Daniel. De vista lo conozco de toda la vida. Su padre tenía casa aquí cuando él era un chaval. Veraneaban en El Palmar.

—¿Y ella?

—¿Laura? No me eches cuenta. Creo que él la llama Laura. Deben de llevar poco tiempo juntos porque no hace demasiado que la que se sentaba a su lado era otra.

No sé si fue suerte o una mierda, pero antes de que me terminara el sándwich ellos estaban de regreso, las cosas dentro de la canasta de marca, y se sentaron en una de las mesas altas, a cuatro o cinco metros de mí.

¿Que si fui descarado? Bastante. Ella estaba buena y él era el típico tío con suerte. Él se la iba a llevar a la cama, pero yo la iba a mirar.

La primera cosa rara pasó cuando ella se levantó para ir al baño y él se empeñó en acompañarla. ¿Qué tío hace eso? Si estuviéramos en una zona en guerra, tendría explicación, ¿pero en un chiringo que ya conoce y con camareros que ha visto toda su vida?

Cuando Laura, de vuelta, pasó por delante de mí, me miró. Fue solo un segundo, pero lo sentí tan adentro que bajé la vista a la caña.

Eso me pasa con pocas tías. Era una putada que me sucediera con una de las inalcanzables.

A hurtadillas, los contemplé a los dos. Él le acariciaba las puntas del cabello y hablaban de vez en cuando. Yo me centraba en la boca de la mujer, en sus muslos, en la manera en que le encajaba el bikini.

Una de aquellas veces el tipo me pilló.

«Hostia, Marcos. Disimula».

Me levanté, me sacudí la arena y pedí la cuenta.

Antes de subir a la furgó me giré una última vez.

El tipo le estaba poniendo crema solar en la espalda mientras ella permanecía muy quieta.

De camino a casa pensé varias cosas: una, que la tía me había gustado de cojones; dos, que el tío me daba mal rollo; tres, que en este pueblo todo el mundo se conoce, así que el día menos pensado me los iba a volver a cruzar; y cuatro —y esta es la que de verdad me jodió—, que con el lío que arrastro y la mierda pisándome los talones lo último que me hace falta es meterme en la vida de una pareja con dinero.

Eso me dije en aquella furgón vieja, oliendo a neopreno, a sal y a cerveza, mientras enfilaba la carretera de vuelta a la casa que comparto con dos amigos.

Y, sin embargo, ya estaba pensando en cuándo volvería a esa playa un sábado a media mañana.

Por si los volvía a ver.

Eso es lo que se les da bien hacer a los tíos como yo. Asegurarse de meterse exactamente donde no les hace falta meterse. ¡Joder!

Nueve meses después, Daniel me llamó para contratarme como fisioterapeuta de su mujer. De Laura.

CAPÍTULO 27

VERA

Antes de llamar, doy un paso atrás y miro la fachada.

El cementerio de Conil está en la zona nueva, lo que alivia la presión que siempre he sentido al estar cerca de uno de ellos. He aparcado junto a su tapia y no he tenido que caminar demasiado para llegar hasta aquí.

Es una casa unifamiliar, idéntica a las de al lado. Lo único que destaca es una dama de noche que cuelga desde el muro y cubre parte de la cancela de entrada pintada de verde oscuro.

El hombre al que vengo a ver se llama Andrés. Andrés Quirós, para ser exactos, y durante treinta años ha sido agente de la Guardia Civil en Barbate.

No sabe nada de mí y es muy posible que tampoco quiera saberlo.

Llamo con los nudillos, tres golpes fuertes, firmes, como me enseñó mi madre. Ella decía que las cosas no se hacen a medias y que a una persona se la conoce por cómo llama a una puerta.

Pasa un minuto. Dos. Quizá no esté en casa. Miro alrededor. ¿Cuál es el coche de un guardia civil? Entiendo que uno discreto: cualquiera de estos, el que tengo detrás.

—Ya va, ya va.

La voz viene de dentro, ronca, ajada y masculina. Es él. En vez de sentir alivio, se me cierra el estómago. No tengo muy claro cómo entrarle ni estoy muy segura de que vaya a darme incluso esa oportunidad.

La cancela metálica se abre a medias. Pese a que lleva varios años retirado, no ha perdido la costumbre de estar alerta con lo que pueda suceder.

El hombre que me mira ha pasado con creces los setenta. Pelo blanco muy corto. Ojos muy claros, no sé si por unas cataratas incipientes o es un simple fenómeno de la naturaleza. Lleva una camisa azul de manga corta sin planchar, pantalón de pinzas y zapatillas viejas porque «cómodas» sería un eufemismo. Con él llega el aroma del café negro recién hecho.

—Espero no molestarlo.

Me mira de arriba abajo, pero ni contesta ni termina de abrir la cancela.

—Me han dado un nombre. Andrés Quirós. Solo lo entretendré unos minutos.

—Ni compro nada ni me apunto a más ONG.

Cojo aire y me lanzo.

—Tiene que ver con las chicas desaparecidas en esta zona hace algunos años. Tengo entendido que usted estuvo en la investigación.

No veo un cambio en su rostro. Ni se sorprende ni se muestra molesto. Ladea ligeramente la cabeza durante un tiempo que me parece demasiado largo. Después se aparta y la cancela se abre de par en par.

—Pase. Me acabo de hacer un café. Si le gusta solo, puedo prepararle uno. No tomo leche.

Evito el suspiro de alivio y entro en la propiedad. Un jardín minúsculo, por llamarlo de alguna manera, donde ha tenido el atrevimiento de plantar un limonero que lo ocupa casi todo.

Me señala con la barbilla la puerta abierta de la casa, para que entre mientras él cierra la cancela.

El salón es pequeño y lo centra una mesa camilla con un mantel verde. A ambos lados, sillones dispares con un feo estampado de cretona. Se parece a la casa de mi abuela, lo que me da cierta ternura.

Me vuelvo y allí está. Otro movimiento de su barbilla me indica que lo siga. Lo hago hasta la cocina. ¿Cuántos años tendrán

esos azulejos? Han pasado de la fase de modernos a horteras para convertirse en reliquias.

—¿Cómo se llama usted? —me dice mientras busca una taza para servirme un café.

—Vera.

—Vera. —Me mira solo un momento y me la tiende—. ¿Y por qué viene a verme, Vera?

Tardo más de la cuenta en contestar. Lo hago cuando sus cejas se alzan de impaciencia.

—Tengo la intención de escribir un libro. Una especie de *true crime*.

Chasquea los labios.

—Entonces no voy a tener más remedio que pedirle que se vaya cuando se tome el café.

No ha alterado la voz, tampoco el gesto. Es como si me hubiera dicho que evite el azúcar y no me exponga al sol. Trago saliva. No puedo andarme con rodeos.

—No hay ningún libro. Es una cuestión personal.

Se me queda mirando. Sospecho que está evaluando si esto también es una mentira, pero debo haber superado la prueba cuando me da la espalda, regresa al salón y vuelve con una caja de madera llena de documentos que deja sobre la mesa con un golpe seco.

—Desde que me jubilé estoy esperando a que alguien venga... por una cuestión personal.

La forma en que ha dicho las dos últimas palabras me provoca un escalofrío.

—Ahí están todos los casos. —Señala con la taza mientras se apoya en la encimera de fórmica—. Cuatro. Cinco si añadimos el de otra joven cuya desaparición nadie denunció. Esa no tenía familia. Tampoco amigos. Ni nosotros recursos.

Miro la caja con ansia. Él debe de leerlo en mis ojos porque otro gesto me dice que no me corte.

Me acerco. Lo que tengo ante mí son fotocopias de los expedientes oficiales. ¿Es legal sacarlos de un cuartel? Sospecho que

no, pero este hombre es de otros tiempos, incluso me atrevería a decir que sus límites con la justicia son un tanto difusos.

Saco la primera carpeta. Apenas pesa y no abulta nada. Antes de que pueda abrirla, él me lo explica.

—Se llamaba Cristina. Cristina Ruano. Estudiante de Bellas Artes en Sevilla. Veintidós años. Desapareció en La Pequeña Lulú, una playa cerca de aquí, una mañana de septiembre de hace catorce años. La ropa estaba perfectamente doblada en la orilla, junto a sus zapatos y una mochila. La teoría sobre la que trabajamos fue que decidió adentrarse hasta perder pie.

—¿Y usted no estuvo de acuerdo?

Andrés Quirós sonrío. Una sonrisa muy fina, casi sin labios.

—La familia nos dijo que nadaba como un pez. Estuvo en el equipo de natación de su universidad hasta dos años antes de desaparecer. Su madre me llamó para decírmelo el día que enterró a la chica. ¿Sabe lo que me dijo?

Niego con la cabeza.

—Me hizo una pregunta: «¿Sabe lo difícil que es ahogarse cuando sabes nadar como mi niña?».

Me quedo callada. Pudo sufrir un esguince o perder las fuerzas después de horas luchando con las olas, pero tanto él como yo estamos de acuerdo con esa madre. Dejo la carpeta y tomo otra. Es igual de fina. Esta vez no intento pasar las páginas.

—Eva Galera. Desapareció el verano siguiente. Con ella empezó la cosa a ponerse fea. Era de aquí, de Conil. Treinta años. Una viuda con un hijo pequeño a la que todo el mundo quería. Salió a nadar al atardecer en la playa del faro y no volvió.

—¿La ropa? —pregunto.

Él asiente y su boca se curva.

—Igual de jodidamente bien doblada. Y no solo eso: cada prenda colocada en el mismo orden. Raro, ¿no?

Noto cómo me arde la garganta de sequedad. Lo que mi madre arguyó todos estos años, y ninguno de nosotros quiso creer, casa perfectamente con lo que este hombre me dice.

—Lea, lea —me alienta—. Cuatro mujeres desaparecidas en una franja de costa que no llega a veinte kilómetros. A todas las

perdimos en el mar. Todas se quitaron la ropa y la doblaron de la misma manera. Antes de que me lo pregunte... ninguna de ellas se conocía. Con la quinta fue distinto.

No hay nada nuevo en lo que me está contando. La prensa local ya habló de ellos y he consultado las hemerotecas, pero lo aliento.

—¿Qué pasó con ella?

—Apareció el cadáver.

—¿Y le hicieron la autopsia?

Me vuelve a señalar la caja con la taza.

—Debe estar por ahí, pero se la resumo: muerte por ahogamiento, aunque tenía ciertas livideces inexplicables. Algunos dijeron que pudo golpearla una lancha o un pez. Ahí, en el Estrecho, hay ballenas, cachalotes y hasta tiburones blancos.

—¿Usted lo creyó?

—No hubiera sacado los expedientes de un cuartel de la Guardia Civil si lo hubiera creído. —Se detiene y me mira—. Lo hizo alguien. Aún no sé cómo, pero no fueron accidentes ni suicidios. Una madre con un niño pequeño no se arroja al mar, ¿me entiende?

Asiento.

—La prensa armó algo de jaleo —prosigue—. Dos de ellas desaparecieron en verano, cuando no hay noticias que contar y a alguien le pareció jugoso lo de las desapariciones. Duró poco tiempo; el interés, me refiero. Ni siquiera teníamos los cuerpos. No teníamos nada.

—¿Hubo sospechosos?

Deja la taza a un lado. Yo me doy cuenta de que se me ha quedado helado, pero me lo bebo de un trago y hago lo mismo que él.

—Anduvimos mucho tiempo a ciegas, pero meses antes de jubilarme encontré una coincidencia. Era tan débil y poco consistente que casi era una anécdota.

Le mantengo la mirada.

—¿Tiene que ver con un médico de por aquí?

Es la primera vez que su rostro sufre una ligera transformación. Casi puedo ver cómo le palidece la piel.

—¿Qué sabe?

—Primero usted.

Lo duda. Es posible que hasta este momento solo haya estado relatando una historia que seguramente ha contado mil veces. Se cruza de brazos.

—Me jubilé como guardia civil hace seis años; la mitad de mi carrera la he pasado en Barbate, pero este caso lo tengo atravesado desde que empezaron a desaparecer esas criaturas. —Mira la caja y suelta un suspiro—. Tengo dos archivadores más ahí atrás. —No sé si se refiere al salón—. Cosas que hice por mi cuenta, fotocopias, fechas, testigos, pruebas que en su día no se valoraron.

—¿Puedo verlos?

Parece fácil hablar con él, pero no lo es. A cada palabra me tiende una trampa, o me pone una prueba que debo superar para seguir adelante. Se pasa una mano por la boca. Yo la tengo seca, supongo que él también.

—Más adelante. Hoy no. Pero tengo que hacerle una pregunta.

Me cruzo de brazos, como él, y alzo la barbilla de la misma forma para darle a entender que estoy preparada.

—Vera, ¿ha venido aquí para que esto se resuelva por la vía legal o de otra forma?

Es listo el cabrón.

Pienso en mi madre. A ella le habría valido cualquier forma con tal de recuperar...

—No lo sé —contesto.

Él asiente, despacio.

—Buena respuesta. La gente que viene aquí diciéndome lo que quiere desde el primer minuto me gusta menos que la que da rodeos. No sé. Creo que las cosas importantes no se dicen de frente.

No sé qué contestar. Tengo las palmas de las manos húmedas y los pies helados. Ninguno de los dos ha dicho el nombre del monstruo, pero ambos sabemos de quién hablamos.

—Voy a ayudarla —dice al fin—, pero a mi manera. Yo le doy información, usted me da lo que tenga y, sobre todo, no va a hacer nada por su cuenta sin contármelo antes. ¿Entendido?

Asiento como si fuera un soldado raso ante un general.

—Y una cosa, y escúcheme bien. —Alza un dedo para acentuarlo—. Si en algún momento siente que está en peligro, me llama. A cualquier hora. Aquí no se duerme antes de las dos.

Anota su número en una servilleta y me lo tiende.

Sé que no hay nada más que hablar cuando su barbilla señala la salida.

Me acompaña a la calle. Se despide sin más, como si yo acabara de venderle un seguro.

La luz del sol en plena cara me deslumbra un momento. La calle está vacía. Hace frío y agradezco el asiento recalentado por el sol cuando entro en mi coche.

Me quedo varios minutos con las manos en el volante, las llaves sobre el asiento de al lado, el bolso entre mis piernas. Cierro los ojos.

«Vamos a por él, mamá».

CAPÍTULO 28

DOIRA

Antes.

Releo mi diario y me río de mis fantasmas.

¿Cómo he podido escribir tantas cosas ridículas sobre Daniel? ¿Cómo pude dudar de él cuando me enteré de sus citas con Rebe? No soy una de esas mujeres celosas. No soy de esas.

Un impulso me hace plantearme si debiera arrancar todas esas hojas, pero entonces reparo en que esto no sería un diario y nuestros hijos, nuestros nietos, no podrían reírse a carcajadas cuando lean lo precavida —¿loca?— que fui cuando nos conocimos.

Daniel y yo llevamos tres meses juntos y lo nuestro no puede ser más perfecto.

No tengo muy claro cómo hemos llegado hasta aquí. Él empezó a venir a Madrid casi todos los fines de semana y a llamarme. Rebe quedó en el olvido. Ella y yo ya no nos hablamos.

Los fines que él no podía subir era yo quien cogía un tren, un bus y me plantaba en su casa: un par de veces en Cádiz, después en Los Caños de Meca, porque dice que si nos conocimos allí fue porque así lo quiso el destino. ¿No es romántico? Se ha mudado a una casa preciosa cerca de la playa, a una hora de Cádiz de ida y otra de vuelta. Dice que no le importa.

Ayer por la mañana, después de leer su mensaje de buenos días, me he dado cuenta del tiempo que hace que no veo a mis amigas. También veo poco a mi familia.

Es verdad que este año la universidad es más exigente. Pero también es cierto que Daniel siempre tiene un plan: entradas para el

teatro, una carrera nocturna, un sendero poco conocido a una hora de Madrid. Y soy yo la que da marcha atrás. La que deshace la quedada con las chicas. La que cambia de planes a última hora para estar con él. Además, no saben que estamos juntos. Sí, puede sonar raro, pero Sara ve fantasmas donde no los hay y Paula siempre está de su parte. ¿Para qué decírselo? ¿Para que intenten separarnos? No voy a ser yo quien lo haga.

Daniel me gusta, y me gusta mucho. A pesar de que el runrún sigue ahí. Como una mosca cojonera intentando encontrar un defecto en el hombre perfecto, en el novio perfecto, una culpa en Daniel, algo oscuro en él.

Hoy hemos salido a cenar. Un restaurante nuevo en Malasaña que ha leído en no sé qué guía *gourmet*. Paga él, por supuesto: una estudiante de Medicina no puede permitirse estos lujos. Lo cierto es que pocas veces me deja que ponga dinero y, cuando lo permite, es para dejar a salvo mi dignidad.

La camarera me pone el plato delante y el aroma a salsa de tomate me levanta el apetito.

—Tiene buena pinta —dice Daniel.

—No sé si una salsa picante de tomate por la noche es la mejor elección.

Su amigo cena con nosotros. Daniel no me ha avisado, simplemente ha aparecido. Suele suceder así, se une a nosotros de improviso, como si tuviera un radar para las noches que deberían ser de dos.

Yo esperaba una cena romántica, pero ha aparecido con él.

¿Que me ha sentado mal? Pues sí.

Este tío no termina de gustarme, y mira que lo intento. Rebe lo caló al instante y yo debería hablar con Daniel para que nos dé un poco de espacio. Hay algo en él que me desagrade. No sé. No es claro. Lo he pillado varias veces mirándome cuando cree que no me percató. ¿Por qué no se lo digo a mi novio sin más? Porque es su mejor amigo y, si Daniel me pidiera algo así de Paula o de Sara, es posible que no me lo tomara bien.

Salgo de mis elucubraciones porque tanto Daniel como su amigo me están mirando, esperando una respuesta sobre lo

inconveniente de mi plato picante. Intento no parecer una idiota.

—Tengo buen estómago —me defiendo con una sonrisa crispada.

Sonrisa de Daniel. Como si me apoyara. Como si estuviéramos los dos solos.

—Ya lo creo.

Seguimos comiendo. No estoy de buen humor y no me esfuerzo en disimularlo. Este tío tiene el don de amargármelo todo. Me habría gustado saber que vendría. Así habría podido decidir si quería estar aquí o no.

Bebe un sorbo largo de vino. Deja la copa con cuidado, exactamente en el círculo que ha dejado en el mantel. Me mira.

—Daniel me ha contado que tu madre es funcionaria.

Me quedo con el tenedor a medio camino.

No recuerdo haberle hablado a Daniel de mi madre. No así, no con esa palabra. Él mismo dijo que nada de pasado ni de familia. Que, cuando eso entra en una relación, todo termina jodiéndose.

Intento que no note que me molesta escuchar una referencia a mi madre en sus labios. Otra sonrisa forzada.

—Algo parecido —respondo, vaga.

—¿Sois muchos en casa?

—Hermano, hermana y yo.

—¿Mayores o menores que tú?

—Mayores los dos.

Asiente. Como si tomara nota de ello. No. Como si me evaluara. Eso es.

Daniel sonríe sin levantar la vista del plato. Hay algo en su quietud que me da más mala espina que la pregunta misma.

De repente, a su amigo se le ilumina la cara. Sus cejas se alzan.

—Mañana podríamos ir a esa exposición temporal del Bosco en el Prado.

No lo animo a seguir.

—Daniel y yo hemos quedado para hacer un pícnic en Madrid Río.

Pero Daniel me mira y conozco esa forma de hacerlo. Es la misma de cuando le digo que hemos quedado con las chicas y él me dice que ha reservado entradas para el Bernabéu.

—Amor, ¿podríamos dejarlo para el finde que viene? —Hay un toque de súplica muy bien interpretado—. Me apetece ver esa expo.

Su amigo se encoge de hombros y me clava la mirada.

—No tienes que venir si no te gusta el arte.

Los observo a uno y a otro. Parecen el mismo hombre desdoblado a pesar de ser tan distintos. Intento sonreír. Me sale algo ridículo.

—Ya veré qué hago.

Lo que quiero decir es: no pienso cambiar mis planes por alguien que se presenta sin avisar y me mira como si estuviera evaluando cuánto tardo en ceder. Pero no lo digo. Porque Daniel está al lado y porque la Doira que se pelea con desconocidos en restaurantes es una Doira que no quiero ser esta noche.

La conversación continúa. Yo apenas participo. Muevo la salsa por el plato y asiento cuando toca.

¿Quién se cree que es este gilipollas?

Está decidido. En cuanto encuentre la ocasión lo hablaré con Daniel. ¿O quizá eso sea lo típico de una novia acaparadora? ¿Estaré siendo esa tía?

No. No lo soy. Hay algo en este hijo de puta que no encaja.

Daniel deja la servilleta a un lado y se levanta para ir al baño. Es la primera vez que nos quedamos su amigo y yo solos.

Intento que no se me note en la cara que me cae como el culo. Sonrío. Busco algo inocuo.

—¿Te quedarás mucho por Madrid? Porque creo que vivías fuera, ¿no?

No me contesta. En su lugar se inclina sobre la mesa. Medio metro menos de distancia. Puedo olerle el vino en el aliento.

—Daniel es de los que se entregan del todo. Espero que tú también.

Lo dice mirándome a los ojos. Sin sonreír. Sin que parezca una broma ni un consejo ni una observación casual entre amigos.

Es una frase densa, con mala uva. Incluso amenazante. Se me eriza la nuca.

Voy a contestar, pero antes de que pueda abrir la boca él añade una segunda observación. La suelta con el mismo tono. Como si fuera la continuación natural de la primera.

—Y, Doira... cuídate. Esos viajes al sur. Hay malas carreteras. El mar es traicionero. Sí, debes cuidarte.

Lo miro perpleja.

¿Qué cojones acaba de decirme este tío?

Voy a pedirle que me lo aclare, pero Daniel vuelve.

—Hay cola. Puedo aguantar hasta el próximo garito.

Con un enorme esfuerzo me río para que no note la tensión entre ambos. Su amigo también se ríe como si no hubiera pasado nada. Como si no me acabara de amenazar.

El resto de la cena parece distendido, pero, si alguien se fijara en mi expresión, adivinaría que me llevan los diablos por dentro.

CAPÍTULO 29

LAURA

Ahora.

Con el cepillo de dientes en la boca, aguzo el oído.

¿Es la voz de Daniel? Lo parece. Pero el tono es distinto.

Apago la luz del baño y me quedo a oscuras en mi habitación. Hace un cuarto de hora que ha pasado por aquí para darme las buenas noches. Su ritual. Las once. Las mismas palabras. La misma distancia. Un hombre de costumbres.

Lo normal es que se haya ido a la cama.

Me acerco a la ventana ayudada por las muletas y miro disimuladamente al exterior.

Daniel está en el jardín de atrás, caminando de arriba abajo por el borde de la piscina mientras habla por teléfono. Está descalzo, algo raro en él; parece que hubiera salido con prisas.

A esta distancia soy incapaz de distinguir las palabras, pero sí la urgencia de su voz. En la expresión de su cara, que iluminan desde abajo las luces sumergidas en el agua, veo unos rasgos que no reconozco. ¿Alarmado? ¿Exigente? No tiene nada que ver con la forma solícita con la que se dirige a mí, siempre atento.

Me pego al cristal para intentar captar algo. Sí. No. Quizá. Poco más soy capaz de desentrañar. La mano libre la lleva en el bolsillo. Desde aquí veo que, cuando no habla, crispera la mandíbula. Es un Daniel distinto al hombre que me deja notas en la cafetera y ha ordenado mi ropa por colores.

Si quisiera dejarme llevar por la impresión, diría que está hablando con alguien que tiene un gran ascendiente sobre él.

Alguien que...

De repente, alza la mirada y sus ojos se cruzan con los míos.

Retrocedo. Pierdo pie y caigo sentada sobre la alfombra. La pierna. La jodida pierna. Un mordisco de dolor me trepa desde la rodilla hasta el muslo. Me la palpo con cuidado. La cicatriz parece intacta. La articulación no ha sufrido. Pero me duele todo lo demás.

Intento recuperar la respiración. ¿Me ha visto? Es imposible. Fuera hay más luz que dentro, aunque solo sean los rayos de luna y las putas luces de la piscina. Una vez escuché que, desde fuera, no se ve el interior de una habitación a oscuras.

Una vez. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién me lo dijo?

Escucho pasos en la escalera.

Daniel está subiendo.

Logro incorporarme. La muleta se me resbala. Lo intento de nuevo. Vuelve a fallar. Al fin alcanzo el borde de la cama, tomo impulso y me alzo. Los pasos son cada vez más cercanos. La rodilla me duele, pero eso ahora no importa. Aparto las sábanas y me meto entre ellas, intentando parecer alguien que lleva un rato acostada.

La puerta se abre.

—¿Laura? —Hay urgencia en su voz.

Valoro entre seguir fingiendo que duermo o darle la cara. Alargo la mano y enciendo la lámpara de la mesilla.

—Hoy está tardando en venir. —Me refiero al sueño. Me masajeo los ojos. Bostezo. Solo entonces lo miro.

Daniel no intenta pasar. Permanece al otro lado de la puerta, como si no confiara en lo que pudiera hacer si se sobrepasara. Noto que el corazón se me desboca, pese a que apenas puedo verle el rostro, envuelto en las sombras del pasillo. Se humedece los labios.

—Prueba a leer un poco. Suele funcionar.

Hay un libro sobre mi mesilla que he abierto varias veces para volver a cerrarlo. No sé quién lo puso ahí. No sé quién pone en esta casa todas esas cosas al alcance de mi mano. Asiento casi con entusiasmo.

—Buena idea.

Daniel permanece allí, en silencio, unos segundos que se me hacen eternos. Noto cómo me late una vena en el cuello. Si se fija,

la vería desde donde está.

—Era del hospital —dice al fin, y me viene a la cabeza *excusatio non petita, accusatio manifesta*—. Un caso complicado. Siento haberte desvelado. No he sido consciente de que he subido la voz.

Sonríó. Asiento. Él también lo hace y cierra la puerta para desaparecer sin decir una palabra más.

El resoplido me sale solo. ¿Por qué me he alterado tanto? ¿Por qué no hablamos con naturalidad de lo que ha pasado, si es que ha pasado algo? Un marido que baja al jardín a hablar por teléfono a las once y media de la noche pasa en todas las casas. Los médicos reciben llamadas a deshora. Es normal, tendría que serlo, pero la voz que he escuchado no era la de un médico atendiendo una consulta. Era la de un hombre que rinde cuentas.

Hoy mi relación con Daniel sigue siendo inexistente. Él aguanta mis desplantes sin una queja, sin una mala palabra. Mi médico dice que todo marcha como debe, que no debo esforzarme por comportarme de una manera que no siento. Si me dejo llevar, si soy receptiva, los recuerdos vendrán solos y únicamente cuando esté preparada.

No sé. Todo esto me parece más magia que medicina.

¿Qué habría pensado mi padre de todo esto, que durante años fue un profesional exigente? ¿Le habría parecido riguroso? ¿O habría fruncido el ceño de esa manera suya que significaba «hija, estás rodeada de imbéciles»?

De repente, me doy cuenta de cuánto lo echo de menos, cuánto los extraño a los dos. Me han dejado y ni siquiera recuerdo cómo fue.

Aprieto los párpados. Necesito despejar estas ideas de mi mente, pero estoy desvelada y soy incapaz de dormir.

Me siento en la cama con dificultad. El dolor de la pierna ha empezado a remitir. Sería una mierda que ahora que mejoro de mi accidente lo eche todo a perder por fisgar tras la ventana.

Tomo el libro. Lo suelto. Lo tomo otra vez. Lo dejo donde estaba.

¿Y si la memoria nunca vuelve? ¿Y si me quedo atrapada para siempre en este mundo de sospechas? Una mujer en una casa bonita con un marido perfecto y una pierna rota, mirando por la ventana cada noche como la loca del ático. Casi me entran ganas de reír.

Miro la mesilla de noche.

Sin pensarlo, abro el cajón y cojo el teléfono. La pantalla se ilumina. Introduzco la contraseña —la fecha de la boda, la que no recuerdo haber elegido— y aparece la foto del perro que al parecer tenemos y que está en algún lugar esperando a que me reponga.

Dudo.

¿Y si esos mensajes me enfrentan con una realidad que no me gusta? «No fuerces tu mente. No quieras saber más de lo necesario», me dijo Álvaro. Pero no soy una persona que se queda en la zona gris para evitar el dolor.

Abro WhatsApp.

La pantalla carga. Los chats aparecen. Y entonces me quedo mirando el teléfono como si fuera un objeto que acabo de encontrar en la calle.

¿Dónde están?

Deslizo la pantalla. Busco los doscientos cuarenta y siete mensajes que había la última vez que miré. El grupo de pilates. Los contactos sin nombre. La conversación con Mabel que no me atreví a leer aquella noche.

Vacíos.

Todos.

Cada uno de ellos.

No existen.

No hay rastro.

Están borrados.

Alguien ha entrado en mi teléfono y ha limpiado cada conversación, cada mensaje, cada prueba de que la Laura de antes tenía una vida fuera de esta casa.

La habitación da vueltas a mi alrededor.

¿Cuándo? ¿Quién? Repaso la lista de personas que entran en la casa: Susana, Marcos, Daniel y yo. Vera también, pero no la he

perdido de vista. ¿Quizá el jardinero que aún no he visto?

Pero... ¿y mientras me baño? ¿Y mientras estoy en el jardín trasero, junto a la piscina? ¿Y de noche, mientras dormimos?

Cualquiera podría haberlos borrado, y en esta ocasión el único que no es sospechoso es Daniel, porque podría haberlo hecho antes de entregarme el teléfono.

Dejo el aparato donde estaba. Cierro el cajón despacio, sin hacer ruido. Apago la luz y me tumbo de nuevo en la cama.

El techo blanco está impoluto, como todo en esta casa.

Quien ha borrado los mensajes sabe que no los he leído. Alguien lo ha comprobado y ha decidido que no podía permitirse dejarlos ahí.

¿Eso significa que alguien me vigila?

La neurosis me llena la cabeza. Me imagino a un ser informe que revisa lo que toco, lo que abro, lo que leo. Un ser indefinido que comprueba mi teléfono cuando no estoy y borra lo que no me conviene.

Me quedo en la oscuridad con los ojos abiertos.

No sé nada de la desconocida que era antes del accidente, tampoco de sus secretos.

Quizá va siendo hora de buscar a alguien que me ayude a comprenderla.

CAPÍTULO 30

MABEL

Daniel es todo lo que cualquier mujer cabal puede desear, siempre que tenga los escrúpulos de mirar para otro lado de vez en cuando. ¿Suenan patético o desesperado? Porque no era mi intención.

Es un tipo de hombre al que no estoy acostumbrada; quizá sea eso: cuando hablo no interrumpe para pisar mis palabras con su punto de vista, sino que me mira a los ojos y parece intentar comprenderme; es capaz de recordar una frase que dije hace semanas, una sin importancia, y no la usa para atacarme, sino para darme la razón. Mi copa nunca está vacía cuando él está cerca ni se me mete el pelo en la boca mientras cocino porque él se encarga de llenarla y de apartarlo; incluso me trae el café a la cama, un café rico, cremoso, que ha aprendido a filtrarlo en el grado justo, con la leche justa y un sobre y medio de edulcorante.

Creo que esto último lo aprendió la segunda mañana que amanecí junto a él, casi parece que me hubiera observado durante meses para aprenderse todos mis caprichos.

Suenan bien, ¿verdad? Después está lo otro. Cuando desaparece.

Lo hace solo de vez en cuando, pero resulta ilocalizable. Cualquiera pensaría que soy una novia controladora, y nada de eso. Vivimos a setecientos kilómetros de distancia; él es un hombre independiente con un trabajo fascinante, ¿cómo voy yo a entrometerme? Lo que pasa es distinto: no está cuando no hay razón alguna para ello.

Y no, no es que piense que se vea con otra; es que, si hemos quedado en llamarnos a las ocho, no es normal que su teléfono esté apagado, a veces durante dos días seguidos, y que, cuando al fin logro hablar con él, atacada de los nervios, no le dé ninguna importancia y cambie de conversación.

También está lo de los mensajes y, sí, puedo ser un poco paranoica. Daniel es de los que dejan el móvil en cualquier parte, siempre boca arriba, y mete la clave de pantalla sin importarle que yo la vea.

La primera vez fue por casualidad. Saltó una notificación, la pulsé sin mirar, pensando que era el mío, y esta se abrió. Era de un compañero de trabajo, algo sin importancia sobre un cambio de turno, pero me resultó curioso que todos los mensajes anteriores hubieran sido borrados. Es extraño, ¿no?

Quizá estoy buscando una justificación para lo que hice: abrí la aplicación de mensajería y abrí varios chats para comprobar... Todos borrados.

¿Quién borra todos los mensajes en un teléfono nuevo de alta gama?

Ese mismo día se lo conté a Laura. Con Laura siento que alguien me escucha de verdad. Aparte de Daniel, claro. Nunca me ha dicho «venga, Mabel, exageras»; al contrario, es paciente, me coge la mano cuando me altero y siempre está disponible para mí.

Ese día me preguntó si Daniel y yo discutíamos. Casi me dio un ataque de risa. Nunca. Jamás lo hemos hecho. Y entonces dio en el clavo: «¿Y lo has visto enfadado?».

Debo reconocer que no. Parece que tiene la templanza para soportarlo todo. Incluso cuando un cretino le rayó el coche en el aparcamiento delante de nosotros y lo negó con la mano en el pecho, se mantuvo paciente, no desconfiguró el rostro ni perdió el control. Admirable, ¿verdad?

Cuando se lo conté, Laura me dijo que eso daba un poco de mal rollo.

—¿Por qué?

—Porque la gente que nunca se enfada, o es muy sabia u oculta algo.

Después está lo del amigo, y no quiero hacer una lista titulada «Todos los defectos de un novio perfecto».

Quizá mi animadversión hacia él está basada en que no me gusta. No sé por qué. Quizás por esa forma que tiene de mirar. Me hace sentir una urraca bajo la lupa de un ornitólogo. Quizás porque aparece cuando menos lo esperamos y Daniel nunca le dice que se vaya. Incluso he sentido en un par de ocasiones la sensación de que era yo quien sobraba.

Es cínico, seco y sus contestaciones suelen ser desagradables. ¿Qué verá Daniel en él? Se conocen desde hace años y es un tema tan sagrado para él que, la única vez en que lancé un comentario crítico de su amigo, mi novio me dijo que yo no lo entendía y que a veces la amistad es algo que solo pertenece a dos.

Cuando se lo conté a Laura, se quedó otra vez en silencio un par de minutos.

—¿No te parece raro? —me preguntó.

Yo no me lo había planteado hasta ese momento.

—Bueno, son amigos. Amigos íntimos —lo excusé.

—Tú también tendrás amigas íntimas. ¿Se comportan así cuando estás con tu novio?

No le he dicho que ella es la única a la que le he presentado a Daniel. Él siempre tiene tantos planes; hacemos tantas cosas juntos que las he ido abandonando. No sé. Supongo que es algo normal en una relación tan intensa como la nuestra.

Lo más extraño es que Daniel nunca habla de su pasado.

No es que me lo oculte, pero, si le pregunto por sus años en la facultad, cambia de conversación; si me intereso por su padre, dice que hace tiempo que no lo ve y pasa a otra cosa; si quiero conocer a sus otros amigos, contesta que están aquí y allá.

Cuando sales con alguien fantástico, ¿no estás deseando que tu gente lo conozca? Eso me ha hecho pensar que quizá se avergüence de mí. Él es todo un internista, y yo, una enfermera que a los treinta y muchos intenta sacarse la carrera que debió estudiar hace una década.

Estas cosas solo se las puedo contar a Laura. Ella sí que me entiende.

Hace un par de semanas tuvimos una de esas conversaciones por teléfono de más de dos horas y me hizo las preguntas que yo he estado evitando: qué otras relaciones serias había tenido Daniel, si me había presentado a alguien aparte de ese amigo, si me había hablado de algún compañero de la facultad, de un viaje, de una ponencia donde alguien resultara interesante.

«Nada» fue la respuesta, y nada contestó Laura, pero me hizo pensar.

Quizá no sea tan paranoica y Daniel me oculte algo.

Esta semana he decidido darle una sorpresa a mi novio.

Voy a presentarme en Los Caños de Meca, en su casa, sin avisar, aunque hayamos quedado en no vernos.

Creo que le va a encantar y, quizá así, al pillarlo con la guardia baja, consiga quitarme de encima esta impresión de que formo parte de una película cuyo guion no ha sido escrito por mí.

Se lo conté ayer a Laura por teléfono.

—Hazlo —me animó—. Pero, Mabel, prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Si pasa cualquier cosa rara, llámame. A cualquier hora. Yo estoy en Madrid, pero puedo coger el AVE y plantarme en Cádiz en cinco horas.

¿No es para comérsela? Claro que me extrañó tanto cuidado, pero he descubierto que es una de esas amigas que siempre está preocupada por ti.

Le dije que la quería, le di las gracias y Laura se rio.

—Yo también te quiero, tonta. Pero llámame.

Es sorprendente cómo, en solo tres meses, Laura y yo hemos pasado de ser casi dos desconocidas a ser las mejores amigas. Ha estado en mi casa muchas veces, ha venido al hospital a desayunar conmigo, conoce a mi madre y me ha acompañado a un partido de futbito de mi sobrino. Eso es lo que hacen las buenas amigas.

Me doy cuenta ahora de que yo no he sabido corresponderle. Nunca he ido a su casa; solo sé que vive en Madrid y que es consultora, no me queda claro de qué. Tendré que arreglarlo. Hay que ser considerada con los que te quieren y no solo hablar de ti misma.

Pienso en Daniel de nuevo. Lo cierto es que siempre estoy pensando en él. No me lo merezco. Con él, todo es perfecto y yo, empeñada en buscar sus defectos. No tengo remedio. ¿Me cargaré lo nuestro por una simple obsesión?

Mañana es viernes.

Creo que la sorpresa le va a encantar.

Estoy segura.

O eso necesito creer.

CAPÍTULO 31

LAURA

Ahora.

No sé a qué hora pude quedarme dormida, pero esta mañana, en cuanto he abierto los ojos, lo primero que he hecho ha sido comprobar de nuevo el teléfono.

Los mensajes siguen borrados, por supuesto.

Casi me he sentido aliviada después de una noche de pesadillas, de mi cabeza llena de confabulaciones, de sospechas hacia todo el mundo. Al menos estoy cuerda. No me lo estoy inventando...

Pero entonces me he fijado en algo que no había visto y todo se derrumba como un castillo de naipes: tengo activada la opción de mensajes temporales, y eso significa que se borran solos cada cierto tiempo. El mismo tiempo que yo he permanecido ingresada y ajena a que este teléfono existía.

Así que no los ha borrado nadie.

Se han borrado solos.

Vuelvo a cerrar los ojos.

Nada de esto me viene bien. Soy obsesiva. Al menos la Laura que recuerdo lo era. Y peligrosa. Si continúo por esta senda...

Se acabó.

No lo soporto más.

Si esta vida que no recuerdo es la que me toca vivir, voy a aprovecharla.

Daniel dice que era feliz, que éramos felices. ¿Por qué no darme la oportunidad de probarlo?

Tomo una determinación que no admite réplica: fuera las sospechas, las miradas aviesas y las confabulaciones contra Daniel. Quizá va siendo hora de ser amable con él, de preguntarle cómo ha sido nuestra vida, pero no como un interrogatorio policial, sino como alguien que quiere saber de un pasado que no recuerda.

En cuanto me levanto, abro el armario.

Elijo unos pantalones holgados que me encasqueto con facilidad sentada en la cama, una camiseta cualquiera y una sudadera de playa. Nada de esto me pega haberlo comprado. Mi color favorito es el negro, no el rosa. Y jamás elegiría algo estampado con flores, pero he de aceptarlo. Tengo que aceptar la nueva Laura que soy. Me recojo el pelo con una pinza y me miro en el espejo.

Ni tan mal.

La que me observa se parece poco a mí. A la imagen que tengo de mí. Pero casi parece una mujer guapa. Joder, es raro lo que puede hacer una sudadera rosa y un poco de luz de mañana.

Rebusco entre las baldas hasta encontrar un bolso de tela. El primero que veo. Si voy a llevar muletas, necesito algo donde meter las llaves, un libro y unas gafas de sol. Y una cartera. Supongo que tendré alguna en algún lugar de esta casa.

No me acerco a la silla de ruedas. Cojo las muletas y salgo de la habitación.

Es más temprano que de costumbre. Mucho más.

Tanto que me encuentro a Daniel en la cocina dándole bocados a una tostada.

—Vaya.

Me mira de arriba abajo. Parece sorprendido. Yo me mantengo sujeta por las muletas. Aunque la pierna me molesta, es soportable. Tendré cuidado de no cargar peso.

—Necesito dejar de quejarme —digo como toda explicación, y quizá sea lo más sincero que le he dicho a este hombre desde que lo conozco.

Él sonríe.

—Esta actitud le va a gustar a tu médico.

Hay un silencio. Me doy cuenta de que Daniel no esperaba que diera este paso. Lo cierto es que yo tampoco. Me señalo el pantalón y la sudadera.

—¿Solía ponerme esto?

—Quizá no esa combinación, pero te queda bien.

Uno es verde. La otra, rosa. Cuando hay más colores que el blanco y el negro, nunca he sabido elegir. Señalo el bolso. Marrón.

—¿Y esto?

—Era el que más usabas.

Me apetece sentarme y dejar las muletas a un lado, pero eso daría una imagen de flaqueza, él se preocuparía y esta conversación no terminaría bien. Aprieto el bolso contra mi cuerpo.

—Había pensado bajar a la playa.

Espero su mirada de horror. La retahíla de argumentos por los que una mujer convaleciente no debería...

—Llévate el coche —lo dice como si fuera lo más normal del mundo—. Si puedes andar con muletas, no será un problema conducir. Además, es automático. No necesitas usar el pie izquierdo para los pedales.

Parpadeo. Casi no me lo creo.

La idea de que he juzgado mal a Daniel toma fuerza. La Laura desconfiada, la de los complots y las sospechas nocturnas, empieza a parecerme una versión de mí que no quiero seguir siendo.

—Tú lo necesitas para ir a Cádiz.

—Tenemos dos.

—¿Dos coches?

Fuera solo he visto aparcado su Mercedes.

—El tuyo está en el garaje. Y no te preocupes, no es el mismo del accidente. Ese quedó bastante malogrado. El seguro lo repuso, así que es nuevo, completamente nuevo. Te lo dejaré fuera antes de marcharme.

Funciona. Todo funciona cuando dejas de buscar trampas. Me atrevo a preguntar:

—Supongo que tengo una cartera o algo así.

Asiente.

—Algo así. En mi despacho. Te la traigo.

Noto un cosquilleo en el estómago. La última vez que conduje... No. No me acuerdo del accidente. Así que no debería estar traumatizada.

Me sorprende que Daniel no se haya preocupado porque vaya sola al volante. Cualquier otro marido habría puesto pegas. El mío me anima a hacerlo. Quizá la idea de que todo son invenciones macabras de mi cabeza no sea tan absurda.

—Esta es la cartera —sale del pasillo donde están su despacho y el mío y me la tiende—. Y estas son las llaves del coche y de casa.

Las del vehículo son de un Citroën. Eso me pega más que otro Mercedes. Por supuesto, no recuerdo haber visto antes la cartera. Es grande. Cuando la abro, está llena de tiques de supermercado, listas de la compra y recortes de revistas. Hay cien euros.

Miro a Daniel.

—He supuesto que necesitarías dinero. —Sonríe—. Esta noche hablamos, si quieres, de cómo organizarnos. Lo que hay en la cuenta es de los dos.

Si la noche de ayer fue una pesadilla, la mañana ha empezado brillante. Me entran ganas de sonreír. ¿O estará esta nueva Laura fingiéndose optimista para sobrevivir?

No lo sé. Me da igual. Hoy salgo de esta casa y empiezo una nueva vida.

Cuando abro el bolso para meter la cartera y las llaves, algo reluce en el interior. En el dormitorio no lo he visto: las persianas medio bajadas lo dejan todo en penumbra. Aquí, en la cocina, la luz de la mañana lo hace brillar.

Introduzco la mano y saco otra llave. Una sola, unida a una chapa metálica con una dirección escrita a mano.

Me quedo mirándola.

Daniel se acerca. No parece sorprendido.

—Es del trastero que tenemos alquilado en Barbate —coge su taza y le da un sorbo tranquilo—. Me alegro de que haya aparecido. No tenía ni idea de dónde estaba. Solo hay cosas de tu mudanza que no encajaban aquí. Nada importante.

Intento buscar en su voz una inflexión. Un matiz oscuro. No lo encuentro. El mismo tono amable de todos los días. La misma mirada limpia.

Se termina el café. Muerde el último trozo de tostada. Se pone la chaqueta.

—Me marchó o llegaré tarde.

Se acerca a mí y me da un beso ligero en los labios.

Es la primera vez que hace algo así. Hasta ahora ha mantenido una distancia pulcra conmigo. Mejilla. Frente. Nunca los labios.

No digo nada. No sé qué pensar. Esa Laura nueva, la que ha decidido dejar de sospechar, piensa que es un beso normal entre un marido y su mujer. La otra Laura, la de anoche, la de la ventana y los mensajes borrados, piensa que es el beso de un hombre que ha ganado la partida.

Coge sus llaves de la mesa. Me sonrío. Sale de casa.

Escucho el ruido del motor, primero de un vehículo, el mío, y después el de su Mercedes. Solo entonces dejo las muletas a un lado y me siento en la silla de la cocina.

La llave del trastero está en mi mano. La chapa con la dirección. Barbate. Letra manuscrita. ¿La mía? ¿La de Daniel? Como son mayúsculas, no sabría decirlo.

«Cosas de tu mudanza que no encajaban aquí».

Parpadeo. La confusión vuelve a mi mente como una marea que se había retirado y que ahora regresa poco a poco.

Fue el día en que llegué a esta casa.

Le pregunté qué había pasado con mis cosas de Madrid. Los libros, la ropa vieja, las cajas que uno acumula sin saber por qué.

«Una empresa se encargó de todo», me dijo. «Lo que no necesitábamos se regaló o se llevó a un punto limpio; el resto está por aquí. No quise que te preocuparas por eso».

Lo dijo con naturalidad. Con esa eficiencia suya. Y yo lo acepté porque no tenía otra opción.

No hubo cajas. No hubo nada que guardar. Eso fue lo que dijo.

¿Cómo es que entonces existe un trastero alquilado en Barbate para mis cosas? ¿Qué cosas?

La llave pesa en mi mano más de lo que debería pesar.

Miro hacia la puerta. Daniel se ha ido. La casa está en silencio. Hoy no vienen ni Susana ni Marcos. Tengo un coche en la puerta, una llave en la mano y una dirección escrita.

La Laura nueva, la optimista, la que había decidido confiar, me dice que no vaya. Que lleve ese Citroën a la playa, que tome el sol, que respire el aire de La Janda y que deje de buscar lo que no existe.

La otra Laura, la de siempre, la desconfiada, la bruja, dice otra cosa.

Dice: ve al trastero.

CAPÍTULO 32

DOIRA

Antes.

Cumpleaños de mi hermana y fin de semana en casa de mi madre.

Daniel se ha quedado en Los Caños de Meca. No tiene guardias y, como el viento de levante pega fuerte, va a salir con la tabla y la vela a montar unas olas. Tengo una sensación incómoda que no identifico hasta que llevo un par de horas en Guadalajara.

Lo echo de menos.

Echar de menos a un tío. ¿Desde cuándo no te pasa eso, Doira? Desde nunca. Por eso he tardado tanto en identificarlo.

Mi hermana come con nosotras, sopla las velas y se larga con sus amigos a un concierto. Le digo que tengo cosas que hacer cuando me invita a acompañarlos. Sus colegas son buena gente, pero me aburren. Últimamente todo me aburre menos Daniel.

Estás jodida, Doira.

Mi hermano ha salido de fiesta y a mí me toca la sobremesa con mi madre. Evita hablarme de los exámenes, de la carrera, y se lo agradezco.

—¿Sigues viendo a...?

—Daniel —termino yo la frase—. Sí. El médico que vive en Cádiz.

Remueve su café. Arruga los labios. Conozco ese gesto. Tiene algo que decirme y está buscando la manera de que no me vaya corriendo.

—¿Y por qué te veo tan rara?

—No estoy rara. Solo que...

—Venga ya. Mi hija no era precisamente de las que se enganchaban con un chico.

Tiene razón. Toda la razón. Pero me cuesta dársela.

—Antes no había conocido a Daniel.

—Ni era de las que daban ese tipo de respuestas.

Es intuitiva. Sabe que algo me pasa. O simplemente es madre, que viene a ser lo mismo. ¿Es acaso un pecado enamorarse? Porque entiendo que esto es lo que me sucede. Lo echo de menos. Me gusta estar con él. Quiero estar con él. ¿Acaso ella no se enamoró de mi padre, aunque la cosa saliera fatal?

Suelto un bufido.

—Mamá, no seas pesada. Estoy a gusto con Daniel, es solo eso. Que me haya ido de pena con los chicos —con ella no utilizo la palabra tíos— no significa que no llegue uno y me parezca guay.

—¿Y por qué me parece que no estás tan segura como dices? ¿Desde cuándo no ves a tus amigas?

—Yo no soy tú, mamá, ni todos los hombres son unos cabrones como mi padre.

No contesta. No de inmediato. Se bebe el café despacio, con la mirada perdida en el mantel.

—¿Es al menos un buen tipo? —pregunta al rato.

Yo ya estoy arrepentida de la barbaridad que acabo de soltarle, pero logro sonar convincente.

—Es perfecto, mamá.

Asiente. Bebe un poco más. No parece molesta con mis palabras de antes, lo que me preocupa más que si me estuviera gritando. Cuando una madre hace eso, solo significa que ha pasado a un segundo plano porque en su mente solo estoy yo. Me mira.

—Que sea perfecto es precisamente lo que no me deja dormir.

Un jodido escalofrío me recorre la espalda. No tengo argumentos para rebatirla.

Perfecto. El novio perfecto.

Eso es lo que más me ha inquietado desde que lo conozco. Pero se supone que no debes quejarte de que tu novio sea un cielo.

Se supone que debes sentirte afortunada. Se supone que debes callar y aceptar que has tenido suerte.

Reacciono como se espera de mí.

—Venga ya, mamá.

Ella no desiste.

—O me ocultas algo o él te lo oculta a ti, Doira. Porque no hay nadie en este mundo que no se equivoque, que no tenga un ataque de cólera ni sea un cabrón en algún momento.

Quiero contestarle. Quiero decirle que tiene razón. Que Daniel nunca se enfada, que Daniel nunca levanta la voz, que Daniel nunca pierde el control, y que eso me aterra más que si me gritara.

Porque al menos si me gritara sabría que debajo hay un tipo como los demás.

Pero no lo digo.

Una llamada de teléfono interrumpe la conversación. Una de mis tías. Tengo madre entretenida para largo.

Me tumbo en el sofá y cojo el móvil.

Las palabras de mi madre no desaparecen de mi cabeza.

Perfecto.

Daniel es perfecto.

¿Y su amigo? ¿Son como Dorian Gray? Aunque ese era un solo tío y el retrato era el malo. Me río de mí misma, pero abro el buscador y escribo el nombre completo de Daniel y el de su oscuro colega.

Me siento culpable de inmediato. Me parece que estoy perdiendo la cabeza. O quizá es que mi madre y sus manías de protegerme me están volviendo paranoica. ¿Acaso lo hacen las personas normales? ¿Investigan manchas oscuras en el pasado de los tíos con los que salen y su entorno?

La mala conciencia me dura poco. Ante mí se deslizan las mismas pocas páginas de la otra vez. Clicko en los enlaces. Léida. Léida. Léida. Avanzo más allá. Quinta página de Google. Sexta.

Se me ocurre algo.

Cojo una servilleta de papel y un bolígrafo. Mi madre se ha marchado a la cocina y la oigo parlotear. Empiezo a anotar fechas. Tardo un buen rato porque repaso cada una de las citas que lo

mencionan. Son bastantes, más de las que esperaba para alguien con tan poca presencia digital. El amigo de Daniel Juega al pádel. Es socio de un club de campo. Tiene perfil en una web de contactos.

Me detengo en eso último.

Una web de contactos. ¿Para ligar? ¿Para buscar pareja? Me abro un perfil. Antes de validarlo me pregunto qué pasaría si Daniel se enterara, así que pongo un nombre ficticio y una foto que no soy yo. Lo busco, pero no lo encuentro. Esta mierda funciona por proximidad y, a menos que estemos cerca, su perfil no me aparecerá en pantalla.

Tiro el móvil sobre el sofá. Me pongo a pensar.

Mi madre sigue hablando por teléfono. Oigo su risa de fondo, ese sonido que me hacía sentir segura cuando era pequeña y que ahora me hace sentir culpable por no contarle lo que rumia mi cabeza.

De nuevo mis dedos agarran el teléfono y buscan ese artículo donde hablaban de una chica que había aparecido muerta en la playa. ¿Por qué el algoritmo vincula a Daniel con este suceso? ¿Qué tiene que ver?

Busco más noticias sobre las desapariciones. Encuentro tres de distintas fechas, tres mujeres diferentes que habían desaparecido en el mar, en el arco que va desde Barbate a Conil, el mismo donde Daniel y yo nos movemos. El que considera su casa, su hogar. No puedo evitar pensar en que podría ser su coto de caza.

Un escalofrío me recorre la jodida espalda.

Tomo la servilleta con las fechas garabateadas y comparo cada una con las que indican los periódicos. Coinciden. Me llevo la palma de la mano a los labios. En cada una de las ocasiones en que desaparecieron esas mujeres Daniel estaba allí. Me quedo mirando el techo. Los ojos muy abiertos. La mente confusa.

Es entonces cuando el teléfono vibra. Lo cojo.

Un mensaje en la pantalla:

«¿Estás bien? Llevas horas sin contestar».

Es Daniel.

Lo ha mandado tres veces, y me doy cuenta de que no puedo contárselo a nadie sin parecer una demente.

CAPÍTULO 33

LAURA

Ahora.

La carretera de La Breña es una sucesión de curvas sin arcén que descienden hasta el puerto de Barbate.

Mientras conduzco, no puedo evitar preguntarme si fue aquí donde tuve el accidente. Busco señales en el murete de piedra que separa la vía del pinar, marcas de neumáticos, pintura arrancada, pese a que sé que todo eso ya habría sido reparado.

El coche es seguro y se agarra al asfalto. Ha sido más difícil encajarme en el asiento ayudada por las muletas y colocar los pies sobre los pedales que conducir.

El que viene detrás toca el claxon, pero no pienso correr, y cuando me adelanta me saca un dedo por la ventanilla. Las dudas sobre si sería capaz se han disipado en cuanto he metido primera y pisado el acelerador. El cuerpo recuerda lo que la mente ha olvidado. Otra vez.

La pierna duele menos en esta posición. No sé por qué. Quizá mi destino sea terminar en la curva de una carretera. Aparto el pensamiento oscuro y subo a setenta pese a que las curvas dan vértigo.

Es un día claro y no sopla el viento, por lo que se ve Marruecos al fondo.

He metido en el GPS la dirección que aparecía junto a la llave. Un trastero de cuya existencia no tenía ni idea porque Daniel no ha creído conveniente informarme.

También he cambiado la clave del teléfono. Lo sé, quizá nadie haya borrado los mensajes, pero quiero ser yo quien controle esa parte de mi vida.

Hay una bajada y una curva cerrada, y ante mí se abre la ensenada de Barbate. Contengo el aliento. Es espectacular. El mar tan azul como el cielo. El bosque de pinos abrazándolo todo. Por un momento, me olvido de adónde voy y de por qué lo estoy haciendo.

De regreso a casa tendré que parar en la playa. No sería creíble regresar con el coche limpio y las mejillas igual de pálidas. ¿Y si Daniel comprueba el interior, las alfombrillas, los granos de arena que certifiquen dónde he estado? Incluso el cuentakilómetros.

Me escucho a mí misma planeando coartadas, calculando excusas. Me entran ganas de reír.

Hace dos horas había decidido dejar de sospechar y asumir que soy una mujer enferma con un pasado que quizá no recupere. Y aquí estoy, conduciendo hacia un trastero que según Daniel no tiene nada importante mientras fabrico una coartada por si el hombre con el que estoy casada duda de mí.

De nuevo las sospechas. Quiero que esto termine. Necesito que termine o me volveré loca.

O quizá ya lo esté.

Entro en el pueblo por el puerto pesquero. El GPS me dice que tengo que atravesarlo hasta llegar al río, que lo delimita por el este. Casas blancas. Bastante gente para esta hora. Un sol que empieza a ser abrasador.

La carretera me lleva a una zona de naves junto al río. Un pequeño puerto de pescadores con barcas varadas en el fango y redes secándose al sol. No recuerdo haber estado aquí, pero eso ya no significa nada.

El móvil me avisa de que he llegado. Miro alrededor antes de bajarme.

Lo que tengo delante tiene más pinta de cochera vieja que de trastero. Una persiana metálica con la pintura saltada en una pared que apenas mide un palmo más a derecha e izquierda. Podría pasar de largo sin verla.

Abro la puerta del coche y me doy cuenta de lo difícil que es bajarme sin cargar peso en la pierna. Debería haberlo pensado antes de venir.

—¿Necesita ayuda?

Miro hacia la voz. Un hombre anciano con pinta de pescador avanza hacia mí encorvado y se protege del sol con una mano.

—Me vendría bien.

Tiene más maña que fuerza. Consigo salir sin que la rodilla sufra las consecuencias. Del asiento trasero me tiende una muleta y luego la otra. Agradezco esa eficiencia de quien lleva toda la vida resolviendo problemas con las manos.

—¿Viene a ver a alguien de por aquí? No es por entrometerme. —Señala alrededor—. Soy de la zona de toda la vida.

No hay mucho que contestar. Le indico la persiana que tenemos delante.

Él asiente.

—Claro. Llevaba tanta prisa que se le habrá olvidado algo. No se puede correr tanto.

Se me frunce la frente.

—¿Cómo?

—El martes. La mudanza. ¿No iba usted?

El martes. Hoy es viernes. Voy a preguntarle, pero recuerdo dónde estoy. Parece que esa información no ha desaparecido de mi mente.

Relajo la expresión e intento sonreír, convertirme en la turista que se supone que soy. No sé si lo consigo.

—¿Me ayudaría con el candado? —Señalo las muletas—. Nada de esfuerzos. Órdenes del médico.

Es un tipo resuelto. Trastea con la cerradura. Gruñe. Dice que parece rota. Pero, al fin, gira la llave y agarra el borde de la persiana. Es más fuerte de lo que aparenta. Un hombre de mar. Con un solo movimiento, la persiana se levanta con un estrépito que duele en los oídos y deja completamente expuesto el interior.

Me quedo inmóvil.

El espacio es cuadrado. La misma profundidad que anchura. Sin otras puertas ni ventanas. Un zulo con suelo de cemento y

paredes de ladrillo visto.

Y está vacío.

Ante mí no hay ni una caja, ni siquiera marcas en el suelo. Como si nunca hubiera contenido nada.

El anciano asiente con las manos en la espalda y la mirada clavada en el hueco.

—Pues al parecer se lo terminó de llevar todo.

Doy un paso al interior. El aire huele a humedad y a sal. Me vuelvo hacia él, aunque intento no parecer curiosa.

—Así que el martes.

Su expresión cambia de inmediato. Observo cómo se cierra, como una ostra.

—Yo no tengo nada que ver con nadie.

Casi el setenta por ciento del hachís que entra cada año en España lo hace por estas costas. La gente de aquí es amable, servicial, pero no habla de sus cosas con desconocidos. El pescador se larga sin mirar atrás, a un paso más rápido del que se le podría suponer.

Me quedo sola frente al trastero vacío.

El martes. Alguien vino el martes y se llevó todo lo que hubiera allí tres días antes de que yo encontrara la llave en el bolso. ¿Coincidencia? ¿O alguien sabía que tarde o temprano iba a encontrarla y se adelantó?

Si Daniel la puso allí para que la descubriera, ¿por qué vaciar el trastero antes de que llegara? A no ser que no fuera Daniel quien lo hizo. Que fuera alguien que daba por hecho que no iba a sobrevivir al accidente.

Con dificultad, me agacho y estudio la cerradura. Es redonda, de bombín, la típica de estas persianas. Tiene arañazos en la embocadura que por el brillo deben de ser recientes. El salitre del mar lo corroe todo en cuestión de días, y estos arañazos brillan como si fueran de ayer.

Me incorporo ayudada por las muletas. Miro alrededor. Las naves del puerto. Las barcas. El río. Un gato que cruza entre los escombros sin mirar atrás, como el pescador.

Me meto en el coche un poco menos torpe que cuando salí de casa y cierro la puerta, apoyando las manos en el volante.

¿Qué había en este trastero que yo no podía ver?

Arranco. Cuando bajo la ventanilla, el olor del mar entra como una bofetada limpia.

De camino a la playa —porque necesito esa coartada, porque necesito arena en las ruedas y sal en la piel— paso por delante de una ferretería. Me detengo. Compró un candado nuevo. Uno pequeño, barato, que quepa en el bolsillo.

Todavía no sé para qué lo necesito.

Pero la Laura que fui antes del accidente —la que se llevaba mal con sus amigas, la que escondía llaves en el fondo de los bolsos — sabía que a veces necesitas un candado antes de saber lo que vas a proteger.

Esa Laura empezó a pensar exactamente como estoy pensando ahora.

Y terminó estrellada en una carretera a las dos de la madrugada.

CAPÍTULO 34

DOIRA

Antes.

Lo tengo decidido. Entonces, ¿por qué mierda me cuesta tanto hacerlo?

Estamos en la costa, aunque el plan inicial era hacerlo en Madrid. Como alternativa había barajado la ciudad de Cádiz, donde trabaja Daniel. Hay hoteles baratos y bien situados donde puedo alojarme una vez hecho. Habría sido más fácil para mí. Pero Daniel ha insistido en que este fin de semana nos vengamos a Los Caños de Meca.

Eso lo pone más difícil. Cuando se lo diga... ¿Qué hago? Aquí no hay nadie. En pleno mes de enero y tras el repunte de las navidades, esta parte de la costa está desierta. Incluso los locales que abren tras la temporada cierran estos meses. ¿Me quedo a dormir en su casa? ¿En su cama? No me va a quedar más remedio que hacer noche en el sofá y coger un autobús desde Conil mañana a primera hora.

Si es que hay autobús. Si es que hay mañana.

Doira, para. Estás siendo dramática.

—¿No te gusta?

Estamos en la arena, sentados sobre un pareo enorme de elefantes, viendo la puesta de sol. Al fondo, Trafalgar y su faro. Su voz viene acompañada de una caricia en la espalda. Tardo en entender a qué se refiere.

El sándwich. Los ha preparado él para que cenemos en la playa.

—Está riquísimo.

Me siento ruin. La sonrisa me sale hecha un desastre y sospecho que habrá notado cómo me estremezco. Y no es de placer. Estamos solos.

Una playa magnífica. Salvaje. Y solos.

Daniel se sienta a mi lado. Bañador y su cazadora negra, la misma que llevaba el día que lo conocí. Yo no me he quitado los pantalones. Ni pienso hacerlo. Hay algo en estar medio vestida en una playa desierta que me hace sentir menos expuesta. Como si la ropa fuera una armadura ridícula.

—Pareces distraída.

Miro alrededor. Debí insistir en quedarnos en Cádiz. O en Madrid, pero para eso habría tenido que esperar una semana y no estoy dispuesta a soportar un día más. Señalo la playa. Hoy no hay viento. Al fondo se perfila África.

—A veces todo esto me parece demasiado solitario.

—Ahí está su encanto. —Se acerca hasta pegar su hombro con el mío, su cabeza con la mía—. ¿Qué te pasa?

Ha llegado el momento. No puedo dar marcha atrás.

Son demasiadas sospechas. Mucha incertidumbre. Miedo.

Lo he ensayado frente al espejo del baño de mi piso de Madrid. Tres veces. Cuatro. Con las manos apoyadas en el lavabo, mirándome a los ojos, relatándome las palabras en voz alta hasta que sonaban naturales.

Ahora no suenan a nada.

—Le he dado algunas vueltas a lo nuestro.

—¿Te has cansado de mí? —Lo dice en broma. Hasta que ve la expresión de mis ojos—. Te has cansado de mí.

—Es solo que... —Me detengo. Respiro. Empiezo de nuevo—. Me quedan los años más difíciles de la carrera. Hoy debería estar estudiando. Ayer también. Tengo que centrarme en eso, Daniel.

Se separa. Sus ojos azules, impresionantes, se han opacado. Como si alguien hubiera bajado la intensidad de una lámpara.

—Si me lo hubieras dicho, habría ido yo a Madrid este fin de semana.

—Y habríamos salido todos los días. No es esa la solución.

Los planes. Sus planes. Por más que lo he intentado, siempre tiene una idea mejor. Una sonrisa a la que no puedo decir que no. Una propuesta demasiado buena para rechazarla.

¿Desde cuándo no veo a mis amigas? Mi hermana dice que apenas hablamos. Y es cierto. Mi madre sigue preguntándome por él. Lo hace sin una intención aparente, pero sé lo que piensa.

Demasiado perfecto para ser verdad.

También está lo de esas chicas desaparecidas que no le he contado a nadie.

Daniel se pone de pie y pasea arriba y abajo. Descalzo. Las manos en los bolsillos. Preocupado, pero contenido. Siempre contenido.

—Estás cortando conmigo.

—Solo propongo que nos demos tiempo. Tengo que organizarme. Mi madre paga mis estudios. No puedo decepcionarla.

—Y a mí sí.

Me levanto. Que me hable desde arriba me pone nerviosa. Más nerviosa. Miro alrededor otra vez. Joder, no hay nadie. Ni un alma. Recuerdo el día en que nos conocimos. Era de noche, sí, pero tuve esta misma sensación de que algo estaba a punto de suceder. De que el aire se cargaba de algo que no podía ver.

Me cruzo de brazos. Hace frío. La sudadera no es suficiente.

—Sabes que no quería decir eso, Daniel.

Intenta abrazarme. Me deshago de su gesto. Lo entiende. No hay malas maneras. Daniel jamás las tendría. Pero la frialdad no ha abandonado sus ojos. Una frialdad que decide adónde apuntan sus palabras.

—Podemos vernos un fin de semana sí y otro no —insiste.

—No funcionaría.

—¿Por qué?

—Porque necesito espacio.

—¿Para qué? Lo tienes todo conmigo.

—Me asfixio.

Lo he dicho. Las palabras que llevaba meses tragándome. Me asfixio. Con tus planes perfectos y tus cenas perfectas y tus sonrisas

perfectas y tu amigo que me mira como si estuviera evaluando mi fecha de caducidad. Me asfixio.

Hemos subido la voz. Miro hacia los pinos con la esperanza de que alguien nos haya oído y se acerque a husmear. Pero no. Hay feria en uno de los pueblos cercanos. Los pocos que quedan aquí estarán allí tomando rebujito.

Daniel mira hacia el mar. Leo en sus ojos el esfuerzo por controlarse.

Es la primera vez que lo veo fuera de sí. ¿Fuera de sí? Para cualquier otro sería solo un mal día. Pero Daniel no tiene malos días. Daniel no pierde el control. Y, cuando gira la cabeza para mirarme, otro escalofrío me recorre.

Tengo miedo.

—¿Es por él? —pregunta.

No hace falta decir su nombre. Nunca hace falta.

—También. —Me atrevo—. Aparece de repente cuando menos te lo esperas. Es bastante espeluznante, la verdad.

Sus ojos se afilan.

—Le debo mucho a ese tío.

—Pero yo no.

Nos mantenemos la mirada. La playa, el mar, el faro al fondo, todo se ha reducido a este metro de distancia entre los dos. Estoy cortando con el chico perfecto y la razón más profunda no puedo decírsela. Que he encontrado un artículo sobre una chica muerta en esta playa. Que las fechas coinciden. Que mi madre tiene razón: nadie es tan perfecto.

No puedo decírselo porque, si estoy equivocada, quedaré como una estúpida irredenta. Y si tengo razón, no quiero estar en esta playa a solas con él cuando lo descubra.

La expresión de Daniel se suaviza. A su boca vuelve esa media sonrisa que nunca he sabido definir. Suelta un suspiro largo.

—Disculpa si me he propasado. Sabes que no soy así.

Asiento. No quiero desviarme del tema.

—Nos vendrá bien a los dos.

Carraspea.

—¿Le has hablado a alguien de nosotros?

La pregunta me descoloca. Lo miro perpleja.

—A mis amigas. A mi familia.

—Me refiero a mi colega y a mí.

Entiendo la pregunta. Lo que no entiendo es por qué me la hace. No pregunta eso un hombre al que acaban de dejar. Es lo que pregunta alguien que necesita saber cuánta información ha dejado de controlar.

—No lo creo —contesto.

Juraría que Daniel contiene la respiración. Y que la suelta lentamente. Su sonrisa se ensancha.

—Has sido una mujer muy especial para mí, Doira.

La forma de decirlo en pasado me estremece. Como si ya me hubiera archivado.

—Es solo un tiempo —insisto—. Solo...

—¿Puedo darte un último beso?

No espera mi aprobación. Se acerca y me besa. Hay en él una pasión que no reconozco. Me toma por la cintura. Me come la boca. Gime contra mis labios. Es el beso de alguien que se despide para siempre.

Cuando se separa, me doy cuenta de que contenía la respiración. Estoy asustada. Miro alrededor una vez más. Nadie. Debería haberlo hecho en Cádiz. O haber esperado una semana y vernos en Madrid.

La idea de volver a su casa en San Ambrosio se me hace imposible. Señalo la zona donde, a lo lejos, transcurre la carretera.

—Voy a pedir un taxi. Esta noche dormiré en Conil.

Ha recogido la bolsa de playa. Solo deja el pareo.

—¿Y tus cosas?

Vete ya. Déjame sola. Deja que me largue.

—Mándamelas cuando puedas. Yo pagaré el porte.

—No digas tonterías. —Se ríe. Parece que al final se lo ha tomado bien—. Te las enviaré a donde me digas. —Se rasca la cabeza—. Creo que voy a marcharme. ¿Te importa si te dejo sola?

Es lo que más deseo.

—¿Estarás bien? —pregunto. Me sale muy de buena chica. Muy burguesa.

—Te echaré de menos. —Vuelve a sonreír de esa forma tan suya. Esa que nunca he sabido si es una sonrisa o la sombra de una —. Yo... Doira, gracias por todo lo que me has dado.

Pausa.

—Todo va a ir bien.

No me muevo hasta que lo veo desaparecer entre los pinos. Su silueta se recorta contra las últimas luces del día. La cazadora negra, la mochila al hombro. Hasta marchándose es guapo. Hasta marchándose parece tener el control.

Cuando desaparece, se me escapa un suspiro. Un gemido. El aire que llevaba reteniendo desde que he abierto la boca.

Se acabó. Lo he hecho. He cortado con el hombre perfecto y estoy viva y estoy entera y nadie ha muerto y todo va a ir bien.

Todo va a ir bien.

Y entonces lo escucho.

Un sonido muy particular en mi móvil, una notificación.

Arrugo la frente y me lo saco del bolsillo.

Ni me acordaba de esta aplicación.

Es esa de citas que descargué para ojear la vida íntima del amigo de Daniel.

Al parecer he hecho *match* con alguien.

No estoy para esto, pero entonces recuerdo que esta aplicación funciona por proximidad. Hay alguien cerca. Cerca. Miro alrededor. Una sonrisa se me dibuja en la boca.

Abro la aplicación para ver de quién se trata. Al menos no estoy sola.

Y al verlo, se me hiela la sangre en las venas.

CAPÍTULO 35

VERA

He sido yo quien ha forzado el trastero y tengo una explicación para ello, porque el monstruo no suele coger el coche los días que descansa.

Lo tengo todo anotado en estos cuadernos. A las horas que entra y que sale de la casa, los ratos que pasa junto a la piscina, si charla o no con esa asistenta. También tengo sus horarios en el hospital. No fue fácil, pero con una bata verde te metes donde quieras.

Ese martes el monstruo descansaba y la nevera sé que está hasta arriba por lo que no necesitaba ir al súper. ¿A dónde iba entonces?

Lo seguí con precaución, la misma que tengo para que no sepa cuál es el coche de su vecina. Debí de haber llamado a Andrés, el agente de la Guardia Civil retirado, pero me guardo esa carta en la manga si la cosa se pone chungueta. El coche tiró hacia Barbate, atravesando Las Breñas. Es una carretera llena de curvas, pero me mantuve a una distancia prudente para que no me reconociera.

No tenía prisa cuando atravesó el pueblo. ¿Iba a Zahara de los Atunes? ¿Había tomado el camino equivocado para Vejer? Se detuvo en el río, en la zona donde atracan las barcas. Dejó el coche bien aparcado e hizo algo sospechoso, mirar a ambos lados.

Para entonces yo ya había pasado de largo y estacionado varios metros más allá, observándolo a través del retrovisor.

Cuando alzó la persiana metálica de un trastero sentí un vuelco en el corazón y ganas de llamar a Andrés, pero tampoco lo hice.

Esperé. Observé. Anoté. No habían pasado cinco minutos cuando salió con una caja pequeña, de cartón negro, como si fuera de zapatos. Una vena me palpitó en la sien cuando lo vi montarse en el coche y marcharse como si nada.

Dudé si seguirlo, pero algo me dijo que no podía irme sin saber qué había en ese trastero.

Aguardé. Puse música y reorganicé mis notas. Esa era una zona industrial, con naves a un lado y la ribera al otro. Pasa poca gente, pero debía ser prudente. Una hora más tarde salí del coche, eché un disimulado vistazo alrededor, muy parecido al que había usado el monstruo, y cuando estuve segura de que no había nadie, solo entonces me agaché para mirar la cerradura.

Nadie podría decir que una profesora de instituto supiera abrirlas, pero esas cosas se aprenden y tuve que hacerlo si quería husmear la casa del monstruo cuando él no estuviera. Aclaro que su casa está siempre limpia. Jodidamente ordenada, pero no hay nada sospechoso. ¿Quizá porque los secretos estuvieran escondidos en aquel trastero?

El juego de ganzúas me tembló en la mano. Que sepa abrir una cerradura no significa que sea ducha en hacerlo. Por suerte no pasó nadie y unos minutos más tarde puede alzar la persiana con un ruido espantoso que me erizó los vellos.

Dentro hacía calor y olía a humedad.

Reconozco que me decepcionó. Un par de cajas, una de cartón corriente y la otra de plástico transparente era todo lo que contenía aquel trastero. Empecé por esa ya que desde fuera veía que eran documentos.

Oí pasos. Me detuve. Un pescador anciano pasó por delante del trasero y me saludó con un movimiento de cabeza para seguir adelante. ¿Estaba siendo demasiado imprudente? Me di prisa en analizar las carpetas marcadas con etiquetas: «contabilidad clínica», «pagos C», «préstamos». También papeles de su mujer, como un testamento y una escritura de compraventa. Ojee lo que había dentro y correspondía con el título de la carpeta. Nada sospechoso.

Empecé a desesperarme.

Cuando dejé la última y la cerré estaba convencida de que aquel viaje no había servido de nada y de que el monstruo se acababa de llevar algo importante.

Abrí la otra, la de cartón y miré dentro. Más papeles. No es que esperase una confesión, pero al menos un pendrive, un disco duro, algo que contuviera pruebas sólidas contra él.

De nuevo facturas, las escrituras de la casa y...

Encontré un cuaderno. Tapas marrones muy gastadas. De nuevo miré hacia la calle, como si el monstruo pudiera aparecer de improviso, quizá para calmarme. Solo entonces lo abrí.

En la primera página había escrito un nombre con letra femenina: Laura.

Me quedé un segundo sin respirar, pero pude reaccionar. Si Daniel volvía, pensaría que le habían robado unos pillos de la zona, pero si solo faltara el cuaderno se pondría en alerta y todo esto se podría venir abajo.

Metí las dos cajas en el maletero del coche, bien al fondo para que no se vieran, cerré el trastero con cuidado y conduje hasta casa con el corazón acelerado, tanto que estuve a punto de salirme de la carretera.

Aparqué como siempre, dos calles más allá, para que el monstruo no pudiera vincular ese coche conmigo. Dejé las cajas en el maletero y me llevé el cuaderno.

Ya en casa, con las persianas bajadas y la llave echada a la puerta me puse a leerlo.

La letra de Laura es pequeña, apretada, ligeramente inclinada hacia la izquierda.

Las primeras páginas eran banales. Trozos de su vida cotidiana. Una visita de sus padres en Madrid. Un viaje a Marrakech con el monstruo. Un cumpleaños sorpresa en Conil.

Pero a partir de la página cuarenta, algo cambió.

La letra se apretaba aún más. Las entradas eran más cortas. Algunas de una sola línea, escritas en mitad de una página con la fecha en mayúsculas en una esquina.

«27 de noviembre. Hoy ha vuelto a hacerlo. Esta vez con la puerta del coche. Me ha pillado el brazo. Dice que ha sido sin querer.»

Apreté el cuaderno. Tuve que cerrarlo un momento y respirar antes de abrirlo de nuevo.

«12 de diciembre. Una excursión a la Torre del Tajo. Yo le he dicho que no me apetecía, pero me ha convencido, como siempre. Cuando hemos llegado al mirador me ha cogido por el codo, con fuerza, para que yo observara lo que él aseguraba que era un delfín. ¿Se puede acaso ver un delfín desde allí arriba? El dolor en el codo me ha hecho gritar. Me he quejado. "Nunca haces lo que quiero". Esa ha sido su respuesta»

«5 de enero. Anoche. Volví tarde porque cené fuera. Él me esperaba en el salón, a oscuras. No me gritó. Si lo hubiera hecho habría sido más sensato. Solo me preguntó por qué no había llamado. Diez veces. Diez veces la misma pregunta. No le ha servido ninguna de mis respuestas. Con la última entendí que la única correcta era no volver a hacerlo.»

Tuve que levantarme. Fui a la cocina. Me bebí un vaso de agua. Regresé.

«2 de marzo. Hoy he visto la expresión de su rostro cuando cree que no le miro. Estaba en la cocina cortando una cebolla. Entré sin que me oyera. Daniel tenía la mandíbula apretada de una manera que no le había visto jamás. ¿La de un maltratador antes de asentar el golpe? Cuando se dio cuenta de que yo estaba allí, la cara se le ablandó en un instante, me sonrió y me preguntó si añadía tomate. Le dije que sí. desde entonces no se me borra su expresión»

«18 de abril. Hoy he pensado en largarme, dejarlo todo y abandonarlo. He llegado a hacer una lista mental de lo que me llevaría. Pero entonces ha venido su amigo a cenar y me ha mirado de una manera que me ha dejado claro, sin que él dijera nada, que

siempre sabe lo que estoy pensando, antes incluso de que se convierta en una intención.»

Seguí leyendo.

«30 de mayo. Anoche cerré la puerta del baño con pestillo. Él intentó abrirla y cuando comprendió que no era posible se quedó del otro lado, hablando durante más de una hora con esa voz tranquila, contándome cosas absurdas de su día a día. Como si su mujer no se acabara de encerrar en un baño para que no la toque.»

«14 de junio. Si me sucediera algo, quiero que sepas que llevo un año teniendo miedo. Un año aprendiendo a no pedir lo que necesito, lo que quiero. Un año mirando hacia el suelo cuando entra. Un año contando las veces que el coche toma una curva más cerrada de la cuenta.»

Pasé las páginas. Quería llegar al final. Quería ver qué había escrito Laura en las últimas horas antes del accidente.

La última entrada era de cuatro días antes de que la encontraran en la cuneta.

«23 de agosto. Me voy. No lo soporto más. El jueves Daniel tiene guardia. Aunque el camino sea más largo pienso llegar a Málaga y desde allí tomar un tren a Madrid. Ni siquiera tengo ya el piso de mis padres. Hoy mismo voy a dejar este diario en el trastero, en Barbate. Creo que ni se acuerda de que lo alquiló para mis cosas. ¿Qué cosas? Ya no tengo nada.»

Cerré el cuaderno y me quedé mirando la portada de cuero gastado.

Había tomado café con esa mujer pensando que, de alguna manera, su silencio era cómplice, y resultaba que era otra de sus víctimas. Quizá ese accidente la salvó y la pérdida de memoria logró que no acabara como las demás.

En ese mismo instante tomé la determinación de que debía buscar la manera de que ella lo entendiera, de que ella vislumbrara

al monstruo que tenía a su lado. Había llegado la hora de sacar esa fotografía.

CAPÍTULO 36

LAURA

Ahora.

Atravieso la doble puerta metálica de mi casa, estaciono frente al garaje y me quedo sentada al volante, con la vista al frente y una sensación amarga en la boca.

Si de algo empiezo a estar segura es de que alguien está jugando conmigo y esa persona no puede ser otra que Daniel. Todo lo demás son fantasmas, imágenes que mi mente enferma se empeña en proyectar. Pero Daniel... Daniel es de carne y hueso y es el tipo de hombre que jamás se acercaría a una mujer como yo.

¿Por qué entonces todos se empeñan en decir que éramos felices?

No sé cuántos minutos transcurren antes de que vuelva a la realidad y solo entonces caigo en que no he pasado por la playa, no he tomado el sol. A la mierda la coartada.

A la mierda todo.

Abro la puerta del coche. La rodilla me molesta, pero no es nada alarmante. Consigo sacar una pierna ayudándome con las dos manos. Me giro y manipulo la otra. Esta es más difícil porque no puedo apoyar la que tengo dañada.

—Espera, te ayudo.

Hacia mí viene Vera, quitándose los guantes de jardín y metiéndoselos en el bolsillo de atrás. Tiene tierra en las rodillas y el pelo recogido con un pañuelo que le da aspecto de guerrillera.

—Es la primera vez que cojo un coche desde... —No termino la frase.

—Eres valiente. —Es hábil manipulando mi articulación. Como si lo hubiera hecho antes—. Hay personas que jamás vuelven a subirse a uno de estos trastos después de un accidente como el tuyo.

Así que lo sabe. Lo del accidente. ¿Qué más sabrá? La miro mientras me pasa una mano bajo el brazo para ayudarme a incorporarme. No sonrío, no parece una mujer complaciente, pero hay algo en ella que me hace sentir que no necesito fingir.

Cuando está segura de que me puedo mantener de pie, se aleja para abrir la puerta trasera, saca las muletas y me las tiende.

—¿Un café? —Señala su casa—. Te ofrecería una cerveza, pero supongo que con la medicación sería peligroso.

Dudo un segundo. Miro mi casa. Vacía. Silenciosa. Perfecta.

—Un café suena bien.

Vera me adelanta tras comprobar que me apaño con las muletas. Cuando atravieso el portalón de su finca, me sorprende lo cuidado que tiene el jardín. Parterres con hierbas aromáticas, un huerto al fondo, macetas de barro con geranios que parecen llevar ahí más tiempo que ella.

—Por aquí. —Ya ha abierto la puerta de la vivienda—. Siéntate donde quieras mientras lo preparo.

Entro. No hay distribuidor, sino una planta diáfana, más pequeña que la casa donde vivo, y donde nada está en su sitio.

Este desorden, tras varias semanas habitando una casa donde nada queda fuera de lugar, es casi un grito de esperanza. O al menos la prueba de que la naturaleza sigue su curso sin dejarse doblegar.

Observo con mayor atención. Hay revistas y periódicos aquí y allá, libros a medio leer en esta y aquella mesa, varias tazas de café frío, sin terminar, los cojines del sofá en el suelo, la bandeja con el desayuno a medio comer aún sobre el escritorio.

Miro hacia el jardín. Impoluto. Luego, alrededor. Parece la casa donde habitan tres adolescentes irresponsables. No puedo evitarlo:

—¿Tienes hijos?

—No. —Lo dice desde la cocina, donde desde aquí puedo ver cómo los platos sucios se apilan en el fregadero.

Me siento en el sofá. Su estructura ha tenido tiempos mejores y lo cubre una tela con un elefante impreso al estilo indio. Vuelvo a mirar alrededor. El desorden puede leerse como la mente humana. Solo hay que saber qué se busca.

Más revistas y periódicos viejos apilados en las sillas. No son revistas de moda ni suplementos dominicales. Son recortes. Carpetas con etiquetas de colores. *Post-its* amarillos pegados en el borde de la mesa. Libros abiertos con párrafos subrayados. Fotos que han salido de una caja y que nadie ha vuelto a guardar.

¿No me dijo que llevaba aquí poco tiempo? Muchas de estas cosas deben de ser de los dueños que se la han alquilado.

—No te he puesto leche. Solo edulcorante.

Me gusta amargo, pero no digo nada. Cojo la taza. Está demasiado caliente.

Vera se sienta en el sofá de enfrente. Cruza las piernas. Me mira con esa franqueza suya que no admite preliminares.

—Me lo contó la chica del supermercado. —Señala mi pierna—. Lo de tu accidente.

Un supermercado al que nunca he ido. Está claro que debo retomar mi vida habitual, fuera la que fuese.

—Los pueblos pequeños —digo.

—Aquí todo se sabe. —Sonríe, pero es una sonrisa que no llega a los ojos—. Todo menos lo que importa.

Dejo la taza sobre la mesilla que tengo a la izquierda. Y entonces la veo.

Una fotografía enmarcada. Una mujer joven. Se parece mucho a Vera: la misma estructura ósea, la misma frente ancha. Pero más joven. Más delgada. Quizá demasiado. Cabello largo, rubio y muy rizado que el viento mueve. Está en bañador, pero se cubre con una cazadora oscura. Al fondo, una playa. Tiene una sonrisa preciosa.

La miro un momento antes de hablar. No quiero parecer indiscreta, pero hay algo en esa foto que me atrae de una forma que no sé explicar.

—Aquí estás estupenda.

—Es mi hermana.

—Os parecéis.

—Ella era mucho más guapa que yo. —Lo dice sin autocompasión. Como un dato.

Me acerco un poco a la foto. Alguien la está abrazando por la cintura. La mano que la sujeta sale del borde. Solo se ve la muñeca, el reloj.

—¿Qué edad tiene ahí?

—No había cumplido los veinticuatro. —Vera coge su taza. Le da un sorbo largo. La deja. No me ha quitado los ojos de encima—. Estudiaba Medicina. Era la inteligente de las dos. Yo soy la terca.

Hay algo en su forma de usar el pasado que me aprieta el estómago.

—Estoy aquí por ella —añade.

—No pretendía remover malos recuerdos.

—No lo has hecho. —Pausa. Me mira como si estuviera decidiendo cuánto contarme—. Doira desapareció hace unos años. Mi familia... lo que queda de ella no ha podido reponerse. Una de las razones por las que estoy aquí es para intentar descubrir qué pasó.

Doira.

El nombre se queda flotando en el aire. No lo he oído antes. O sí. No lo sé. Pero algo en la forma en que Vera lo pronuncia —espacio, como quien pisa un suelo que podría romperse— me dice que es un nombre que lleva años pesándole.

—¿La policía no investigó?

—Fue una época complicada. Varias chicas desaparecieron por la zona. Eran otros tiempos. —Se detiene. Mira su taza—. No quiero amargarte el día con mis historias tenebrosas.

—No lo haces.

Nos miramos. Quiero preguntarle más sobre esas chicas, sobre su hermana. Un escalofrío me recorre la espalda. Debe de haber una ventana abierta. Diciembre se acerca y el frío empieza a colarse en La Janda.

Varias chicas desaparecieron por la zona.

La frase no sale de mi mente. Es como un eco, como si aquello no me fuera ajeno, pero soy incapaz de encontrar el sonido matriz, el que daría significado a aquellas palabras.

Cuando voy a preguntarle, Vera se pone de pie. Su rostro se ha vuelto gélido. Tengo la impresión de que la única razón por la que me ha invitado a pasar ha sido para que descubra la fotografía de su hermana.

—Espero que el café te haya sentado bien. —Está claro que es una despedida—. Debo volver al huerto. Cuando crezcan las berenjenas, te llevaré una bolsa.

Nos despedimos en la puerta. Estrecha mi mano con las suyas. Cálidas. Ásperas de la tierra.

Cruzo la calle hacia mi casa manejando las muletas con cierto tino.

Y entonces me detengo.

Miro hacia atrás. La puerta de Vera ya se ha cerrado. Pero la imagen de la foto sigue en mi cabeza. La chica en la playa. El pelo rizado. Y la cazadora.

Hasta este preciso instante no he reparado en ella. Doira, la joven de la foto, es demasiado deslumbrante como para fijarme en algo más que en sus ojos y su pelo, pero la imagen invade mi mente, como si me ahogara en el mar.

No era una cazadora cualquiera. Negra. Con capucha. Con una cremallera lateral que no es común. El tipo de prenda que recuerdas porque tiene un detalle que la hace distinta.

Subo las escaleras de mi casa más rápido de lo que las muletas me permiten para no esperar al ascensor. Entro en el dormitorio. Abro el armario.

Mi lado es el de la izquierda. Allí es donde está mi ropa ordenada por colores, de los blancos a los negros. De los rosas a los celestes.

Al fondo, colgada entre un abrigo gris y una chaqueta de punto, hay una cazadora negra. Con capucha. Con una cremallera lateral.

La descuelgo. La miro. La acerco a la luz de la ventana.

No es mía, pero no puedo estar segura de algo así. Es la única prenda de mi armario de una talla más grande que las demás y tiene ese desgaste suave en los puños que solo se consigue después de años de uso. Huele a suavizante, como todo en este ropero, pero debajo del olor químico hay algo más, algo que el lavado no ha borrado del todo.

Sal. Arena. Y el fantasma de un perfume que no es el que está en mi baño.

La vuelvo a colgar exactamente donde estaba, entre el abrigo gris y la chaqueta de punto.

Me siento en la cama. Miro la puerta del armario cerrada.

La hermana de Vera se llamaba Doira. Estudiaba Medicina. Desapareció hace unos años. Y en la foto llevaba una cazadora idéntica a la que cuelga en mi armario.

Puede ser una coincidencia.

Hay miles de cazadoras negras con capucha en el mundo.

Pero ninguna de ellas debería estar en el armario de una mujer que no la recuerda, tres semanas antes de que esa mujer perdiera la memoria.

CAPÍTULO 37

LAURA

Ahora.

Avanzo hasta la cocina y lleno un vaso de agua hasta el borde. Me lo bebo de un trago. Tomo aire. La pierna. La jodida pierna. Me siento en la silla y apoyo los codos en la mesa.

Necesito poner orden en esta jodida cabeza. Necesito ver todo lo que tengo delante, separar lo que sé de lo que imagino, lo que es una prueba de lo que es una simple paranoia de una mujer enferma.

Enumero los hechos irrefutables, los que no albergan dudas:

Uno. Daniel y yo estamos casados; lo atestiguan las fotos, los médicos y mi ropero lleno de ropa. No encuentro una explicación a algo así, pero todo indica que es cierto.

Dos. Tuve un accidente de coche del que salí malherida. Mi pierna da fe de ello. ¿Fue casual? ¿Una curva mal tomada? ¿Un fallo en los frenos? Por ahora, dejémoslo en un interrogante.

Tres. He perdido varios años de memoria. No sé cuántos. Sospecho que no hay una línea divisoria. Debe funcionar de otra manera. Esto me genera una sensación de inseguridad que aún no sé cómo controlar.

Cuatro. Daniel me cuida con una devoción que no admite fisuras. Es como... como si de verdad me amara. ¿Es eso posible? En el fondo de mi corazón quiero creer que es cierto. Mi mente intuitiva me dicta que solo es un buen actor con un objetivo oscuro.

Cinco. No puedo sacar conclusiones de algo que no las tiene: una nota caída de una carpeta médica, una cazadora de las que

debe de haber miles, un trastero vacío, los mensajes borrados de mi teléfono.

Esas son mis certezas, y al repasarlas me doy cuenta de que la mayoría de ellas lo son a medias. Lleno de nuevo el vaso, pero esta vez solo le doy un sorbo.

Hago ahora la lista de mis sospechas. ¿O debería decir de mis paranoias?

Uno. Daniel no dice la verdad. No sé qué es; ignoro a qué se debe, pero hay un fino desgaste en su apariencia perfecta que a veces me deja vislumbrar esa oscuridad, esa otra cara que me da miedo.

Dos. Mabel me advirtió sobre él. ¿Por qué? Este es un callejón sin salida que no logro entender.

Tres. ¿Mujeres desaparecidas en esta misma zona? La hermana de Vera, Doira, fue una de ellas y la cazadora que está colgada en mi habitación...

Sacudo la cabeza para apartar las ideas absurdas. Por un momento la cocina me da vueltas, pero cierro los ojos y logro detenerla. ¿Me he dado excusas para no hacer nada? Que los mensajes se borraron solos. Que hay miles de cazadoras negras con capucha. Que los médicos reciben llamadas a deshora. Que tengo una lesión cerebral y que las personas con este problema construyen narrativas de desconfianza. Que soy una paranoica. Que debería confiar en mi marido. Que debería dejar de buscar lo que no existe.

El timbre de la puerta me saca de ese agujero. Solo entonces recuerdo que hoy toca Marcos.

Aprieto los ojos y me masajeo las sienes para quitarme toda esta mierda de la cabeza antes de abrir.

La articulación vuelve a molestarme. Hoy le he metido demasiada caña. Me desplazo hasta el vestíbulo. Las muletas me pesan. La pierna es un peso muerto que odio en este momento.

Cuando abro, Marcos está ahí. Camilla portátil y sonrisa en el rostro.

—Pensé que no había nadie.

Aparto la mirada y lo dejo pasar.

—Estaba en la cocina.

Me sigue hasta el salón. Noto sus ojos en mi nuca. La sonrisa que me sale es una mierda.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Te veo un poco pálida.

—Necesito sol.

—Pues de eso aquí sobra incluso en invierno y aún no has bajado a la playa.

Ha desplegado la camilla. Recuerdo que Daniel volverá en un par de horas y lo primero que me preguntará será qué tal mi día tumbada en la arena, y yo no sabré qué decirle. Me froto las manos. Nerviosa.

—¿Podemos hacer la sesión de hoy un poco más breve? Quiero tumbarme un rato.

—A sus órdenes. —Hace un gesto militar cómico. La sonrisa le llega a los ojos.

Me dejo la sudadera, me quito los pantalones y sigo sus instrucciones mientras él se frota las manos para calentarlas.

Al primer contacto con mi piel me estremezco.

No por el frío; es otra cosa, algo que ya he sentido antes y que cada vez me cuesta más ignorar.

¿Hasta dónde puedo fiarme de él? Quizá sea hora de averiguarlo.

—Así que tú y yo nos conocemos.

Sus manos no se detienen en mi pantorrilla. No hay nada que me indique que la pregunta le ha incomodado.

—No he dicho eso. Solo que nos vimos alguna vez.

—¿Y qué pensabas de mí?

Me mira. Intenta adivinar si es una pregunta capciosa o si tengo ganas de bromear.

—No te gustará si te lo cuento.

—Prueba.

Me mueve la articulación. No aparta la vista de ahí. Profesional.

—Pensaba que eras otra pija de Madrid que venía a vivir una aventura andaluza. —Alza una mano—. Ya no pienso eso. Pero puedes despedirme si lo crees necesario.

Así que ha decidido que la conversación va en tono cómico. Quizá me venga bien.

—¿Y qué te parecíamos Daniel y yo? Y no me digas que dos pijos madrileños.

—No sé. —Se encoge de hombros—. Buena gente.

—Eso es poco concreto.

Vuelve a mirarme. Noto que la conversación le incomoda. No me extraña. Daniel le paga cada semana y ha tenido que aprender que la mujer de la casa grande en San Ambrosio es impredecible.

—Él siempre parecía atento, pero distante. Tú más bien... —Me mira un momento. Fugaz. Desvía los ojos—. No soy bueno para esto.

—¿Más bien qué?

—No sé. Servicial.

La palabra me sorprende. No hay en mí nada servicial. Soy luchadora. Problemática. Una persona difícil, incluso. ¿Servicial? La Laura que yo recuerdo jamás fue servicial con nadie.

Pero la Laura de antes del accidente —la de los catorce kilos menos, la de la ropa rosa— quizá sí lo era.

—¿Que estaba pendiente de él, quieres decir?

Veo cómo aprieta las mandíbulas.

—Pendiente de las migajas que él quisiera darte. —No me mira al decirlo. Cambia de tema sin disimular—. Tienes los músculos mucho mejor. Las muletas te han venido bien.

Pendiente de las migajas que él quisiera darte. La frase se queda resonando como si fuera una tela de araña que acabara de convertirme en su presa. Le doy tiempo. Presionar es un arte. Hay que tirar y aflojar. Tirar y aflojar. Pasa a mi cuádriceps.

—¿Conoces a Vera, mi vecina?

—De oídas.

—¿Qué sabes de ella?

Esta vez frunce las cejas al mirarme. Intenta que suene desenfadado, pero detrás están las notas de la extrañeza.

—Esto parece un interrogatorio. ¿De verdad que no te acuerdas de nada?

Soy yo la que sonrío ahora.

—Eso es lo que tiene la amnesia —aprieto—. Tú te mueves de casa en casa. Seguro que la gente comenta.

—No sé. —Se le escapa un bufido—. Dicen que busca a su hermana. La que desapareció.

Las noticias vuelan. Incluso aquí.

—¿Conocías esa historia?

Sé que lleva aquí unos pocos años. Es demasiado joven para haber conocido a la chica de la foto. Pero en los pueblos pequeños las historias se heredan como los muebles.

—De eso hace mucho tiempo. —Sus manos trabajan con un ritmo que se ha vuelto mecánico—. Aquí en invierno no hay nadie, ya te habrás dado cuenta, y la gente tiene que hablar de algo que no sea la política ni el trapicheo.

Aparta las manos. Se las seca con papel de cocina y me retira los restos de crema de la zona donde ha trabajado.

—El martes no podré venir. —La conversación ha terminado. Lo noto en la forma en que recoge el material: más rápido que de costumbre, sin el orden habitual—. Y creo que ya podemos bajar el número de sesiones. Dos a la semana. Quizá una.

Ya no intenta ayudarme a bajar de la camilla. Lo he rechazado todas las veces anteriores. Esta vez no me habría venido mal.

La pliega. Yo me encasqueto los pantalones y lo acompaño hasta la puerta guiada por las muletas. Está serio. No recuerdo haberlo visto así. Me he pasado. Siempre termino pasándome.

En la puerta me detengo. Él ya tiene un pie en el escalón.

—Marcos.

Se gira.

—¿Cuál fue la primera impresión que tuviste de mí?

No es la pregunta que esperaba. Lo sé por la forma en que se detiene y me mira como si la respuesta fuera algo que lleva tiempo guardando y que ahora tiene que decidir si soltar o no.

Traga saliva.

—Que necesitabas ayuda.

Tres palabras. Las dice mirándome a los ojos. Sin la sonrisa fresca. Sin el tono de broma. Con algo debajo que no sé nombrar,

pero que me aprieta el pecho.

Se marcha. Sin más. Sin despedida. Sin el chiste sobre las olas de siempre.

Me quedo en la puerta. Desde el otro lado de la calle, Vera detiene su trabajo en el huerto un instante. Me mira. Yo la miro a ella.

Dos mujeres que están buscando algo. Ella sabe qué es. Yo todavía no.

Pero lo que Marcos acaba de decirme —«que necesitabas ayuda»— no es la observación de un fisioterapeuta que evalúa a una paciente nueva.

Es la observación de alguien que ya me conocía.

Y que sabía exactamente de qué necesitaba salvarme.

CAPÍTULO 38

MARCOS

Paro en la gasolinera de Cantarranas a tomarme un café. Un tío que viene por aquí me hace precio en el tabaco y, de paso, lleno la furgona. No fumo. Eso de fumar es una mierda, pero me saco un dinerito vendiendo cajetillas cincuenta céntimos más baratas. La idea es bajar a Los Caños y darme un chapuzón antes de volver al trabajo. Hecho horas en una clínica. Dos cursos de seis semanas no te convierten en fisioterapeuta, aunque eso es lo que ponga en mi tarjeta.

La veo en cuanto saco la manguera y se la enchufo a mi furgoneta.

Está en el surtidor número dos, el que está al otro lado. Pedazo de carro. Un Mercedes negro de alta gama. Pedazo de tía.

Está de pie junto al depósito, la portezuela abierta y la manguera en la mano. Como la vez que la vi en la playa, lleva el pelo recogido en una coleta floja y el vestido se le pega a las caderas.

Sé que se llama Laura. Me crucé con ella en la playa, con ella y con el nota con el que sale, al menos eso me dijo el camarero del Ohana. Hace meses que no la veo. De hecho, se me había borrado de la mente. Vaya con el universo.

No disimulo. Si te gusta una tía, hay que ir a por ella. Pero parece concentrada en la pantalla del surtidor, la mierda moderna que han instalado para que paguemos sin acercarnos al mostrador.

Por lo que veo tiene problemas para pagar porque saca la tarjeta y la mete varias veces.

—¿Te ayudo? —le pregunto cuando mi depósito está lleno.

Ella alza la mirada y me ve por primera vez. Sonríe. Me gustan las tipas maduras.

—Por favor —dice—. No entiendo este cacharro.

—Están hechos para jodernos.

No me preocupo por quitar mi furgona de aquí. Será solo un momento. Cruzo al otro lado. Qué bien huele. Me tiende la tarjeta y sigo los pasos. Al momento se enciende la luz verde. Ella suelta un suspiro.

—Listo —se la devuelvo—. Ahora puedes echar gasolina. ¿Cuánta?

Me clava la mirada.

—Lleno.

No se mueve, así que le quito la manguera y se la enchufo al cochazo. La dejo pinchada para que escupa gasolina hasta que no quepa más.

Ella mira alrededor. Parece un poco incómoda; seguro que se pregunta por qué soy tan amable.

—No es tu coche —lo digo por decirlo, por hablar de algo.

—No.

—¿De tu novio?

Voy directo.

—De mi marido —me aclara.

Vale, me acaba de marcar un límite, pero los límites solo están hechos para cruzarlos, así que no le presto atención.

—¿Y tú no tienes coche?

—Daniel insiste en comprarme uno. Tampoco es que lo necesite demasiado. La casa es grande, la playa está cerca y él es el que hace la compra antes de volver de Cádiz.

—Yo estaría loco sin uno y tengo que decirte que te estás perdiendo muchas cosas.

Sonríe y mira alrededor. La gasolinera está en un cruce. La playa de El Palmar al frente. El pinar de Las Breñas a un lado. Me gusta porque es un sitio tranquilo.

—Pero hoy he tenido un día raro —dice ella sin mirarme—. Necesitaba conducir, así que he cogido el suyo.

—¿Sin permiso?

Ladea la cabeza y se encoge de hombros. ¿Problemas en el paraíso? Las mujeres son más accesibles cuando están insatisfechas con sus parejas.

Esta vez soy yo el que sonrío, le busco los ojos hasta que me clava la mirada. No es un espectáculo de mujer, pero es del tipo que me gusta.

—Pues bien hecho. La gente que pide permiso para todo se aburre pronto.

—Eso pensé yo.

Nos reímos. El contador va loco en la pantalla. Este trasto traga más que yo. Tengo la sensación de que la tengo a punto de caramelo. Solo un empujoncito más y me come en la mano.

Una campanilla nos indica que el depósito está lleno. Cuelgo la manguera, espero a que salga el *ticket* y se lo doy mientras pienso en algo ocurrente que me dé pie a...

—Tú estabas en el Ohana este verano. En agosto, creo.

Joder, se acuerda de mí. Vacilo un poco.

—Es... Puede ser. Yo paro por allí a menudo.

—En la mesa de enfrente, comiéndote un bocadillo. Tenías la tabla de surf apoyada en la silla.

—Igual.

—¿Nos miramos?

Trago saliva. ¿Me está vacilando? Esta vez soy yo el que mira alrededor.

—Yo miro a mucha gente —contesto—. Es lo que hago en la playa.

Hincha de aire uno de sus mofletes. Es una mueca simpática que me hace sonreír. Guarda la tarjeta en el bolso y, sin despedirse, se da la vuelta hacia el coche.

Mierda, se me escapa. Me paso una mano por el pelo.

—Vale —digo un poco a la desesperada—. Te miraba. Eres una mujer guapa. Es lo que pasa con las guapas, ¿no?

—Eso te ha quedado adulador. —Al menos se detiene y me sonrío—. Nunca he sido guapa, quizás interesante. Eso dicen. Eso dijo Daniel cuando nos reencontramos.

Tengo la sensación de que me está analizando. Daniel es el marido, de eso también me acuerdo. Vuelve sobre sus pasos para colocarse a mi lado.

—Dicen que a los hombres como tú las mujeres interesantes les duran más en la cabeza que las guapas. ¿Es eso verdad?

—¿Los hombres como yo?

Me mira de arriba abajo.

—Surfista guapo y sin trabajo fijo. Diez o doce años más joven que yo. Con una furgoneta camperizada para tener una cama en cualquier parte y la pinta de tener algunas cosas pendientes.

Me entra un escalofrío por la espalda. Lo cierto es que lo ha clavado. ¿Todo eso se ve en mí en una sola mirada? Me cruzo de brazos.

—¿Y qué eres tú?

Juega con su pelo, retorciendo la coleta, y con el bajo del vestido, que me enseña la parte alta del muslo.

—Yo soy una mujer recién casada con un marido que trabaja demasiado, una casa enorme y muchos días por delante en los que no sé qué hacer.

—Suená aburrido.

—Es aburrido.

Estoy un poco confundido. Juraría que yo era el lobo y ella la oveja, pero empiezo a tener la impresión de que la que enseña los dientes es ella. Me apoyo contra el surtidor. Joder, qué bien huele. A limpia, a costosa, a problemas.

Ella hace otro tanto contra su coche y, al cruzarse de brazos, el pecho le sube y se le asoma por el escote.

—¿Cómo te llamas?

—Marcos.

—Yo Laura.

Voy a darle un par de besos. Quizá alguno más, pero ella no se mueve y me corto.

—¿Sueles ir a la playa de los Alemanes? —me pregunta.

No es de mis preferidas. Demasiados pijos.

—A veces.

—¿Mañana?

Hostia puta. Es más directa que yo. Se me pasa por la mente que me esté confundiendo y esto sea solo un gesto de cordialidad. A la mierda la cordialidad. Aquí hay tema y me lo voy a comer.

—Mañana es jueves —le respondo.

Ella se aparta un cabello de la boca. Bonitos labios. Sonríe.

—Todo esto te parecerá muy raro —me lo parece—, pero acabo de mudarme, no tengo amigos por la zona y mi marido está de viaje. —Se encoge de hombros—. He pensado que igual te apetecía tomar algo y después darnos un baño.

Lo dudo. Joder, estoy deseando tirármela y lo dudo. Y es que no estoy acostumbrado a que una tía lleve la iniciativa.

—¿Y qué pensará tu marido si se entera de que vas a tomar algo conmigo?

Laura repite ese gesto suyo, ladeando la cabeza e hinchando apenas las mejillas.

—¿Tú le contarías a tu novia todo lo que haces?

Sabe por dónde va.

—No tengo novia.

—Pues mejor. Mañana a las once y media.

Sonríe y se sube en el coche. El motor es una maravilla cuando arranca. Pasa por mi lado y ni siquiera me mira.

Me descubro viéndola alejarse como un pasmarote. Pedazo de mujer. ¿A que me enamoro? Pero recuerdo que no se come en los platos de otros. Eso siempre trae problemas.

Muchos problemas.

Lo que sí se puede hacer es picotear un poco. Solo un poco.

CAPÍTULO 39

LAURA

Ahora.

Daniel regresará a casa de un momento a otro, así que me doy una ducha bien caliente mientras en mi cabeza las últimas palabras de Marcos martillean con insistencia: *Que necesitabas ayuda.*

Ha sido un día intenso: el trastero, la conversación con Vera, la visita de Marcos. Demasiadas cosas como para mantenerme calmada delante de Daniel. Como para intentar convencerlo de que el de hoy ha sido un pacífico día de playa disfrutando de los rayos de sol del invierno en La Janda.

La cabeza me zumba. Está llena de *flashes*, como si algo me deslumbrara. Es como si corriera detrás de un tesoro que se aleja cuando estoy a punto de alcanzarlo.

Necesito que alguien me ayude, alguien en quien pueda confiar, y eso no me pasa con ninguno de los que tengo alrededor.

En la ducha me siento torpe. Soy una inválida. La agarradera de la pared me permite mantenerme en pie mientras me enjabono con una sola mano. El vapor me enrojece la piel, imitando torpemente los efectos del sol. Durará poco, pero quizá baste.

Me pongo una falda negra y vaporosa y una sudadera del mismo color. Con esto me siento mejor. Más yo. La Laura que recuerdo vestía así: oscuro, funcional, invisible. Nada que ver con la Laura del armario de colores pastel.

Cuando salgo del ascensor en la planta baja, choco con el cuerpo de Daniel.

—Creía que aún estarías en la playa.

—No he querido abusar del sol.

Me observa. Sonríe.

—Has cogido color.

Aparto la mirada.

—Esta vez pongo yo la mesa. —Me dirijo a la cocina dándole la espalda.

—Ya la he puesto yo. En el jardín. Hace un buen día para ser invierno. Aprovechemos antes de que refresque y sea imposible comer fuera.

¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Me habrá escuchado mientras me duchaba? ¿Por qué no ha subido?

Lo sigo hasta el exterior. El día está demasiado bonito para lo que está pasando dentro de mi cabeza. El porche nos protege del sol y la brisa es fresca, más que esta mañana. Nos sentamos a la mesa. Él me aparta una silla y yo dejo las muletas sobre otra.

—¿A qué playa has ido?

Sabía que me lo iba a preguntar. He mirado en el móvil las carreteras que van de aquí a la costa. Las playas de Los Caños son inaccesibles para una mujer con muletas. En las de Trafalgar hay que caminar un buen tramo por la arena. El Palmar es la mejor opción, pero prefiero ser imprecisa a menos que insista.

—No sé el nombre. Supongo que era la más cercana.

Asiente. Toma un poco de ensalada y un sorbo de agua. No insiste.

—¿Cómo se ha portado la pierna?

—Creo que ya puedo ser bastante independiente. Aún necesito las muletas, pero no voy a volver a usar la silla.

—Tómatelo con calma. No debes precipitarte.

Odio que me digan lo que tengo que hacer. Y más con ese tono lacónico, cargado de buenas intenciones. Mi madre era de esas. Siempre tenía una orden en los labios. Mis dedos tamborilean sobre la mesa.

—¿Dónde fue mi accidente?

Daniel levanta la vista de su plato y me mira. Allí está otra vez: esa expresión imprecisa. Indescifrable. Es como un secreto al que le han puesto cerrojo.

—Bajando la carretera de La Breña. Era de noche. Se había desatado un temporal. En otoño es habitual.

Es la misma carretera que he usado para llegar a Barbate.

—¿Fue grave? Quiero decir, aparatoso.

Deja el tenedor sobre la servilleta.

—Pudiste matarte. Que salieras viva fue un milagro.

Lo dice sin énfasis. Como quien comunica un resultado rutinario. Pero sus ojos dicen otra cosa. Sus ojos dicen que ha pensado en esa noche muchas veces. Y que cada vez que lo hace aprieta las mandíbulas igual que ahora.

—¿Qué pasó ese día?

Se remueve en la silla.

—Álvaro me ha advertido que seamos prudentes con la información.

Mis dedos golpean la mesa. No es mi intención hacerlo con tanta fuerza, pero los cubiertos vibran, los platos entrechocan y suena a pequeña catástrofe.

—Si no me cuentas cómo era mi vida, dudo que pueda recordar nada, Daniel.

Él me evalúa. Su mirada se parece a la que tenía mi médico en mis días de ingreso. ¿Estoy mejorando? ¿Recuperando la memoria? ¿O lo que evalúa es mi estabilidad mental?

Se recuesta sobre el respaldo. Una mano sobre el mantel. La otra sobre su regazo. Abiertas. Como si quisiera demostrar que no esconde nada.

—Discutimos —dice al fin—. Cogiste el coche. Estaba lloviendo. Ya sabes cómo se pone el tiempo en esta zona. No debí dejarte marchar.

Cinco frases. Cortas. Medidas. El tipo de resumen que das cuando has eliminado todo lo que importa.

—¿Por qué discutimos?

Aparta la vista. Mira los pinos. La piscina. Cualquier cosa que no sea yo.

—No me acuerdo. Una tontería. Nada importante. Llevabas una mala racha. Estabas rara.

—¿Rara?

—Callada. Distraída. Con la cabeza en otra parte.

—¿En otra parte?

Aprieta la mandíbula. No se siente cómodo con esta conversación.

—Laura, a veces te comportabas de forma extraña, pero no es momento de hablar de aquello, ¿entiendes? Debes recuperarte. Son órdenes de tu neurólogo. Será mejor que terminemos con la cena.

Vuelve a su plato. No me va a contar nada más por ahora. Ya lo sabía antes de hacer la pregunta. Quizá mi intención no haya sido obtener una respuesta, sino ver de qué manera la esquivaba.

Voy un paso más allá porque tengo la intuición de que la única manera de forzarlo es sacándolo de quicio.

—Quizá debería ver a un abogado.

Su frente se frunce.

—¿Para qué?

—Quiero saber qué ha sido de mis cosas. De la herencia de mis padres. De mi piso en Madrid.

—Yo puedo...

—Prefiero que sea alguien objetivo.

Pierde la calma por primera vez.

No hay un grito. No hay un golpe en la mesa. No hay una palabra fuera de lugar.

Es su silencio.

Diez segundos de silencio en los que sus ojos helados me acuchillan. Diez segundos en los que veo al hombre que hay detrás del marido perfecto. No es violento. No es agresivo. Es algo peor. Es alguien que calcula. Que mide. Que decide qué respuesta le saldrá más barata.

Luego sonrío.

—Claro. Si eso te hace sentir más segura.

Seguimos comiendo. Ninguno dice nada. Los cubiertos contra los platos. El aire frío de principios de invierno. Una gaviota chilla a lo lejos.

Lo observo cortar su filete. Cuchillo y tenedor. Movimientos precisos. Cada trozo del mismo tamaño.

Y tengo la sensación de que mi mente empieza a aclararse.

CAPÍTULO 40

LAURA

Ahora.

Amanece un día frío, pero no quiero estar dentro de casa.

Cojo una manta y me tumbo junto a la piscina. Necesito tranquilidad. La pared que tengo a mi espalda me protege del viento de poniente. Parece que va a llover.

Vera está atareada con sus hortensias. La saludo, pero no me ve. Solo cuando entra en su casa cojo el móvil que he mantenido oculto entre los pliegues de la manta. ¿Por qué? Ni idea. No me fío de nadie. De nada.

Observo la pantalla y al jodido perrito. Me lo pienso. Sé que no es una buena idea, pero esta sensación claustrofóbica, esta idea de que vivo dentro de una confabulación, tiene que salir de mi cabeza de alguna manera.

Si busco a alguien imparcial que me ayude y que sepa de mí, de quién fui, ese es el abogado de mi padre. Ni siquiera lo dudo. Era el que se encargaba de sus asuntos. Él podrá ayudarme.

No tengo su número en el móvil, pero internet me lo proporciona al instante. ¿Manuel Arriaga? Creo que ese era el nombre. Incluso pienso que llegaron a ser amigos.

No es fácil que me pasen con él. Una recepcionista insiste en darme cita. Le explico mi situación y, solo siendo persistente, me pasa con un auxiliar que quiere tomar los datos de mi caso. Más explicaciones. Al otro lado, esa persona se arma de argumentos, pero yo no dejo de presionar. Al fin escucho la voz del hombre que busco.

—¿Laura Salamanca? —Es grave, ácida, diría, con un tono desagradable—. No pensé que volviera a interesarse.

La forma en que lo dice me deja perpleja.

—¿Interesarme en qué?

Hay un breve silencio.

—¿Seguro que es usted?

—Sería largo de contar, pero sufrí un accidente y tengo daños neuronales. Nada que me invalide para hablar con usted, por supuesto.

Esta vez el silencio es más prolongado.

—¿No hay posibilidad de que venga al bufete?

—Estoy en Cádiz.

—Eso es poco más de una mañana de viaje.

La jodida confidencialidad de los abogados. Intento que no note el tono urgente de mi voz. Le hablo de mi padre, de su carrera, de los problemas legales que él le resolvió. Intento parecer la hija perfecta.

—¿En qué puedo ayudarla?

Casi se me escapa un suspiro de alivio.

—La herencia de mis padres...

No me deja terminar.

—Fue liquidada como usted exigió y todos los bienes inventariados y vendidos —carraspea—. Eso quedó claro en nuestra última conversación.

No me acuerdo de lo que dice, pese a que de vez en cuando van apareciendo retazos del pasado. Ni siquiera sé cómo murieron. Creo que no procede preguntarlo.

—Supongo que ese dinero estará en una cuenta a mi nombre.

—Supongo.

No piensa decir una palabra más de lo necesario.

—¿Le pasa algo conmigo?

—No quiero ser irrespetuoso —su tono mismo lo es—, pero yo era un buen amigo de su padre y, como comprenderá, hablar con usted no es cómodo para mí.

Parece que me acusa de algo. A mí. Como si hubiera algo más importante en mi vida que ese hombre que fue su amigo.

Intento mantener la paciencia. Parecer una mujer dócil. Inofensiva.

—Pues no —artículo—. No lo comprendo.

—Su padre le dejó claro lo que pensaba de ese joven, el médico. Muy claro.

Aparto el teléfono. ¿Lo he escuchado bien?

—¿Qué tiene que ver Daniel en esto?

—¿Hay alguna posibilidad de que venga a Madrid? Estas cosas no se hablan por teléfono.

—Ahora mismo me es imposible —le digo la verdad—. Ya le comenté que tuve un accidente.

El abogado se lo piensa. Cruzo los dedos para invocar la suerte.

—Su padre sufrió mucho con su decisión de formalizar un matrimonio con ese hombre. —Su voz se ha vuelto aún más dura—. De hecho, algunos piensan que esa visita que le hizo su marido fue letal para él. Ya sabe que su corazón no estaba bien.

—¿Qué está queriendo decirme?

—Que tenga cuidado. —Baja el tono, se vuelve casi inaudible—. Ese marido suyo no es bueno para nadie.

Cuando cuelga, me quedo mirando el teléfono y una idea oscura, negra, empieza a abrirse paso en mi cabeza.

CAPÍTULO 41

MABEL

Si un jueves, a las seis y media de la tarde, buscas una plaza concurrida en Madrid: esa es Tirso de Molina.

Hay una boca de metro, tráfico, terrazas que a esa hora suelen estar llenas y es un lugar por el que pasear a los perros, así que es perfecta para lo que busco: testigos.

Si me lo hubieran contado hace cuatro meses, que iba a buscar testigos para terminar mi relación con un hombre, me hubiera reído a carcajadas. Llevo toda mi vida sacándome las castañas del fuego. Sí, quizá soy insegura, indecisa, pero me considero una mujer valiente. Sin embargo, hoy tengo miedo.

Quizá antes eran solo ideas locas que iban y venían. Casualidades con las que se obsesionaba mi mente, como un gato cuando coge un ovillo y no lo deja hasta que no se lo quitas de entre las garras. Pero desde el viernes pasado...

No fue una buena idea plantarme en Los Caños de Meca a darle una sorpresa.

Estaba cansada, es cierto. Después de toda una mañana en el hospital había cogido un tren a Sevilla, un bus hasta Conil y esperé un taxi para que me llevara hasta la casa de Daniel. Pasaban de las nueve de la noche para entonces.

Lo tenía bien planeado. Incluso había ensayado en el reflejo de la ventanilla del AVE: «Hola, sorpresa. Pensé que te apetecería verme, y aquí estoy».

Su coche estaba en el sendero y las luces de la planta baja encendidas. Fue un alivio. Si Daniel hubiera salido hasta tarde ya me

imaginaba sentada en una piedra con la mochila a un lado hasta que se le ocurriera aparecer.

Cuando llamé al timbre estaba nerviosa, hasta me sudaban las palmas de las manos, pero apenas tardó un minuto en abrir.

—Mabel.

Mi nombre en sus labios estaba exento de sentimientos. No, no era una expresión de sorpresa, ni de alegría, ni siquiera de profundo malestar. ¿Indiferencia? Podría ser.

Llevaba puesto un albornoz, y el cabello mojado indicaba que se acababa de duchar. No me dio un abrazo. No me preguntó qué diablos hacía allí. Ni siquiera se molestó en mostrarme que mi visita lo enojaba. Simplemente se apartó para dejarme pasar.

La frase que había ensayado dejó de tener sentido. Me sentí una estúpida. Yo y mis ideas Disney. No aprendía.

Tuve la intención de marcharme, pero algo cambió. Cuando se giró hacia mí ya estaba en sus labios aquella sonrisa imprecisa, como sin terminar de hornear.

—¿Qué te parece si me acompañas a cenar? Algo rápido. Estoy cansado.

¿No me preguntaba cómo se me había ocurrido presentarme allí sin avisar? Casi prefería que se enfadara conmigo por haber infringido una norma que desconocía a aquello. La mochila se me resbaló de las manos.

—Subo a vestirme. Cinco minutos.

Me dio un beso en los labios que no fui capaz de corresponder y subió a zancadas las escaleras, dejándome en el salón.

La sensación en el estómago era insoportable y me recriminaba tan a fondo haber llegado hasta allí que sentía la boca seca, como si no me quedara líquido en el cuerpo.

Fui hasta la cocina. Necesitaba un vaso de agua. Me temblaba la mano y tenía la sensación de que me había dado fiebre. Mi sistema nervioso y mis defensas están estrechamente conectados.

Antes de que pudiera llenar el vaso me fijé en algo, una especie de mancha, de salpicadura justo en el reflejo de la pared de enfrente que me devolvía el zócalo de acero pulido.

No le hubiera prestado atención de no haber sido por su color. Rojo. Rojo intenso. Rojo sangre.

Dejé el vaso a un lado y me agaché para mirarlo de cerca.

No tengo idea de ciencias forenses, pero parecía lanzada a presión, como cuando se secciona una arteria por la que circula sangre impulsada desde el corazón.

Alargué un dedo, fui a tocarla, pero temí que aquello delatara mi descubrimiento y tuve la suerte de poder levantarme a toda prisa justo antes de que Daniel apareciera en la cocina oliendo a colonia y con una de sus mejores camisas.

—¿Nos vamos ya? —El corazón me latía hasta dolerme—. Intentaré reservar por el camino.

El único recuerdo que tengo de aquella noche es que, de regreso a casa, mientras Daniel se cepillaba los dientes, bajé a la cocina para fotografiar esas salpicaduras... y ya no estaban. ¿Cómo era posible? ¿Quién las había limpiado? ¿Me lo había imaginado todo?

Él me llamó, extrañado de que no estuviera ya en la cama. Hicimos el amor, lo hizo él, más bien, y a la mañana siguiente le dije que debía regresar a Madrid. Que todo aquello había sido solo un gesto guiado por la necesidad de verlo.

Se lo tragó, me llevó hasta Conil y aguardó a que llegara el autobús, esperando en el andén hasta que desaparecimos por la avenida y él fue en busca de su coche.

Llamé a Laura en cuanto me bajé en Atocha, y se lo conté todo. A trompicones. Demasiado deprisa, tanto que varias veces tuvo que decirme que me calmara y empezara de nuevo.

—Mabel, tienes que dejarlo —me dijo—. Pero hazlo en algún lugar donde haya gente y, por favor, hazlo en Madrid. Ni se te ocurra bajar otra vez. ¿Me oyes?

Desde entonces apenas duermo por las noches. Y sí, he pensado en llamar a la policía, pero... ¿qué les voy a decir? ¿Que sospecho de mi novio por unas manchas que ya no existen? Lo único que tengo contra él es la palabra de una enfermera de treinta y muchos que no puede acabar su carrera de Medicina y lleva cuatro meses saliendo con el hombre perfecto.

Llevo diez minutos esperando en una de las terrazas más concurridas de Tirso de Molina. Este fin de semana él tenía que venir a Madrid, así que no se ha extrañado de que nos hayamos citado.

Y entonces lo veo.

Sube por las escaleras del metro con esa zancada elegante que hace que algunas mujeres se vuelvan hacia él. Camisa azul claro, arremangada hasta el codo, vaqueros, zapatos caros. Mira a un lado y a otro y entonces me ve, sonrío y se acerca.

Huelo su perfume antes de que llegue a mí y se inclina para darme un beso en los labios. Yo intento comportarme con naturalidad. La sonrisa está crispada en mi boca, pero soy incapaz de controlarla. Se sienta, pedimos, hablamos de cualquier cosa hasta que él fija su mirada en mí.

—¿Qué pasa, cariño? Has estado rara estos días.

Me toma la mano y yo la retiro despacio, haciendo ver que necesito beber. Daniel baja la barbilla. Sus ojos adquieren un matiz peligroso.

—Tenemos que dejarlo.

Lo digo así, sin introducción alguna, mientras aprieto el vaso para que la mano no me tiemble.

Él parpadea una sola vez, aunque su expresión no cambia.

—¿Cómo?

—Tenemos que dejarlo. Lo nuestro.

Ya está hecho y quiero marcharme de aquí, aunque sé que no me va a dejar hasta que le dé una explicación convincente. No me atrevo a apartar mis ojos de los suyos. Es como si temiera que, al hacerlo, se me escapara información importante, trascendente para entender al hombre de quien creí haberme enamorado.

Y así es. Ante mí su rostro se reorganiza. No hay otra forma de describirlo. Sus cejas tiemblan, su mente busca la emoción que debería sentir y sus músculos hacen el resto. El resultado es un gesto de sorpresa sin demasiado éxito, casi infantil.

—¿Qué ha pasado? —Se acerca hacia mí y baja la voz. Su mano tendida, la mía sobre el regazo—. Tú y yo estábamos bien la

semana pasada. Si he hecho algo, dímelo y lo arreglamos.

«Has matado a esas mujeres». Por supuesto que no lo verbalizo.

—No has hecho nada —dice mi boca—. Soy yo. No estoy bien, no puedo seguir.

Se acerca un poco más.

—¿Hay otra persona?

Casi siento alivio de que su conclusión haya sido tan banal, de que no sospeche la verdad que late bajo lo que estoy haciendo.

—No hay nadie más —le digo—. Esto no tiene nada que ver contigo, Daniel. Necesito estar sola. Solo eso.

Se echa para atrás y es como si de pronto mis pulmones respiraran por primera vez. Retengo el suspiro, el gemido que tiembla entre mis labios. Él me mira. Más bien me disecciona.

—No te creo.

El miedo, el frío, me trepan por la espalda, pero me dan la fuerza para parecer segura.

—Pues es lo que hay, Daniel.

Aprieta los labios.

—Has hablado con alguien. ¿Verdad? ¿Quién te ha dicho que me dejes?

—Eso es absurdo. —Ya no le hablo de Laura—. Es lo que hay. Tengo que irme.

Cojo el bolso y me pongo de pie. Temo que las piernas no me respondan. No sé si antes lo ha dejado alguna otra mujer, pero un hombre a quien lo abandonan sin explicación alguna no responde así.

Él también se levanta, despacio, como un varano que olfatea su presa.

—Una cosa. —Alarga la mano, pero apenas me roza—. Si es tiempo lo que necesitas...

No puedo darle margen, no puedo dar esperanzas.

—Daniel, está decidido. Hemos terminado.

El corazón se me va a salir por la boca. A nuestro alrededor el ruido de Madrid me asfixia y a la vez me salva. Él vacila. Trago saliva. Tengo que irme.

—Vale —accede—. Cuídate.

Es él quien se da media vuelta para alejarse en dirección al metro.

¿Ya? ¿Ya está? Me tengo que apoyar en la mesa. El camarero me mira, pero me da igual. Lo veo bajar las escaleras y solo cuando hace rato que ha desaparecido soy capaz de incorporarme por mí misma.

—¿Estás bien, hija? —Es una mujer anciana de la mesa de al lado que me mira preocupada.

No, no lo estoy.

—Sí. Gracias.

A paso apresurado, todo lo que me permiten las rodillas, y sin mirar atrás, me dirijo hacia la calle Magdalena. Cojo la primera esquina que se me ocurre y cambio de dirección. Más adelante vuelvo a hacerlo, y otra vez más, hasta que me veo ante la estación de metro de Antón Martín.

No lo dudo; tampoco miro en qué dirección va el convoy. Me subo en el primer vagón que se detiene y me bajo tres paradas más atrás. Salgo a la superficie y camino sin rumbo, como mi cabeza.

Dos horas más tarde, después de haber recorrido medio Madrid, llego a la estación de Atocha, donde desde ayer tengo dos maletas en una consigna con lo justo: tres pares de vaqueros, cuatro camisetas y algo de ropa interior, mi portátil y el pasaporte.

He dejado el piso y he pedido una excedencia en el hospital, así como una baja médica por ansiedad mientras la resuelven.

Cojo las maletas y voy hacia el panel de salidas.

Mi tren sale en cuarenta minutos, hacia el norte. La casa del pueblo de mi tía Concha tiene un par de habitaciones vacías, Daniel no sabe que existe y nadie conoce esa aldea asturiana.

No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a Laura. Daniel no puede enterarse de dónde estoy de ninguna de las maneras.

Me siento en una de las sillas de la zona de embarque, saco el móvil y apago la geolocalización. Después cancelo mis cuentas en las pocas redes sociales que utilizo y, por primera vez en una semana, lloro.

CAPÍTULO 42

VERA

Los jueves, el monstruo tarda en volver a casa; tiene guardia. Tampoco aparecerá por aquí el fisioterapeuta, ese chico que no termina de gustarme y que ahora solo viene una vez por semana. Solo tengo que esperar a que la asistenta se marche.

Eso sucede a las dos y veinte. Dejo los prismáticos a un lado mientras la joven, embutida en ropa deportiva demasiado llamativa, dobla la esquina y desaparece. Tengo en el bolso el cuaderno que he encontrado en el trastero.

Tengo claro lo que debo hacer; aun así, lo dudo ante la puerta cerrada, porque si me equivoco, si doy un paso en falso...

Llevo mucho tiempo esperando un momento como este. Uno en el que haya un poco de luz, en el que esté casi segura de que el nudo gordiano está a punto de desatarse.

Salgo de casa y atravieso el jardín mirando al frente. No puedo tener dudas ni aparentar que las tengo. Atravieso el sendero, traspaso la cancela de los vecinos y llamo a la puerta.

Laura tarda en abrir. Quizá esté almorzando o ya lo haya hecho y se haya echado un rato. Y está lo de las muletas, claro. Voy a marcharme cuando suena la cerradura y la puerta se abre.

—Vera —creo que se sorprende.

—¿Tienes un minuto?

Ha notado mi urgencia. Sus ojos se achinan. No es una mujer guapa, pero tiene un atractivo innegable. Quizá por eso le gusta al monstruo. Y al fisio. Alguien me ha dicho que estuvieron liados.

—Por supuesto. —Se aparta—. Pasa.

Esta vez no intento aparentar que todo va bien. Yo misma cierro la puerta. Ella mira el sofá, blanco, impoluto, sin una sombra de uso. Me siento y Laura lo hace en el sillón de enfrente.

—Vera, ¿qué pasa?

Miro la ventana. ¡Qué jodidamente raros son los instintos!

—¿Hay alguna posibilidad de que tu marido vuelva en la próxima hora?

—No... no —tartamudea.

—¿Estás segura?

Abre un poco más los ojos. ¿Está asustada?, no lo sé. Yo lo he estado durante mucho tiempo. Dedicar mi vida a cazar un monstruo no es tarea fácil, pero nadie toca a mi hermana y se va de rositas.

Laura no contesta. Me mira. Intenta adivinar qué sucede. Sabe que es grave, pero no tiene ni la más remota idea de cuánto. No la hago esperar.

—Voy a contarte algo que te va a costar trabajo creer —le advierto—. No va a ser fácil ni para ti ni para mí. Tampoco sé si puedo fiarme de ti, pero creo que con lo que vas a escuchar comprenderás que no me queda otro remedio.

Traga saliva y asiente. Con una mano tiene apretado uno de los cojines y sus nudillos están blancos. También se le marca la curva de la mandíbula. Esta noche le va a doler por la tensión. Tomo aire antes de hablar.

—No me mudé aquí por casualidad, Laura. Tenía necesidad de estar cerca de esta casa, cerca de...

—¿Daniel?

Esta vez soy yo la que asiente.

—La chica de la foto, mi hermana. —Hace un gesto para que yo sepa que se acuerda—. ¿Recuerdas que te dije que desapareció?

Mueve la cabeza arriba y abajo.

—Salió un tiempo con tu marido —sigo sin ser capaz de pronunciar su nombre—. El día que sucedió mi hermana estaba aquí, posiblemente en esta misma casa, en este mismo salón, y nadie volvió a verla.

Laura se lleva una mano a la boca. Sus ojos brillan. Están espantados.

—Estás insinuando que Daniel...

Lo ha dicho ella, no yo. Hay algo en su lenguaje corporal, en la forma en que su espalda se curva y sus dedos se crispan que me indican que esto no le coge por sorpresa. ¿Sospechaba? ¿Sus recuerdos se están abriendo paso, poco a poco? Si necesita un empujón para que así sea, yo se lo voy a dar con todas mis fuerzas.

Por toda respuesta, le tiendo la libreta que había guardado en mi bolso.

Tarda en cogerla. La voltea, abre la cubierta y lee su nombre. Se lleva otra vez la palma de la mano a la boca.

—¿De dónde has sacado esto?

—Estaba en un trastero que tu marido tiene alquilado en Barbate.

—¿Fuiste tú quien lo desvalijó?

Así que lo sabe. No es tan ingenua como parece. Asiento.

—Eso es una especie de diario que escribías antes del accidente. Tú misma lo escondiste ahí para que él no lo encontrara. Te aconsejo que lo leas. Ahora.

Duda. No sé si esto está bien, quizá le provoque una crisis nerviosa, pero hay que hacerlo.

—¿Cómo sé que es mío?

Buena pregunta. Me he informado. Las personas aquejadas de ese tipo de amnesia pueden incluso cambiar el estilo de su letra, la fuerza del trazo, la determinación en la inclinación.

—Lo que cuentas ahí solo te ha podido pasar a ti.

Me mira de nuevo antes de pasar la página y enfrentarse con los primeros apuntes.

La mano crispada, ahora sobre las cubiertas de cartón. Necesita espacio y se lo voy a dar.

Voy a la cocina y lleno un par de vasos de agua. Me tomo mi tiempo. Sé que Doira estuvo aquí. Quizá incluso cocinó para él en esa misma vitro. La siento cerca. Me abrazo con mis propias manos y cierro los ojos. Nunca imaginé que pudiera echarla tanto de menos.

Cuando vuelvo al salón, Laura está recostada contra el respaldo y completamente sumergida en la lectura de sus propias palabras.

El tiempo vuela. Ninguna de las dos habla. El monstruo no puede aparecer a esta hora y, aunque lo hiciera... ¿qué hay de extraño en hablar un rato con la buena vecina? El problema es Laura. No sabrá disimular y él intuirá que algo pasa, que descubrirá... Sacudo la cabeza y aparto los pensamientos. Todo va a ir bien. Los buenos siempre ganan.

Cuando llega a la última entrada, cierra el cuaderno despacio y se queda muy quieta, con la mirada perdida, acariciando sin darse cuenta la cubierta.

No sé cuánto tiempo pasa. Un buen rato. Al fin alza los ojos y me mira.

—Hay una entrada donde hablo de mi padre.

No es eso lo que esperaba que le llamara la atención, pero al menos es algo.

—Ahí hablas de muchas cosas —le digo—, algunas terribles.

Laura asiente, despacio. Como si intentara encajar una pieza en el rompecabezas desarticulado de su mente.

Tengo que ser paciente. Ella no recuerda nada. Es una persona distinta de la que escribió esas páginas. Aguardo. Cuando me mira de nuevo, hay cierta determinación en ella.

—Esta mañana he hablado con el abogado de mi padre. Era amigo suyo.

Su padre no tiene nada que ver con esto, pero la dejo hablar.

—Me ha dicho —prosigue— que Daniel no es bueno para nadie y que mi padre sufrió mucho con que yo me casara. Algunos piensan que la visita de Daniel poco antes de morir fue letal para él. El viejo tenía el corazón mal.

Nos miramos. De nuevo tarda en hablar.

—Me maltrataba.

Lo dice de una manera que me eriza la piel. Como si su cuerpo ya lo intuyera, aunque su mente aún no ha logrado esclarecerlo.

—Eso como poco —ahondo la herida.

—¿Qué le pasó a tu hermana esa noche?

La pregunta me coge desprevenida. No estoy acostumbrada a hablar de Doira, algo que es curioso cuando no pienso en otra cosa que en ella desde que murió mi madre.

Esta vez soy yo la que se remueve inquieta en la silla.

—Nadie lo sabe. Desapareció. Como las otras. Quizá haya más a quienes nadie ha echado de menos o a quienes nadie ha vinculado con esta zona.

—¿Y tú crees que...? —No se atreve a terminar la frase.

—Fue tu marido. Es tu marido. Lo sé. Solo necesitamos probarlo. Tienes que saberlo todo y ayudarme a desenmascararlo.

Se pone de pie y pasea por el salón, ayudada por una sola muleta. Sus pasos son cortos, está encorvada, como si el paso del tiempo le pesara en los hombros. La boca tapada con una mano. La mirada ansiosa, sin fijarla en un punto concreto.

—¿Y si fueran solo especulaciones? —me dice—. ¿Y si solo fuera un hijo de puta maltratador, pero no un...?

Yo termino por ella.

—Un asesino. —Le clavo los ojos—. Es un asesino, y hay un agente retirado de la Guardia Civil que va tras su pista y a quien debes conocer.

No puedo presionarla más. Antes o después el monstruo regresará a casa y no puede encontrarse con una mujer devastada. Es demasiado astuto como para no manipularla, sacarle lo que sabe y actuar en consecuencia.

—Mañana iremos a verlo, a ese agente. Tendrás una visión completa de lo que creo que está pasando, pero, Laura, tienes que disimular. Tu marido no puede sospechar lo que sabes.

Asiente. Yo tomo el diario y me lo guardo en el bolso. No puede haber pistas, y dejarlo aquí, pese a que es suyo, no es seguro.

Nos despedimos sin palabras. Hemos quedado temprano, en cuanto él se largue a trabajar. Le escribiré un mensaje a Quirós para que nos espere.

En cuanto llego a casa, me ubico en la ventana y alzo los prismáticos.

Si la cosa sale mal, iré a ayudarla, aunque ponga mi vida en riesgo.

Suerte, Laura.

Suerte a las dos.

CAPÍTULO 43

LAURA

Ahora.

Tras la visita de Vera, intento reorganizar las ideas. Algunas de las cosas de las que me ha hablado parece que las recuerdo, pero de manera difusa, como si hubiera un velo tupido entre ellas y yo. ¿Estoy recordando? ¿Recordando al fin?

Es posible que mañana encaje la última pieza tras la visita a ese agente de la guardia civil retirado y espero que con ella el velo se alce y la luz disipe todas mis sombras.

Lo único que debo conseguir esta noche es que Daniel no sospeche, no intuya siquiera los cambios que se están produciendo en mi cabeza, y menos aún que nuestra sencilla vecina Vera no es quien dice ser.

Sonrió cuando escucho la llave y Daniel aparece en el salón. Me da un beso en los labios y, sin ducharse, se mete en la cocina tras intercambiar unas frases que no recuerdo.

Anuncia una cena para dos con un par de novedades: velas y el estreno de la enorme mesa del salón, esa que parecía existir solo para estar pulida, impoluta.

—Hoy probamos algo nuevo.

Vaya. Más primicias. Lleva una camisa azul claro, arremangada hasta el codo, y un trapo metido en el bolsillo del vaquero como si fuera un cocinero de bistró. Solo le falta el delantal con un letrero gracioso.

Si yo escribiera una novela romántica, mi protagonista entraría así en escena.

Lo observo desde la silla mientras viene y va. Tengo la pierna mejor, y una sensación de vacío en el estómago que llevo arrastrando desde que terminé de hablar con el abogado de mi padre.

En el plato que coloca ante mí hay atún rojo, una crema verde y unas escamas que parecen sal. La presentación es de restaurante con estrella Michelin y camarero que te juzga en silencio.

—¿De dónde has sacado tiempo para esto? —Me muestro complaciente, para que no note lo crispada que estoy.

—Es más fácil de lo que parece.

Se marcha de nuevo a la cocina y vuelve con dos copas y una botella de su mejor reserva.

Ha debido de equivocarse porque, desde que salí del hospital, no tomo alcohol. Mi neurólogo fue tajante en eso: nada de vino mientras durase la medicación, y tendré que tomarla, al menos, hasta el próximo control.

—Daniel.

—Solo un poquito. Soy médico. Conozco los riesgos.

Insisto.

—Álvaro me dijo que nada de alcohol.

—Álvaro me ha dicho que una copa te sentará bien.

No voy a discutirle eso también, así que dejo que me sirva. En mi copa, apenas dos dedos. La suya, hasta arriba. Sonríe. La alza y me mira. Hoy hay algo raro en él.

—Por nosotros.

Brindamos. Da el primer bocado al atún. Mastica con los ojos cerrados. Suspira. Vuelve a abrirlos.

—¿Has llamado al abogado?

No levanto la vista del plato.

—Sí. Le he pedido que haga algunas gestiones. No quiero enterarme de que soy una asesina en serie y me busca la policía.

La broma es de mal gusto, pero logra el efecto deseado: que él no insista.

—Yo podría haberte resuelto tus dudas —dice, deseoso de complacerme, como siempre—. Vendiste tu piso y liquidaste la herencia de tus padres. Nada más.

Si alguien lo viera desde fuera, pensaría que presencia una cena romántica entre dos personas enamoradas. Si pudiera indagar en mi mente, se asustaría de la tensión que encierra. Logro parecer casual, incluso inocente.

—¿Y dónde está el dinero? Tuvo que ser una buena pasta.

Él se encoge de hombros.

—No demasiado. Tu padre tenía deudas. Un par de cientos de miles. Estará en tu banco, supongo. Ya te dije que, aparte de una cuenta en común, tenemos las nuestras personales, para no tener que dar explicaciones.

Sonríe. Se me atraganta el atún. ¿Deudas? Después de toda una vida trabajando y ahorrando... no insisto.

—Aún no hemos hablado de dinero —le recuerdo.

Parece sorprendido.

—¿No? Pues no debes preocuparte de nada. Con la cuenta corriente que compartimos ambos tienes suficiente para lo que necesites. Está bien que mantengas tus propios ahorros.

Miro la copa de vino. Con gusto la vaciaría de un sorbo, la llenaría hasta el borde y volvería a vaciarla. Pero sé lo que pasa cuando se mezclan fármacos con alcohol. Lo sé muy bien, y es algo que no va a volver a suceder.

Busco el momento oportuno.

—Daniel, ¿de qué murieron mis padres?

Parpadea. Titubea.

—No sé si...

—Por favor.

Se recuesta contra la silla. Me analiza. Podría pensar que está evaluando si mi salud mental soportaría esa información, qué considerado todo, pero sé que está pensando en qué cantidad de información puede darme sin parecer sospechoso.

—Ya sabes lo delicado que estaba tu padre del corazón —es cierto—. Prácticamente estaba desahuciado. Y la relación con tu madre... —Suelta un bufido—. No podían estar el uno sin el otro. Fue trágico. Lo pasaste muy mal.

¿Está dando demasiadas putas vueltas o me lo parece a mí?

—¿Qué pasó? —logro que no suene agresivo.

Otro suspiro. Deja los cubiertos a un lado.

—Quiero creer que fue un accidente. Se dejaron abierta una llave de gas. Ni se enteraron. Se quedaron dormidos. Un exceso de somníferos.

Intento procesar la información. Cuando Álvaro me dijo que mis padres habían fallecido, pensé en el corazón de papá y en la jodida enfermedad de mi madre. Lo miro fijamente. Tengo la sensación de que empieza a alzarse el último velo.

—¿Quieres decir que se suicidaron?

—Solo algunos aficionados a las conspiraciones llegaron a esa conclusión. —Su voz parece preocupada—. ¿Estás bien? Ya sabía yo que no debíamos hablar de esto.

Deja la copa en la mesa. Estira el brazo y, sin avisar, me apoya la mano en la rodilla. Está caliente, ligeramente húmeda.

—Te he echado de menos todo este tiempo.

No le contesto. Doy un sorbo de vino. Apenas me humedezco los labios.

Sabe a tinta. A tinta y a un fondo de cereza que no me gusta. Lo dejo.

Decido hacer algo.

Sonrío. ¿Es normal sonreír cuando te acaban de decir que es posible que tus padres se hayan suicidado? Pincho un trozo de atún y, al fin, Daniel aparta la mano.

—¿Está bueno?

Tardo en comprender que se refiere al atún.

—Sí.

Mi voz suena lejos. Como si saliera de otra mujer que cena con su marido en una casa con velas y una piscina iluminada.

¿Cuántas cosas horribles ignora Daniel sobre mi pasado? Porque le vendría bien saberlas.

CAPÍTULO 44

VERA

Llevo dos horas mirando el cuaderno y no me atrevo a abrirlo. Me pasa siempre que debo enfrentarme a él.

Está en la mesa de la cocina, encima del mantel azul de mi madre. Tapas duras de tela, una goma elástica negra. La letra de Doira en la primera página: su nombre en mayúsculas y, debajo, un corazón que se ha torcido en la última curva. Tenía veinte años cuando empezó a escribirlo. Veintitrés cuando hizo la última anotación.

Mi hermana dejó de escribir el dieciséis de diciembre. El día quince bajó a Los Caños de Meca a romper su relación con Daniel. El diecisiete no volvió a coger el teléfono.

Nunca la encontraron, aunque mi madre siempre supo que estaba muerta. Incluso organizó un funeral por ella.

Llevo muchos años sin pronunciar esta palabra en voz alta. Tampoco la voy a pronunciar ahora. Pensarla es lo máximo que me puedo permitir.

Mi madre murió en marzo. Cáncer. Rápido para ella, lento para nosotros. Mi hermano y yo desmontamos su piso de Guadalajara en abril, una habitación cada fin de semana, sin hablar mucho, porque no había manera de hablar de según qué cosas sin que se nos partiera algo.

El diario apareció el segundo domingo, dentro de una caja de zapatos vieja, en el altillo del armario del pasillo. En la caja ponía DOIRA, escrito con rotulador grueso.

Mi madre no se rindió nunca.

Yo sí. Durante años, yo sí.

Voy a ser honesta. Cuando ocurrió aquello, yo pensé que mi madre estaba obsesionada.

Mi madre decía que el monstruo tenía algo que ver. Lo contaba a los policías. Lo decía a las vecinas. Lo gritaba a quien quisiera escucharlo, y a quien no, también. Decía que el monstruo mentía. Que el monstruo era raro. Que el monstruo no había llorado en aquel funeral sin cuerpo tres semanas después. Que el monstruo le había dicho a la policía una versión tan exacta, sin titubear, que parecía muy bien aprendida.

La policía lo investigó. Por supuesto que lo investigó. ¿Cómo no iba a hacerlo si no era la primera mujer que desaparecía en aquella zona en poco tiempo? El monstruo tenía coartada.

Durante todo aquel fin de semana estuvo acompañado: una comida de amigos; una reunión de trabajo; un partido de tenis. La noche de la desaparición alguien lo había visto coger un taxi en la entrada de esta misma urbanización en dirección a El Palmar. El taxista lo confirmó. Lo dejó frente a un chiringuito de la playa donde pasó las siguientes horas con un grupo de conocidos. Bebió. Bailó. Conoció a otra chica, una sueca de Lund, que estuvo con él hasta las cuatro de la mañana. Hay fotos hechas con un móvil de la época, de esas borrosas. Hay testigos. Hay un recibo de copas con su nombre.

Según él, Doira nunca llegó a Los Caños. Según la policía, su pista se pierde en la estación de autobuses de Conil.

Hay una coartada que parece de manual.

Demasiado documentada, decía mi madre. ¿Y si hizo todo eso cuando Doira ya...? Pero había un par de llamadas de mi hermana aquella misma noche, pidiendo una pizza y buscando un billete para la mañana siguiente desde Conil a Sevilla, donde debía coger el AVE. No le entregaron la pizza. ¿Salió de Conil?

Yo no escuchaba a mi madre. Yo era la hermana mayor, demasiado realista como para creer en esas cosas. Yo creía a la policía, creía las coartadas, creía que Doira se había ido a nadar sola a ese mar revuelto del Estrecho a una hora estúpida, como hacía siempre, y que el océano se la había tragado. Las aguas de la zona son traicioneras. La corriente forma remolinos. Succiona a la gente.

Yo pensaba que mi hermana se había metido en el mar y no había regresado. Era lo más lógico. Era lo que había determinado la investigación, que encontró su ropa doblada en la orilla, cuatro pliegues para la sudadera, los mismos que ella usaba.

Lo pensé durante muchos años.

Lo pensé hasta que mi madre se murió y apareció esa caja de Doira que ni siquiera ella sabría que estaba allí.

Cojo aire. Quito la goma elástica.

La libreta se abre por la primera página, no sé si por azar o porque el lomo ya está vencido.

Y de nuevo, una y mil veces, empiezo a leer a mi hermana.

Las primeras entradas son inofensivas. Notas de la facultad. Quejas sobre su novio Agus. Una receta de tortilla que copió de no sé quién. Vuelvo a oír la voz de mi hermana en mi cabeza como si la tuviera al lado.

Avanzo páginas. La letra cambia. Más nerviosa. Más apretada.

«Hoy he conocido a un tío en un chiringo de Trafalgar. Médico. Guapo a rabiar y más bueno que el pan con aceite. Se llama Daniel y me ha mirado de una forma que no sé si me ha gustado o si me ha cabreado. Sara dice que es de los que esconden algo. Sara siempre dice eso de todos».

El monstruo.

Aún hoy, cuando leo el nombre del monstruo, se me cierran los puños sin darme cuenta.

«Daniel ha vuelto. No sé qué hace todavía aquí, pero le he dicho a Sara que estaba siendo paranoica y a Ana que me dejara en paz. La verdad es que me gusta. Joder. Me gusta mucho».

Sigo pasando hojas. El nombre del monstruo cada vez más presente. El nombre de Sara cada vez menos.

«Esto no es normal. Daniel sabe cosas más que yo no le he contado. Sabe que mi madre es funcionaria. Sabe que mi hermana ha terminado Magisterio y oposita a Secundaria. Yo no se lo he dicho. Le he preguntado de dónde lo ha sacado y se ha reído.

“Doira, eres transparente”. Eso me ha dicho. Y la cosa es que no soy transparente, joder. No lo soy».

Hasta sabía cosas sobre mí.
Avanzo.

«Hoy ha aparecido un amigo suyo en la cena. No me ha caído bien. Daniel me ha contado luego que se conocen desde siempre. Me ha caído como el puto culo y no tengo idea de por qué».

Levanto la vista del cuaderno.
Cierro los ojos. Cuento hasta cinco.

En el funeral de mi hermana había un hombre joven al fondo de la iglesia que yo no conocía. Estaba sentado en el último banco. Llevaba traje oscuro. Y cuando vino a darnos el pésame, lo único que recuerdo de él es que mi madre, al estrecharle la mano, se quedó parada un segundo. Después se la soltó sin decir nada.

Mi madre, que nunca soltaba a nadie sin decir nada.
Sigo leyendo.

«Creo que me estoy volviendo paranoica. ¿No me descubrí ayer dándole vueltas a lo de las desapariciones de esas chicas en Los Caños? Quizá es la distancia. Daniel en Cádiz y yo en Madrid. El caso es que siento algo raro. No sé definirlo. Como si la realidad que estoy viviendo tuviera otra paralela y más oscura. Estoy como una cabra, desde luego. Me voy a dar un baño».

Suelto el cuaderno sobre la mesa.

Me levanto. Voy a la cocina. Pongo agua en el cazo. Enciendo el fuego. Apago el fuego. Vuelvo a sentarme.

Fue el monstruo.

Fue el monstruo.

Fue el monstruo.

Mi madre estuvo todos esos años apuntándolo y nadie le hizo caso.

Avanzo despacio. Las últimas entradas son de enero. La playa. El frío suave de la costa sur. El monstruo proponiéndole bajar

a Los Caños un fin de semana para estar juntos, cuando ella solo quería cortar aquello, acabar con esa relación.

«Voy a ir. Voy a hablar con Daniel. Voy a decirle que esto se ha acabado. Que prefiero parar. Darnos un tiempo, aunque sea unos meses. No puedo seguir saliendo con alguien que, en mi fuero interno, pienso que es un asesino. ¡Joder, lo he escrito! Si tengo razón, mejor cortar ahora. Si me equivoco, mejor cortar igual, porque un tío que te hace dudar tanto no es un tío que merezca la pena».

Doira y su lógica. Su maldita lógica de chica que cree que las cosas se arreglan con razones.

Me cuesta tragar.

Paso a la siguiente página. La última entrada del cuaderno. Está fechada el dieciséis de diciembre.

«Mañana bajo a Los Caños de Meca. Voy a estar dos días. Daniel ha quedado en recogerme en la estación de Conil. Le iba a decir a una de mis compañeras de piso que, si no la llamaba el lunes a las once de la mañana, contactara con la policía. No lo he hecho, claro. Me he reído de mí misma. ¿Y mis amigas? Las he tenido tan abandonadas que me da vergüenza reconocer que tenían razón. Sé que estoy siendo dramática. Sé que probablemente no pase nada. Sé que Daniel solo es un tío incómodo y su amigo solo es un capullo. Pero por si acaso».

Cierro el cuaderno. Lo dejo en la mesa.

Pongo la mano encima.

Hace años que le fallé a mi madre. Pensé que estaba obsesionada y la dejé sola en esto. Creí a la policía, creí la coartada del monstruo, creí al mar, creí a todos menos a la única persona que tenía razón.

No voy a fallar dos veces.

Llevo seis semanas viviendo enfrente del monstruo. Seis semanas observando una casa que parece sacada de una revista, una piscina enorme y una mujer magullada que se llama Laura.

Mañana Laura sabrá con quién está casada y, si consigo convencerla, ese tipo se va a pasar el resto de su vida entre rejas.

CAPÍTULO 45

LAURA

Ahora.

Vera me espera en quince minutos, pero no puedo salir sin tomarme un café. Estoy hecha una mierda desde que me lo contó, desde que lo recordé. Necesito un estimulante.

Vacíó por completo la taza y la cafetera en el fregadero y pongo agua en el cazo. Por primera vez en cuatro semanas me lo hago como me sale del coño: demasiado fuerte. Derrochando café. Sin medir el agua. No se lo bebería ni un camionero, pero lo he hecho yo.

Oigo un ruido. Me giro de golpe. La muleta resbala. Me agarro al borde de la encimera.

Hay un hombre en mi casa.

Está de espaldas, llenándose un vaso en el grifo del lavadero, esa pila pequeña que hay en la pared del fondo y que yo no he usado nunca.

No le he oído entrar.

La taza se me resbala de las manos y se destroza contra el suelo.

El hombre se vuelve.

Mono verde de jardinería con manchas de barro en las rodillas. Botas. Un sombrero de paja colgando del cuello por un cordón. La misma edad que Daniel. Cara de no haber roto un plato en su vida. Sostiene el vaso con la naturalidad de quien lo ha llenado en esta cocina muchas veces.

—Madre mía —se excusa al darse cuenta de que estoy allí—. Perdón, perdón, perdón.

Levanta el vaso como si fuera una bandera blanca.

—Soy Tomás, el jardinero.

Instintivamente me he llevado una mano al pecho. La otra no puedo despegarla de la encimera. Me tiembla.

—¿Quién?

—Tomás. Llevo años cuidando este jardín, desde que Daniel compró la casa. Antes incluso. Seguro que te he asustado. ¿Él no te dijo que vendría hoy?

Daniel no me ha dicho nada. Tampoco que el jardinero tiene llaves de esta casa.

«¿Cuánta gente tiene llaves de esta casa, Daniel?».

Tomás deja el vaso en la encimera, coge la escoba y el recogedor, que sabe perfectamente dónde están, y empieza a limpiar mi estropicio.

—Vengo dos veces por semana, aunque he estado de vacaciones. Ya sabes, Daniel quería que nadie te molestase mientras... —Se calla un instante—. Siempre por la mañana, antes de que Daniel vuelva del trabajo. No solemos coincidir. Pensaba que estarías durmiendo arriba.

—No estaba durmiendo.

—Ya veo. Lo siento muchísimo —insiste.

Intento recordarlo. Es posible que algo de él aparezca en mi mente. Su silueta contundente. Creo que no nos llevábamos bien. Habla despacio. Parece que esta casa es más suya que mía. Que yo soy la intrusa.

Respiro. La adrenalina baja despacio.

—Daniel debió avisarme.

—Daniel está... —Se detiene— ocupado. Y yo soy fijo. Vengo aunque no avise. No es la primera vez. ¿Te importa si me siento un momento? Llevo podando desde las siete y media.

—Claro, por supuesto.

Yo también me siento. Mi pierna agradece la silla. Mis manos no se estabilizan. Las pongo planas sobre la mesa para que no lo note.

Tomás se descuelga el sombrero y lo coloca entre los dos. Bebe agua. Me mira.

—Yo a Daniel lo conozco desde que era un chaval. De cuando venía a veranear con sus padres, antes incluso.

Levanto la vista.

—¿Aquí?

—Por la zona, sí. Tendría doce, trece años cuando lo conocí. Nos hicimos colegas al instante. Yo podaba el césped de unos amigos de su padre. Daniel pasaba veranos enteros aquí. Conoce todos los caminos del pinar mejor que yo. Y eso que llevo toda la vida subiendo y bajando por estos atajos.

Le mantengo la mirada.

—¿Y a mí? ¿Me conocías? —pregunto.

Duda un segundo.

—Tú y yo hablábamos poco. Siempre estabas o trabajando en el estudio o de compras.

¿Hay cierta insinuación en la forma de decirlo?

Insisto.

—Sabes lo que me pasó, ¿no? Lo que me pasa.

Él asiente.

—Me lo contó Daniel.

Dudo si preguntárselo. Determino que voy a hacerlo.

—Te va a parecer absurdo, pero se lo pregunto a todo el mundo. —Me río. Me queda muy falso—. ¿Cómo era yo?

Tomás se rasca la nuca. Mira hacia la ventana. De repente no está cómodo. Eso encaja mejor con lo que empiezo a recordar de él. ¿No decía mi madre que yo causaba una incomodidad inmediata en quienes me rodeaban?

—No sé. —Hace una pausa—. Educada. Muy callada. No salías mucho al jardín. Yo te veía a veces detrás de la ventana de arriba. Con la luz encendida hasta tarde.

—Supongo que Daniel y yo nos llevábamos bien, ¿verdad?

Otro silencio.

—Yo soy jardinero. No me meto.

Bebe un sorbo largo. De nuevo mira por la ventana.

Cambio de tema antes de que se cierre la conversación.

—He visto las hortensias que tiene mi vecina en el jardín. Son una maravilla.

—Las cuida ella misma.

—¿La conoces?

Tomás levanta la vista del vaso.

—¿A la vecina?

—A la vecina.

Tarda en contestar.

—De vista. La saludo cuando me la cruzo en el camino.

—¿La conocías antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de que ella se mudara aquí.

Tomás aprieta los labios. Apoya las dos manos planas sobre la mesa. Una a cada lado del sombrero.

—No me fijo demasiado en la gente. Muchos que van y vienen. No da tiempo.

—¿Por qué no habías pasado antes a saludarme? Llevo aquí cuatro semanas.

Tomás me mira a los ojos por primera vez. Los suyos son muy claros para una cara tan bronceada. Descoloca.

—Porque Daniel me dijo que no debías ser molestada. —Se pone de pie. No hay nada más que hablar—. Tengo que terminar la poda.

Tengo la sensación de que he perdido una oportunidad. ¿De qué? Ni idea. Mi cabeza va y viene. Se aleja hasta la puerta que da al patio y de ahí al jardín delantero.

Oigo el cortacésped arrancar en algún punto del exterior. Me quedo con las manos planas sobre la mesa. En el mismo sitio donde él las tenía. Mi taza de café demasiado fuerte. Su vaso, vacío.

Cojo el sombrero que se ha dejado sobre la mesa.

Lo huelo sin pensarlo. Mi propia mano me sorprende.

Sudor. Tabaco viejo. Tierra húmeda.

Todo coherente con un hombre que se pasa la mañana al sol con un cortacésped.

Y entonces, en un pliegue del ala, algo más.

Algo limpio. Cítrico. Fresco.

Algo que reconozco al instante y que se me clava en el cuello
como una uña.

La colonia de Daniel.

CAPÍTULO 46

LAURA

Ahora.

Vera conduce y yo voy de copiloto, con la pierna estirada como puedo y la muleta tirada en el asiento de atrás.

No le he contado la conversación con Tomás. No me fío de nadie. Tampoco de ella.

Vera no habla mucho, aunque me ha hecho el tercer grado nada más subirme al coche.

—¿Alguien te ha visto salir?

—El jardinero —no le doy detalles—. Le he dicho que voy a recoger una receta a Conil.

—¿Te ha creído?

El tipo me ha dado escalofríos, pero no es eso lo que contesto.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

No dice nada, tampoco me mira. Como vecina es una mierda. Espero que como investigadora privada sepa dónde se mete; si no, me veo tan desaparecida como todas las demás. ¡Joder, joder, joder!

Llegamos a Conil en veinte minutos. El agente de la Guardia Civil vive en una casa fea cerca del cementerio, quizá por deformación profesional. Setenta años, o algo más. No es desagradable. Me mira como si debiera darme el pésame. Si todo esto es una puta mentira y hay por ahí un asesino suelto, a quien tendremos que dárselo será a Daniel.

—Pase.

La casa por dentro es igual de fea que por fuera. Parece que el tiempo se detuvo en el setenta y nueve. Aquí no entra un mueble nuevo desde antes del Mundial de fútbol. Nos deja en el salón. Hay una bandeja con una jarra de agua con hielo y tres vasos. Llena dos y nos los tiende.

—Laura.

Deja mi nombre así, como si no necesitara nada más. Sospecho que es una técnica para que el sospechoso confiese. Los seres humanos llevamos mal el desconcierto. Yo no digo nada.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta ante mi mutismo.

—Confundida.

Sonríe muy levemente.

—No estoy seguro si lo que le voy a contar la convencerá —me dice—, pero espero que cuando salga de aquí tenga una idea clara de lo que su vecina y yo creemos que ha pasado. ¿Le parece bien?

Muevo la cabeza. ¿No es eso lo que se espera? A mi lado, Vera está muy callada. Tiene los brazos y las piernas cruzados, sentada en otro de los sillones.

El agente jubilado coge una caja de zapatos que hay sobre un aparador de fórmica y la pone en el centro de la mesa camilla. Abre la tapa y saca algunas carpetas que coloca en abanico.

—Voy a contarle algo, Laura. —Señala a mi vecina—. Vera ya sabe la mayor parte. Pero quiero que lo oiga de manera ordenada y desde el principio. Después usted decide qué hacer, ¿de acuerdo?

Vera me mira. Yo asiento.

—Llevo casi treinta años trabajando en esta zona —dice el hombre, llenando el último vaso de agua—. Empecé en Cádiz, después me trasladaron a Barbate. Me retiré no hace mucho y he visto morir a mucha gente. Esta zona es complicada, ¿sabe? Estamos muy cerca de Marruecos y hay mucho trapicheo. Antes era fácil. Ahora los narcos son como un ejército, pero las desapariciones de las que le voy a hablar no tienen nada que ver con ellos.

Señala la caja con un movimiento de la mano.

—Ahí está la historia de cinco mujeres, entre ellas la hermana de Vera. Alguna de la zona. Otras pasaban aquí unos días.

Desaparecieron sin más. Suicidios, dijeron algunos. Yo no lo creo. Vera tampoco. No hubo testigos, notas ni mensajes. Estas aguas son traicioneras. También se ahogan algunos surfers.

Miro a Vera. Me ha contado algunos detalles, pocos, no he querido que profundice en ellos.

—Esto no he querido contarle hasta ahora, Vera —la mira—, pero hace veinticinco años, en la playa de Castilnovo, una chica de quince desapareció una tarde de mayo y no volvió a saberse de ella.

Vera se incorpora. Lo mira.

—No tenía ni idea de ese caso.

—Pasaba unos días con sus padres. Eran de Madrid, creo. Les dijo que iba a quedar con un amigo. Un chico que conocía. No vieron nada raro. —Hace una pausa—. Nunca regresó, aunque su ropa...

—Estaba perfectamente doblada en la playa —concluye mi vecina por él.

Se hace el silencio. Los observo a ambos, que se mantienen la mirada. Vera está tensa. Tengo la impresión de que este hombre no se lo ha contado antes porque no termina de fiarse de ella. Es comprensible. Quizá mi presencia sea la que lo ha convencido de dar el paso. Tengo frío, pese a que la casa está muy caldeada.

—Mis compañeros de entonces cerraron el caso como otro suicidio, igual que los que vendrían más tarde. No había razón alguna para pensar otra cosa.

Otra pausa.

—Cuando aquello pasó yo ejercía en Cádiz, pero poco antes de jubilarme, un traslado de documentación me llevó a él por casualidad. No tuve más remedio que investigarlo. A escondidas, claro, porque no había razón técnica alguna para que le dedicara tiempo a un caso tan antiguo y ya resuelto.

Siento un nudo en el estómago. Escucho el caso, la desaparición de la niña, y apenas siento nada. Vera se inclina hacia delante. Está muy atenta.

—¿Qué hay en ese expediente?

Él se lo tiende. Es uno de los que está sobre la mesa, aunque la carpeta es nueva, como las demás.

—Ahí, poco más de lo que te he contado —lo señala—, pero hice mis pesquisas y descubrí que justo en esas fechas había alojado en Conil un grupo de estudiantes. En aquella época era normal hacer un viaje de fin de curso cuando se terminaba la EGB. No sé si se sigue haciendo.

Vera lo alienta con un gesto impaciente a que continúe y no se vaya por las ramas.

—Eran de Madrid, ¿le suena? —La mira a ella—. No fue fácil encontrar el listado de esos alumnos. No lo habría hecho si mi sospechoso no lo fuera también. Encontré un hombre.

—Daniel Ibarburu —dice Vera con la voz quebrada.

Aprieto la muleta que descansa a mi lado. No me doy cuenta de la fuerza con la que lo hago hasta que la mano me empieza a doler.

Siento la boca seca. ¿Se espera de mí que me escandalice? ¿Que diga algo?

—¿La policía lo investigó? —sale de mi boca.

Quirós niega con la cabeza.

—¿A un menor que estuvo aquí hace tres décadas y a quien nadie vinculaba con aquella niña? Claro que no. Aunque sí lo habían investigado sin resultados por la desaparición de la hermana de Vera. Las coartadas de Daniel Ibarburu son demasiado buenas y puede pagarse a los mejores abogados.

El anciano se levanta y va hasta el fondo del salón. Trae dos archivadores grandes, grises, de los de oficina. Los pone sobre la mesa camilla, que cruje.

—Esto es lo que he hecho los últimos años, desde que me retiré.

Abre el primero. Está lleno de papeles ordenados con separadores de cartulina. Son recortes de prensa, fotocopias de partes médicos, listados de matrículas, fotografías.

Es algo parecido a lo que he visto en casa de Vera, pero más profesional.

—Aquí está toda la información que he conseguido por mi cuenta sobre Daniel Ibarburu, su marido. —Me mira, solo un instante—. Aquí está todo lo que he podido probar desde que tiene

catorce años hasta hace tres meses. Tengo sus movimientos de cada verano que pasó aquí y desde que compró esa casa donde vive desde que se casó con él. Tengo las matrículas de sus coches y las multas de aparcamiento. Tengo los nombres de los amigos con los que se ve a menudo y de la gente que trabaja para él. Tengo las direcciones donde ha vivido en Cádiz, en Madrid y en Los Caños. Tengo los hospitales donde ha trabajado. Tengo todo lo que he podido recopilar porque estoy seguro de que él es el asesino de esas mujeres.

El silencio lo ocupa todo. Mi mente sigue el rostro de un motorista que debe estar haciendo el gilipollas a mucha distancia de aquí. Vera está muy pálida. Me mira de vez en cuando. El hombre señala otro de los archivadores.

—Y aquí está lo que le he pasado a la unidad de la Guardia Civil que se ocupa de delitos de esta naturaleza. Le abrieron una investigación hace dos años a causa de estos informes. Incluso lo interrogaron. Dos veces. Eso es todo lo que hemos conseguido adelantar. No hay nada.

Vera parece desconcertada.

—No sabía que lo habían interrogado.

—O es inocente o es un genio —dice el anciano—. Pudo desmontar cada acusación y tiene la sangre fría suficiente como para no ponerse nervioso.

—Ha debido cometer algún error —insiste Vera—. Nadie es perfecto.

El hombre niega con la cabeza.

—No encontraron nada. Ni la unidad especializada ni yo mismo. Daniel Ibarburu no tiene una sola prueba en su contra. No hay huella, no hay testigos, no hay imágenes de cámaras de seguridad, ni ADN, ni motivo que se pueda probar más allá de que salió con su hermana. —Señala a Vera—. Es un hombre que vive en una casa preciosa, que paga sus impuestos, que tiene un trabajo respetado, que jamás ha cometido un delito menor.

Hace una pausa que me parece interminable. Vera tiene la mirada vidriosa.

—Tampoco tiene una sola multa de tráfico, Laura —esta vez se dirige a mí—. ¿Conoces a alguien sin una sola multa en veinte años de carné de conducir?

Sé de qué están hablando, lo sé bien, pero mi rostro no puede expresarlo. Adquiero una expresión angustiada.

—Entonces no podemos hacer nada.

Vera parece desesperada. Había puesto todas sus esperanzas en esta reunión. Cuando vino a mi casa y me lo contó se había jugado demasiado. Confiar en la esposa del hombre que crees el asesino de tu hermana es duro de aceptar.

El agente suelta aire por la nariz, que hace un sonido peculiar.

—Por la vía oficial, no podemos hacer nada, cierto —confiesa—. Una denuncia ni siquiera prosperaría.

—¿Hay otra vía?

La pregunta se me escapa. Incluso yo misma no estoy muy segura de qué he querido decir.

Andrés Quirós levanta una ceja. Casi sonrío.

—Eso lo tiene que decidir ustedes. Yo solo soy quien custodia los archivadores y lanza teorías que no se sostienen.

Vera no aparta la mirada de todos aquellos documentos. Los creía pruebas y no son más que una recopilación de casualidades.

De nuevo el silencio.

Una idea oscura, tenebrosa, empieza a abrirse camino en mi mente. Contengo la sonrisa que quieren conformar mis labios.

—Vera —dice el anciano de repente, como si al fin hubiera decidido confiar en nosotras—, hay algo que todavía no le he dicho.

Ella se incorpora un poco en el sillón.

—¿El qué?

Quirós nos mira a las dos, alternativamente, como si fuera el espectador de un partido de tenis.

—En dos de los cinco escenarios del supuesto crimen había dos rastros de pisadas distintas. No son determinantes, por supuesto, pero no son playas tumultuosas; incluso fuera de temporada son bastante solitarias.

No entiendo una palabra, pero Vera ha abierto mucho los ojos.

—¿Está diciendo...?

El anciano asiente.

—No hay un asesino. Hay dos.

Me quedo mirando la caja de zapatos en mitad de la mesa camilla.

—Dos —se me escapa sin pretenderlo—. Entonces no estoy casada con el asesino, sino con uno de ellos.

Vera me mira. Andrés asiente despacio.

Yo solo siento incomodidad.

—Y solo tú, Laura —dice mi vecina—, puedes ayudarme a desenmascararlo si haces lo que te diga. Y tiene que ser ya. Hoy mismo.

CAPÍTULO 47

MABEL

Bajo a Gijón para hacer las compras de aquello que no encuentro en los pueblos de los alrededores: cierto color de hilo, mis anchoas preferidas y algunas flores de plástico para la tumba de mi tía.

Falleció en junio y ahora soy la dueña de una casa, de dos gallinas y de un perro con más de diez años. También voy a la ciudad porque necesito ver gente, que me empujen en las escaleras de unos grandes almacenes, hasta que me pidan disculpas por haberme pisado.

Tengo cita con un especialista, pero eso no lo he contado en la aldea. No duermo bien, me quedo engarrotada con crisis de pánico y cada día soporto menos estar sola. Espero no necesitar muchas sesiones. Espero que con una pastilla más pueda dejar de pensar. Al menos por un tiempo.

Mientras aguardo a que llegue la hora de mi cita, me estoy probando algunos perfumes en el centro comercial cuando alguien pronuncia mi nombre.

—¿Mabel?

La mano se me engarota sobre el envase y este se desliza entre mis dedos hasta caer al suelo. No soy consciente. La dependienta le quita importancia y es ella quien lo recoge.

Yo no puedo pensar. Solo puedo sentir el pulso en mis sienes, como martillazos sobre una plancha de acero. Logro girarme lentamente.

—Eres Mabel, ¿no?

Ante mí hay una mujer de mi edad con el pelo muy rubio, gafas de pasta y un vestido de verano, demasiado fresco para esta época del año. La reconozco de inmediato. Es Estela, una de mis compañeras de promoción cuando estudiábamos Enfermería.

No la veo desde hace... creo que desde hace años, aunque nos hemos felicitado las Navidades y los cumpleaños desde entonces.

—No esperaba... —me disculpo—. Me he sobresaltado.

Ella se ríe. Le quita importancia con un movimiento de la mano.

—Pero ¿qué haces tú aquí?

Hago memoria. Ella es asturiana, ahora lo recuerdo. La sensación de peligro se diluye. Le pido disculpas a la dependienta y al fin sonrío.

—Me mudé hace ya más de un año. A una aldea. Cerca de Villaviciosa.

—Pensé que eras de esas chicas que se suicidarían antes de abandonar Madrid.

Se ríe. Yo la imito, aunque me parece un comentario muy desacertado.

¿Tendré yo ese aspecto impecable que luce? Sé que no. Me he dejado bastante desde que vivo aquí. Total, apenas veo a algún vecino y mis gallinas son poco exigentes con eso. De alguna forma la envidio. Se la ve feliz, pletórica, contenta de haberme encontrado.

—Me dijeron que te habías sacado la plaza.

—Me pedí una excedencia para cuidar a mi tía —le miento porque ha sido mi tía quien me ha cuidado hasta que se la llevó una parada cardiorrespiratoria.

Estela asiente. Después de tanto tiempo tenemos poco más de qué hablar. Sé que se casó, que tuvo dos hijos y que se divorció. Me lo han contado algunas de las compañeras de aquella época. A la gente le gusta hablar del pasado. No son temas que deban sacarse en una conversación con alguien que no ves desde hace tanto tiempo.

—Cuando te he visto he pensado: «Seguro que está aquí para quitarse de en medio después de lo del médico» —dice como quien

no quiere la cosa.

Se me hieló la sonrisa en la cara. Ella no lo nota.

—¿Qué médico?

—Ibarburu. Estábamos loca con él cuando estudiábamos en Madrid. ¿No te acuerdas? Nosotras acabábamos de acceder a la facultad y él estaba a punto de entrar en el MIR.

La boca se me seca. Llevo un año intentando olvidarme de él, olvidar lo que me hacía sentir. Aún no lo he logrado. Recupero la expresión jocosa que se me supone en un encuentro como este.

—Estuvimos juntos un tiempo —contesto—. Ya sabes. Las cosas no siempre salen bien.

Ella mueve la cabeza arriba y abajo, como si lo lamentara. Las ganas de largarme llegan como una de esas tormentas de verano. Busco una excusa. La cita médica, aunque le diré que es el dentista, le diré...

—Oye, una cosa. ¿Tú sigues teniendo contacto con Laura?

—¿Laura? —musito.

—Laura Salamanca —me aclara, como si yo la hubiera olvidado—. Sé que últimamente os veáis en Madrid.

No me porté bien con ella y llevo ese peso sobre mi cabeza. Laura fue tan amable, tan gentil conmigo cuando lo de Daniel y yo... Lo que hice fue largarme sin una despedida, bloquear su número y no coger sus llamadas.

—No, no —contesto. Necesito salir de aquí—. La perdí de vista hace tiempo.

—Pues no te has enterado entonces.

Levanto los ojos hacia ella. El corazón se me encoge. ¿Le ha pasado algo a Laura? ¿Daniel le ha hecho daño por haberme ayudado?

—¿En-enterarme de qué?

Estela duda un segundo. Sospecho que mi aspecto debe ser terrible. Hoy me he olvidado de los ansiolíticos, y eso que el cóctel de fármacos ya se me queda corto. Al fin me lo cuenta.

—Tuvo un accidente. Hace un mes y algo.

Apoyo la mano en el mostrador de perfumes. La dependienta se acerca temerosa de que ahora los tire todos al suelo.

—¿Cómo que un accidente?

Estela parece compungida.

—De coche. Por Cádiz. Se precipitó por un barranco. Muy aparatoso, al parecer —debe ver la expresión de mis ojos—, pero no te preocupes, que está bien.

Laura.

La única amiga que se ofreció a coger un tren y plantarse en casa de Daniel si pasaba algo. La que me insistió en que la llamara a cualquier hora. La que me hizo entender que tenía que dejarlo y posiblemente con ello ha salvado mi vida.

Me siento una mierda. Solo he pensado en mí todo este tiempo. Solo en mí.

La única vez que la desbloqueé fue durante una de mis crisis nerviosas y le mandé una retahíla de mensajes compulsivos advirtiéndola sobre Daniel, que si se ponía en contacto con ella lo bloqueara, llamara a la policía y tuviera cuidado.

Cuando recuperé la cabeza intenté borrarlos, pero ya se habían eliminado todos de manera automática. Espero que nunca llegara a leerlos. Miro a Estela.

—¿Se ha recuperado entonces?

—Lleva muletas, me dicen, pero está fuera de peligro.

—Joder, Estela. Joder.

Ella me ve alterada y me coge de la mano.

—Mabel, oye. No te machaques. No podías saberlo.

—Le debo mucho a Laura, Estela.

Ella no parece reaccionar, como si no entendiera lo que acabo de decirle. No tengo que darle explicaciones a nadie, y menos a una mujer que no veo desde hace años, por muchas felicitaciones vacías que nos mandemos y muchas...

—Entonces no sabes lo otro.

Mi frente se arruga. ¿Qué otro? No es necesario preguntárselo.

—Laura se casó hace un año. Dicen que es muy feliz.

La forma de contármelo no tiene la naturalidad que debiera. No hay que ser muy lista para leerlo entre líneas.

—¿Con quién se casó? —le pregunto.

Ella aprieta los labios. ¿Lo está disfrutando, aunque su rostro exprese contención?

—Con tu Daniel Ibarburu. Con tu médico.

Un sonido aparece en mi cabeza, como uno de esos antiguos módems que se quejaban antes de conectar a la red. No contesto, no puedo contestar. ¿Daniel y Laura? ¿Qué mierda...?

—Lo supe por una compañera que es de Cádiz. —Se siente en la obligación de explicarme—. Resulta que se casaron unos meses después de que tú te vinieras al norte.

Así que la sorpresa inicial por haberme encontrado en Gijón era solo una patraña. Hay personas así, que disfrutan llevando la desgracia a los demás.

No le contesto. Tampoco me despido.

Simplemente me largo.

Escucho su voz llamándome al salir del centro comercial y camino por la acera sin ninguna dirección, con la cabeza empezando a encajar las últimas piezas de un puzle.

Laura no entró en mi vida por casualidad, como una amiga generosa.

Lo hizo sabiendo exactamente lo que quería, y eso tenía un nombre: Daniel Ibarburu.

A la mierda la consulta del médico y a la mierda todo este miedo, este dolor.

Me encamino hacia la estación de autobuses. Tengo la tarjeta, el dinero de la última baja y lo poco que me ha dejado mi tía. Es suficiente.

Laura no se va a salir con la suya.

No, aunque se lo tenga que escupir a la cara delante de ese maridito suyo.

CAPÍTULO 48

MARCOS

Abro la guanterera y lo miro otra vez. Hoy ya lo he hecho varias veces y seguro que se me van los ojos otras tantas mañana.

La hostia puta. En mi vida imaginé tener un reloj como este: un Tag Heuer de acero, con esfera azul oscuro. Vale cuatro mil quinientos pavos como mínimo; lo he mirado en internet. Para ganarme eso, tengo que partirme el lomo dando masajes en la clínica y en casas particulares durante cuatro meses.

Laura me lo dejó encima del salpicadero la semana pasada, justo antes de marcharse.

—Por tu cumpleaños —me dijo.

—Si no sabes cuándo es.

—Pero seguro que se me pasará.

Le he prometido a Laura que me lo voy a poner, pero ¿a dónde voy yo con un peluco como este en la muñeca?

He pensado en venderlo. Si lo hago por la mitad, me quito el marrón que tengo en Barbate y pago una parte de lo que le debo al tío de Vejer. Incluso es posible que me sobre para una tabla nueva si le saco un poco más.

De todas formas, sé que no puedo hacerlo, venderlo. Si Laura quiere que me lo ponga y no lo tengo, a la mierda con lo nuestro.

Lo nuestro. No tengo ni puta idea de qué hay entre nosotros. Sexo los jueves en la parte trasera de mi furgona, eso sí, pero ¿qué más? Porque no he estado nunca con una tipa como ella en mi vida.

Oigo el motor de su coche entrar en el merendero, un Citroën manejable pero caro. Solemos quedar aquí, en los pinares de Roche.

Es un sitio discreto y, si hay que irse a otro lugar, Laura puede dejar el coche aparcado sin complicaciones.

—Hola, surfero.

Se me tira a los labios y me da un beso. Intento abrazarla, pero se escapa.

Lo noto nada más verla. No tiene esa alegría, esa picardía de siempre. Aunque sonrío, sus ojos están tristes.

—¿Qué te pasa?

Tarda en contestar.

—Daniel, quién va a ser.

El hijo de puta del marido no la deja tranquila. Le he dicho que tiene que abandonarlo, pero Laura me dice que no puede. Voy hacia ella y consigo abrazarla por la cintura para mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa con ese cabrón? ¿Sospecha algo?

Hace una mueca con la boca.

—En su cabeza no cabe la posibilidad de que lo pueda engañar con otro. Ese no es el problema.

—Entonces, ¿qué?

Se deshace de mi abrazo y me da la espalda. ¿Tiene los ojos húmedos? Si ese hijo de puta le hace algo, se las va a ver conmigo.

—Estoy cansada, Marcos. —Gira la cabeza, me mira. Sí, tiene los ojos brillantes—. No te lo he querido contar hasta ahora, pero él...

Hace una pausa. Yo aprieto la mandíbula.

—A veces es violento —termina y creo que tiembla—. Muchas veces tengo miedo de lo que pueda hacer.

Me llevan los demonios, pero consigo que ella no lo vea. Si está asustada por las reacciones de su marido, que yo haga otro tanto de lo mismo no la va a tranquilizar. Me acerco de nuevo, pero esta vez no la toco.

—Déjalo, joder.

—No es tan fácil, Marcos.

—¿Por qué no? Coges una maleta y te vienes.

—¿A vivir contigo, en la furgó, en tu piso compartido?

Reconozco que no soy un buen partido. Desde que estamos juntos es ella la que lo paga todo. Al principio yo sacaba la cartera,

pero Laura nunca me dejaba. Y menos mal, porque doscientos pavos por una cena con vino no me lo puedo permitir. Intento parecer razonable, un buen tío.

—¿Por qué no lo denuncias?

—Daniel es médico, Marcos. Un hombre respetable con amigos en todas partes y dinero para comprar lo que quiera. Nadie me va a creer.

—Pero...

No me deja terminar.

—No tengo salida, Marcos. Tú eres lo único bueno que me queda en la vida después de haber perdido a mis padres.

Me emociona; tengo que reconocerlo. Le paso una mano por la mejilla. Lloro y me la empapa. Me entran ganas de estrellarle la cabeza a ese cabrón.

—Tiene que haber una manera —es lo que digo.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Estás insinuando...?

Instintivamente, doy un paso atrás. De ninguna manera... pero cuando veo que le brillan los ojos, que de pronto hay un resto de sonrisa en su boca, me envalentono.

—Joder, Laura, claro que algo se puede hacer. —Trago saliva, estoy un poco mareado—. La gente tiene accidentes. Daniel le da al alcohol, lo he visto, y la carretera de La Breña está llena de curvas, ¿no?

Tengo la boca como esparto y el estómago hecho un nudo.

Ella está callada. Me observa con... ¿admiración? Voy a decirle que todo es una jodida broma, que yo nunca haría daño a nadie, que yo...

—Yo lo había pensado, Marcos, una y mil veces. —Me clava los ojos—. Sola no podría, pero con tu ayuda...

La cabeza me zumba. ¿De verdad estamos hablando de esto? ¿De verdad estamos planificando el asesinato de su marido? Doy otro paso atrás. Estoy a tiempo de decir que no, que es solo una manera de hablar. Que yo no sirvo ni para matar una mosca.

—Si Daniel tuviera un accidente mortal, ¿sabes qué pasaría, Marcos? Que la casa de Los Caños pasaría a mi nombre; y los

seguros; y los dos apartamentos que heredó de su padre en Madrid; y los ahorros en común; y muchas más cosas que ni siquiera yo conozco. Yo quedaría libre de un hombre que solo quiere maltratarme y podría empezar otra vida. Contigo. Tú y yo juntos. — Me mira—. Nos quedaríamos con todo. ¿No estás cansado de compartir esa mierda de piso y dar masajes en esa puta clínica?

Ella nunca dice palabrotas, pero entiendo que está alterada.

—Yo no... Yo no... —es lo único que sale de mi boca.

Observo cómo Laura parece recapacitar. La mirada extraña que me ha atravesado cambia y vuelve a ser la de siempre.

—Discúlpame. Me estoy volviendo loca. —Es ella la que se acerca, me abraza y hunde su cabeza en mi pecho—. Yo jamás permitiría que te pasara nada, Marcos.

La acuno y suspiro.

Joder. Me he asustado.

Ha sido una puta locura. Solo eso.

La abrazo más fuerte mientras ella me inunda con su calor.

Miro al fondo, a los jodidos pinos. Mi furgoneta vieja, sucia, un cascajo, entra en mi campo de visión.

Joder, sí que sería un cambio de vida si ese cabrón de Daniel se saliera de la carretera. Solo habría que manipular los frenos y quizá ayudar un poco. Solo eso.

Sacudo la cabeza y aparto la idea.

Le beso el pelo.

Ella se remueve entre mis brazos.

Solo un accidente.

CAPÍTULO 49

LAURA

Ahora.

Me he puesto un vestido blanco muy ajustado y me he recogido el pelo entrelazándolo en un moño informal. Un poco de maquillaje y me miro en el espejo: guapa y sexy. No se parece a mí, pero seguro que se parece a la Laura que fui antes del accidente.

Cuando bajo en el ascensor, apoyada en una única muleta, Daniel me mira de arriba abajo.

—Vaya. —Le brillan los ojos—. Estás espectacular.

Vamos a ir a cenar a un restaurante especializado en atún, dicen que es el mejor del mundo y está cerca, en Barbate, cruzando la misma carretera en la que tuve el accidente. Al parecer, era uno de mis favoritos.

—¿Me llegaré a enterar de qué celebramos? —me pregunta Daniel, tendiéndome un vaso de agua con gas y una rodaja de limón.

Hoy le he mandado un mensaje. Sé que ha tenido guardia y por eso ha llegado tarde. Le he pedido que cenemos juntos «para celebrarlo». Se ha extrañado, pero después se ha puesto contento. «¿Celebrar qué?», me ha preguntado. Le he asegurado que lo sabrá esta noche.

Brindamos. Él con vino. Hacerlo con agua da mala suerte, pero me da igual. Me mira de soslayo. No se siente cómodo en situaciones que no controla, que no ha diseñado él mismo, y esta es una de esas.

—Creo que todo esto me ha hecho muy bien —digo, señalando alrededor tras apenas humedecerme los labios.

—¿Todo esto?

—Ya sabes. —Sonríó—. La casa, este aire puro, la playa, los vecinos. —Hago una pausa—. ¿Sabías que Vera tenía una hermana a la que quizá llegaste a conocer?

Sus labios forman una sonrisa espléndida.

—No te ofendas, pero he conocido a muchas mujeres en mi vida. A veces pienso que demasiadas.

Hago una pausa antes de contestar, pese a que el corazón me palpita de una forma que temo que sea visible bajo mi piel.

—Doira.

Dejo el nombre en el aire y lo observo.

Es un gran actor, pero aun así noto una ligera vacilación en su rostro. La comisura de su boca tiembla un instante, parpadea. Necesita beber. Da un trago.

—Supongo. —Se encoge de hombros—. Ya te he dicho que he conocido a muchas chicas en mi vida.

Se vuelve y se sirve un poco más de vino.

—En casa de Vera hay fotos tuyas —intento que suene casual—. Era una joven increíblemente guapa. En una de ellas lleva una cazadora idéntica a la que cuelga de mi ropero. Curioso, ¿verdad?

Cuando me encara de nuevo, su expresión ha cambiado por completo. ¿Cuidado? O quizá miedo. Un sucio y jodido miedo. Lo busco en mí, en mi corazón, y no lo encuentro. Sé que Vera está cerca, más cerca de lo que Daniel puede llegar a suponer, y que actuará antes de que a él le dé tiempo de hacer nada. Además, ese viejo guardia civil sabe lo que vamos a hacer.

Me señala con un movimiento de barbilla.

—¿De qué va esto, Laura?

Le mantengo la mirada.

—¿Recuerdas lo que dijo Álvaro? Que, poco a poco, con el paso del tiempo, mi cerebro se desinflamaría...

—Y entonces podrías recuperar parte de la memoria —termina por mí—. ¿Es eso lo que ha pasado?

Tiene una mano en el bolsillo. El vaso en la otra. Da un paso hacia mí. Yo intento no moverme. La debilidad es lo que azuza a los perros, ¿no? Pues Daniel es como un lobo rabioso y lleno de odio.

—He recordado lo suficiente, Daniel. Lo suficiente.

Se detiene. Es precavido, demasiado.

—A ver, sorpréndeme.

—¿Qué quieres que te cuente? —Intento que no note cómo me tiembla la mano—. ¿Lo de las chicas asesinadas o cómo intentaste matarme simulando un accidente?

Sus cejas se alzan, haciéndose el sorprendido. Insisto, es un magnífico actor.

—Yo no he matado a nadie.

—¿Ni siquiera a mis padres?

El rictus de Daniel se transforma de nuevo. La boca apretada, los ojos sucios. Deja la copa a un lado y da un par de pasos hacia mí, muy despacio, al acecho. Yo me muevo lo justo para colocar el impoluto sofá de piel blanca entre los dos.

—¿De dónde has sacado todas esas patrañas?

No vacilo.

—Cinco mujeres, Daniel. Desde que pisaste estas playas siendo apenas un adolescente, han desaparecido cinco mujeres y tú siempre has estado ahí —lo confronto—. Eso tiene un nombre.

Me cuesta descifrar su mirada. Parece alterado, escandalizado.

—¿Me crees capaz de hacer eso?

Por un instante, solo por un instante, lo dudo, pero recuerdo cómo me manipulaba, cómo me obligaba a aparentar que todo era perfecto. Busco en mi mente algo con lo que confrontarlo, un arma dialéctica.

—¿Y la nota?

—¿Qué nota?

Me la saco del bolsillo y se la tiendo. Me he preocupado de llevarla siempre conmigo. Él la lee: «Amnesia confirmada. Proseguir según lo acordado». Su frente se arruga.

—¿De dónde coño...?

Veo que no tengo que explicárselo. Lo acaba de recordar. Daniel a veces es un tanto despistado sobre dónde pone sus cosas. Asiente lentamente y se mete ambas manos en los bolsillos y, con ellas, el papel.

—Fue solo un cambio de planes cuando descubrimos que no te acordabas de nada.

Tiene la cabeza inclinada, la barbilla pegada al pecho, y me mira de una forma que me eriza la piel.

—¿No fuiste tú quien manipuló mi coche? —lo reto.

Me mantiene la mirada. Lo siento como un pulso. Quien vacile, pierde. Curiosamente, da un paso atrás y se sienta en el otro sofá. Una mano en el regazo. La otra extendida sobre el respaldo. Su tranquilidad me asusta más que sus ojos amenazantes.

—Digamos... —Busca los términos correctos—. Digamos que ayudé.

¡Lo tenemos!

—Así que confiesas.

Su boca sonrío. Ahí está. Esa forma difusa que no llega a ser una sonrisa.

—Yo no mataría una mosca, pero he de reconocer que me gusta ver a las polillas revolotear junto a una llama sin que sepan aún que ese mismo calor las va a matar.

No tengo ni puta idea de a qué se refiere, pero ha confesado, ¿no? ¿Acaso no ha dicho que él está implicado en mi accidente, en esas desapariciones? Mi rostro se llena de fingida indignación.

—Eres un monstruo.

—Yo solo disfrutaba de ellas. —Su sonrisa se amplía—. Tomás, creo que ya has conocido a mi jardinero, ha sido siempre el que se ha deshecho de los cuerpos.

Instintivamente, doy un paso atrás. El tipo grande que conocía a Daniel desde niño. Eso no lo esperaba. Así que esos son los dos, como decía Quirós... La cabeza me da vueltas, pero reacciono a tiempo. No puedo bajar la guardia. Daniel es un tipo peligroso. Siempre se ha salido con la suya. Hoy no.

Lo señalo con la barbilla, como antes hiciera él conmigo.

—Eres un sucio asesino.

—Insisto. —Se alisa una arruga en el pantalón—. Yo jamás he matado a nadie. No me creo capaz de hacerlo.

La voz proveniente del vestíbulo hace que se vuelva hacia allí.

—Pues tendrás que contárselo a la policía, porque la confesión está grabada.

Vera lleva encerrada en el armario de la entrada desde antes de que Daniel llegara a casa. Nuestro plan es sencillo: aguardar, grabarlo todo y aparecer en el momento justo. Lo más fácil siempre es lo que mejor funciona.

—¿Qué mierda...?

Daniel se pone de pie de un brinco, pero no se mueve de donde está.

Vera también lleva una pistola. Ella y yo sabemos que no funciona. Estaba en casa de su madre y es de fogueo. Daniel no.

Vera me mira para asegurarse de que estoy bien. La tranquilizo con un movimiento de cabeza. Ya lo tenemos. Lo tenemos. Solo entonces se encara con el asesino, con el monstruo, como ella lo llama. Levanta la pistola y le apunta directamente a la frente. Veo el miedo en los ojos de Daniel. Un miedo claro, limpio, casi primordial. Reconozco que lo disfruto.

—Y no te mato aquí mismo —le escupe a mi jodido marido— porque eso no me devolvería a mi hermana.

La situación es tensa. Hay que retenerlo hasta que llegue la policía. No sé si Quirós ya los ha llamado. Un reflejo me hace mirar hacia la ventana. Veo a alguien al otro lado de la cristalera. Me sorprende al principio, pero entonces entiendo que me dijo en una ocasión que siempre estaría pendiente. Vera me sigue la mirada y apunta hacia allí. Yo la tranquilizo.

—Es un amigo. Déjalo pasar.

Duda, pero me ve tan segura que, sin soltar la pistola, abre la puerta corredera para dejarlo entrar.

Álvaro, mi médico, parece desconcertado. Mira alrededor. A Daniel, a Vera, a mí.

—¿Qué diablos pasa aquí?

—Tengo mucho que explicarte —le digo.

Pienso en su preciosa niña pequeña y en lo que pasará por su cabeza cuando se entere...

—Laura, ¿estás bien? —Se le ve preocupado. Me mira, alarmado—. ¿Por qué esta mujer blande una pistola? Cuéntame qué

diablos pasa.

Yo sonrío. Somos tres contra uno. Daniel no tiene posibilidad de escapar. La tensión mantenida desaparece. Siento que me faltan las fuerzas.

—Has llegado justo a tiempo. —Álvaro es nuestro salvador—. Daniel ha...

Pero mi gesto, mi manera de acaparar la atención, ha hecho que Vera baje la guardia, lo que Álvaro aprovecha para golpearla. Es un golpe certero, rápido, en mitad de la nariz. Es médico y sabe cómo dejar a alguien fuera de combate.

Cuando Vera se desploma sin conciencia, él coge la pistola, la examina y la arroja a un lado. Sabe que no vale para nada. Se saca otra del cinturón.

—Tuviste intuición —le dice Álvaro a su amigo—. Esa invitación repentina a celebrar algo esta noche era muy extraña.

Daniel sonrío. Ambos brazos extendidos sobre el respaldo del sofá. La mirada clavada en mí.

—¿Ves? —me dice mi marido con calma, casi con amabilidad—. Yo nunca he matado a nadie. Álvaro era el que se encargaba de eso. Y Tomás, de que no aparecieran. Yo solo las elegía. El puto trío perfecto.

CAPÍTULO 50

VERA

Cuando recupero la conciencia tengo la sensación de que no puedo respirar.

Me duele la cabeza con un pulso sordo en la sien izquierda. La nariz me arde. Trago algo metálico y entiendo que es mi propia sangre.

—Más vale que no te muevas de ahí.

El que me amenaza es el recién llegado al que alguien ha llamado Álvaro.

Está de pie, junto a la cristalera por la que yo misma lo he dejado pasar hace no sé cuánto tiempo, confiando en que era un amigo de Laura, alguien que venía a ayudarnos. Tiene una pistola en la mano. Calculo cuánto tiempo he estado inconsciente. Tengo las muñecas atadas con el cable de la lámpara, así que ha pasado lo justo para que alguien me haya sentado en el sofá de tres plazas como si fuera una muñeca.

El monstruo está al otro lado. Plácidamente recostado. Las piernas cruzadas. Como si estuviera viendo una película.

Giro la cabeza hacia Laura. Está sentada en el sillón individual, enfrente. Los ojos rojos. Una marca en la mejilla, de las que se producen cuando alguien te toma el rostro con fuerza. Se muestra erguida, las dos manos sobre los muslos, observándolos alternativamente a uno y a otro.

Nos cruzamos la mirada un segundo. Entiendo que está bien. Bien dentro de lo posible, que no es mucho.

Álvaro me mira con desprecio. Le estorbo. Después se gira hacia Laura y se humedece los labios.

—Como te decía, todo empezó por casualidad. Éramos unos niños. Aquella chiquilla bebía los vientos por Daniel y aquel verano había bajado con sus padres a pasar unos días en Conil. —Sonríe—. ¿Y dónde estábamos nosotros de viaje de fin de curso? —Nadie dice nada, ni siquiera el monstruo—. Daniel le gustó en cuanto lo vio en una heladería, como les pasa a todas. Se dieron un par de besos y él la citó en una playa. Éramos unos mocosos. Era solo una broma, ¿sabes? Solo queríamos divertirnos. Ver qué pasaba cuando, a la cita con su chico, se presentaban dos de sus amigos. Tomás y yo.

Se encoge de hombros con un gesto que es, a la vez, lo más cínico y lo más cotidiano que he visto en mi vida.

—Un mal golpe. Te lo juro.

Daniel sonríe desde el sofá. Una sonrisa casi nostálgica.

—Lo hiciste a posta, cabrón.

—Quizá se me fue la mano. Seguro que se me fue la mano. El caso es que la chica no recuperó la conciencia. Tomás, que era de aquí y conocía a Daniel, supo cómo hacerla desaparecer. Su padre tenía una barca de pesca. Se la llevó mar adentro. Se la tragó el agua. Daniel y yo somos amigos desde niño. Yo siempre he estado ahí, a su lado. Siempre.

Tomás.

Parpadeo.

¿Están hablando del jardinero? Ese tío entra y sale de la casa como si fuera la suya.

Pienso en Doira.

Pienso en mi hermana a los veintitrés años, en aquella playa, una noche cualquiera, cuando iba a dejar una relación con el tipo que tengo a un lado. El monstruo que se cobija en esta cueva.

Me entran ganas de gritar, de escupirles, de buscar un cuchillo. Pero no hago nada. Tengo las manos atadas y a un metro de mí hay un hombre con una pistola.

Me quedo quieta.

Laura habla por fin. La voz, quebrada, pero la pregunta no puede ser más acertada.

—¿Cu-cuántas mujeres habéis...?

—¿Tú llevas las cuentas, Daniel?

Daniel hace cábalas con los dedos, despacio, como un niño en un examen.

—Aquí, en la zona de Los Caños, fueron siete, creo. A dos ni siquiera las echaron de menos. La *hippy* y su amiga. ¿Te acuerdas?

La cara de Laura se descompone.

—¿Ha habido más?

—Algunas más —dice Álvaro con orgullo—. Aunque solo hemos podido compartirlo con Tomás cuando ha sido por esta zona. En Madrid nos las aviamos solos. Ese Tomás es un bocazas. ¿Sabías que Tomás es un bocazas, Daniel?

El monstruo no contesta. Mira la cristalera como si fuera una televisión apagada.

Laura coge aire. Parece aterrada, como yo, pero se mantiene firme.

—Pero... ¿por qué?

Daniel se encoge de hombros. Es el gesto de quien responde a una pregunta estúpida.

—La adrenalina, supongo. Elegir. Quién, cuándo, cómo. Dejar que, durante algunos meses, se sienta una mujer especial. Que crea que el día más importante de su vida está ocurriendo. Es como hacerle un regalo, ¿no?

Trago la sangre que me sigue bajando por la garganta para no vomitar sobre el sofá.

—Monstruos.

Lo digo sin pensarlo, como un vómito, pero ninguno de los dos me presta atención.

Daniel se inclina hacia Laura. Los codos sobre las rodillas. Tiene una postura íntima, casi de conversación entre amantes.

—¿Nosotros somos unos monstruos, Laura? —Se humedece los labios—. ¿Y tú?

Laura abre la boca, pero no salen palabras.

—Tú te follabas a ese niñato a mis espaldas. ¿Creías que no lo sabía? Álvaro os vio en las Calas de Roche. En una furgoneta de mierda con olor a neopreno quemado. Cinco semanas seguidas, los

jueves a las cuatro y media. Tomás llegó a grabaros a través de la ventanilla. Una mierda.

La cara de Laura se descompone.

¿Están hablando de Marcos, el fisio? ¿Por eso Daniel lo contrató? ¿Para tenerlo cerca tras el accidente? Eso sería demasiado retorcido.

—Yo quería acabar contigo el mismo día que me enteré. Avisar a Tomás y zanjarlo. Pero Álvaro quiso esperar. Quiso saber hasta dónde eras capaz de llegar. Eras un reto para nosotros. Te salías de todos los parámetros.

Laura niega con la cabeza muy despacio. Parece espantada consigo misma, con lo que dicen que era capaz de hacer:

—Yo no... yo no...

—¿De eso tampoco te acuerdas, cariño?

Álvaro se acerca. Llega hasta el sillón de Laura, se inclina sobre ella, le coge un mechón de pelo entre dos dedos y se lo enrosca con esa delicadeza obscena con que algunos hombres tocan a las mujeres cuando saben que pueden hacerlo aunque no tengan permiso.

—Tú y ese niño habíais decidido acabar con Daniel. Tomás puso micros en los dos coches. Llevábamos semanas escuchándoos. Tú lo manipulaste, Laura. Tú le metiste la idea de que toqueteara sus frenos para que acabara en la cuneta en una de esas curvas de Las Breñas. Tú le hablaste de la casa, de los apartamentos de Madrid, del seguro. Le pusiste delante exactamente la zanahoria que un chaval con deudas necesita.

Laura llora. Parece una mujer hundida. ¿Recuerda a esa Laura? ¿Tiene algo que ver con ella? Son lágrimas grandes que le empapan la barbilla y le mojan el vestido.

—Y, por si acaso —añade Álvaro—, escribiste un puto diario de ficción. Tu propio diario, Laura. Tomás te grabó disfrutando mientras te inventabas todas esas cosas. ¿Cómo le dijiste a tu amante en la furgoneta? Lo tengo en vídeo. «Fabricar pruebas para el futuro, para que nadie dude de que Daniel era un mal tipo». Esa fue la frase.

El corazón se me congela dentro del pecho.

El diario que yo encontré en el trastero. El diario que yo le entregué a Laura como si fuera la prueba que le abriría los ojos de una vez. Recuerdo una frase: «Llevo un año teniendo miedo». ¿Todo era mentira?

Miro a Laura. Abatida, destrozada, una muerta en vida. Esa mujer ya no tiene ganas de vivir con lo que acaba de descubrir de ella misma. De quien fue.

—Me enamoré de ti, Laura. —El monstruo le acaricia el cabello—. Me enamoré de verdad. Ibas a ser la única que no... pero Álvaro tenía razón. No hay que fiarse de las mujeres. Nunca debí fiarme de ti.

Laura levanta la cabeza. Es un remedo de la mujer hermosa que bajó las escaleras hace apenas una hora.

—¿Y por qué no acabasteis conmigo en Urgencias?

Ambos hombres se miran. Hacen unas muecas de cansancio que se parecen mucho la una a la otra.

—¿Sabes lo difícil que es cometer un «error» en un quirófano? Estás rodeado de gente, gente que sabe tanto como tú, que conoce el procedimiento. Era mejor dejarlo para más adelante. La sala de Cuidados Intensivos, por ejemplo. Pero tu mente se fracturó, lo olvidaste todo, y tu precioso marido decidió que era una nueva oportunidad que os había dado el cielo. ¿No lo expresaste así?

El monstruo parece avergonzado. Se cruza de brazos.

—Tenías razón. Debimos cargárnosla allí. ¿Eso es lo que querías que te dijera? ¿Y dónde coño está Tomás?

Álvaro suelta el pelo de Laura. Tiene una mirada brillante, de loco.

—Ese cabrón ya no va a hablar más.

Siento que la cabeza se me va. Me hundo contra el respaldo del sofá. Laura tiene un espasmo en el pecho. Un ruido que no es del todo un llanto.

—¿Habéis matado...?

No pronuncia el nombre.

—Cierra la boca —escupe Álvaro—. Tengo dos fiambres en el coche. Con vosotras dos, cuatro. No es fácil deshacerse de cuatro.

Se ríe de su propia broma. Daniel acompaña la risa. Sería casi patético si no fuera terrorífico.

De repente caigo en la cuenta.

—¿Dos? —pregunto.

—Ese cabrón jubilado de la Guardia Civil —me explica, molesto—. Llevaba toda la tarde husmeando alrededor de la casa. Aparcó el coche en el camino del pinar. Se ve a un kilómetro.

Quirós.

Andrés Quirós.

El hombre que esta mañana me prometió por teléfono que no se apartaría de aquí, que vigilaría la zona, que estaría al tanto para llamar a la policía si algo pasaba. Nuestra única salvación.

No sé qué hacer ni qué decir. Me duele y lo siento por él. Quizá sea yo quien lo ha llevado a esta muerte miserable.

Cierro los ojos.

Dudo que tengan nada más que decir. Pronto nosotras lo acompañaremos. Eso se convierte en un leve consuelo tras haber sido responsable de la muerte de un hombre.

¿Me pondrán un cojín sobre la cabeza para no alertar a los vecinos con el disparo? ¿Lo harán de otra manera?

Pero no puedo seguir pensando, porque en ese momento suena el timbre de la puerta.

CAPÍTULO 51

MABEL

Nueve horas de autobús, con un trasbordo en Madrid, me muelen los huesos y ya es de noche cuando un taxi me deja delante de la cancela encajada de una casa de Los Caños de Meca que conozco bien.

Me sudan las manos. He estado a punto de tirar mi vida por la borda; lo he hecho, quizá, por confiar ciegamente en una mujer que creía mi amiga y que, sin embargo, se ha aprovechado de mi inocencia, de mi inseguridad para conseguir su objetivo: conseguir a Daniel.

¿Cómo fui tan estúpida para no darme cuenta de la forma en que lo miraba? Sí, estuvimos pocas veces los tres juntos, pero, ahora que intento recordar, ahí estaba todo: la manera en que retorció las conversaciones para terminar hablando de Daniel, el modo en que lograba poner en mi boca palabras que estaban en su cabeza, la habilidad para convencerme de que el hombre que mejor me ha tratado era un monstruo y mi única opción era huir de él.

¡Maldita Laura! Reconozco que aún no he asumido que se ha casado con Daniel. ¡Está casada con él! ¿Se puede ser más perversa? Quizá haya conseguido engañarme, pero ahora va a enfrentarse a sus propias acciones.

El coche de Daniel está aparcado junto a la entrada, así que está con ella. Perfecto, porque se lo voy a contar todo, todo: cómo me buscó en el hospital, cómo fue alimentando nuestra amistad de una manera antinatural y cómo me fue envenenando las ideas contra él, haciendo que en mi cabeza anidaran pensamientos

absurdos y sospechas infundadas que nada tenían que ver con la realidad.

Traspaso la cancela y miro alrededor.

La casa de enfrente está en penumbra. La de Daniel tiene las luces encendidas, un resplandor tenue que se filtra por las cortinas corridas que dan a la fachada.

Estoy nerviosa, lo sé, pero también decidida.

Laura es astuta y malvada, pero no me va a impedir hablar, decir la verdad.

O ella o yo, y Daniel tiene que saber con qué tipo de mujer se ha casado.

Tardo unos segundos en hacerlo, pero al final pulso el timbre.

La campanada triple rompe la noche.

Espero.

Si es ella la que viene a abrir, no la dejaré decir una sola palabra. La empujaré si hace falta y...

¿Qué es eso? Suena a cristales rotos. ¿Un grito? Doy instintivamente un paso atrás mientras el corazón se me acelera.

Pulso de nuevo el timbre, dos, tres veces.

Ahí dentro está pasando algo, y no tiene pinta de ser nada bueno.

No sé qué hacer. Quizá solo sea una disputa de pareja que se les ha ido de las manos, pero entonces escucho los disparos.

Dos.

Consecutivos.

Se me hiela la sangre.

¡Disparos!

Retrocedo hasta trastabillar. Estoy a punto de caerme. Me refugio ridículamente tras un seto, como si este pudiera detener una bala, saco el móvil del bolso y al fin llamo a emergencias.

Me hacen muchas preguntas y no sé contestar a la mayoría de ellas. ¿Cómo puede ser necesario perder el tiempo en vez de mandar a una patrulla? Les grito que vengan, que algo terrible le está sucediendo a Daniel. Me indican que no haga nada, que me ponga a salvo y que espere.

Esa es mi intención, pero... ¿Y si Laura se ha vuelto loca y se ha hecho con una pistola? En este momento me lo espero todo de ella.

Salgo de mi ridículo refugio y me pego contra la pared. Conozco la casa y sé que la puerta corredera que va a la piscina no suele estar cerrada.

Quizá pueda escabullirme por allí, sorprenderla, ayudarlo.

Me tiemblan las rodillas, pero logro bordear el edificio. Las luces de la piscina están encendidas, lo que aporta un aspecto engañosamente sereno a la noche. Alcanzo la esquina. La corredera está solo encajada, las costosas cortinas abiertas de par en par.

Y entonces lo veo.

El interior.

El interior se despliega ante mí con la quietud macabra de uno de esos dioramas que exponen en los museos.

Un hombre caído en el suelo, mientras lentamente se forma a su alrededor una mancha de sangre.

Una mujer madura, de cabello claro, con las muñecas atadas y una pistola en la mano.

Y a Laura, con el rostro desfigurado por el terror, que se encoge sobre sí misma en el sillón individual donde tantas veces me he sentado.

Me quedo quieta, rígida. ¿Y Daniel?

Y es entonces cuando una figura oscura pasa por mi lado a toda velocidad. Siento el aire moverse antes de verlo. Me roza apenas. Estoy demasiado impactada como para reaccionar. Suena otro disparo. El arma en la mano de la mujer, apuntando precisamente a donde yo estoy.

Y entonces.

Solo entonces.

Me doy cuenta de que esa figura es Daniel, y que se ha perdido en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 52

LAURA

Ahora.

Las luces azules y oscilantes de los coches de la Guardia Civil barren la fachada de la casa y, al mezclarse con las anaranjadas de las ambulancias, aportan a la escena una identidad irreal.

Fuera, más allá del jardín, se oyen voces, motores y órdenes secas. Buscan a Daniel entre los pinos, en los caminos que bajan hacia la playa, en cualquier sombra donde pueda haberse escondido. Se ha fugado y conoce demasiado bien estos parajes.

Vera está tumbada en una camilla mientras le hacen un reconocimiento previo, por si hubiera que hospitalizarla. Mabel está sentada a mi lado, en el escalón del porche. En silencio. Como yo.

Estamos en el jardín delantero de la casa, rodeadas por un cordón policial que vela por nuestra seguridad. Los investigadores se encuentran en el salón que da a la piscina, donde ha transcurrido todo. El médico forense está dentro, junto al cuerpo, a la espera de que el juzgado autorizara el levantamiento. Algunos vecinos ya se agolpan tras el murete que bordea la propiedad, al otro lado del cordón policial. Muchos de ellos han escuchado los disparos. Otros se han sobresaltado por el bramido de las sirenas, por el jaleo que se ha formado en poco tiempo delante de la casa.

No tengo muy claro qué ha pasado esta noche hasta llegar hasta aquí.

Hace una hora estaba convencida de que íbamos a morir. Esos dos no podían dejar testigos, no podían dejar cabos sueltos.

Y entonces sonó el timbre de la puerta.

¿Se sorprendió Álvaro tanto como yo?

Quizá, porque su cabeza se giró hacia el fondo, hacia el espacio que comunica con el salón delantero. Fue solo un instante. Quizá menos de un segundo. Pero Vera reaccionó.

Aún me pregunto cómo no se me ocurrió hacerlo a mí, aunque es cierto que Álvaro estaba entonces a escaso metro y medio de ella, de pie, con la pistola en la mano.

Vera se arrojó, se tiró sobre él con todas sus fuerzas. Tenía el rostro ensangrentado, la nariz hinchada, seguro que un dolor insoportable, pero no lo dudó.

Si no hubiera sido por ese segundo, menos de un segundo en que Álvaro estuvo entretenido con el sonido de un timbre que no esperaba, una bala en la frente la habría frenado en seco, pero no. Fue toda una sorpresa. Tuvimos suerte.

Yo grité. Los vi rodando por el suelo. Ella tenía las manos atadas, él una pistola.

Solo entonces Daniel comprendió lo que estaba pasando y fue a levantarse para ayudar a su amigo, a su socio, pero entonces intervine.

Me abalancé contra él sin pensarlo, con todo el peso de mi cuerpo, las uñas afiladas, a mordiscos, a puñetazos, con todo lo que tenía, porque no podía dejarlo hacer o ambas moriríamos allí mismo.

Pelemos, luchamos, hasta que escuché la voz helada de Álvaro.

—Hija de puta. ¿Creías que te ibas a salir con la tuya?

Me volví para mirarlo. Daniel aprovechó para golpearme, pero ya daba igual. Álvaro estaba de pie, con la pistola en la mano, y apuntaba a una Vera caída en el suelo, exhausta, ensangrentada.

Aquel era el final.

La primera bala para Vera.

La segunda, para mí.

No cerré los ojos. Si la muerte venía, que me cogiera de frente, sin vacilar, nunca he tenido miedo a la muerte. Las personas como yo no lo tenemos.

Y Álvaro apretó el gatillo.

Y no pasó nada.

Nada.

Las pistolas de fogueo no emiten sonido alguno cuando no están cargadas.

Su cara de estupor, de incompreensión, fue un poema. Miró la pistola que tenía entre los dedos y solo entonces comprendió que se había equivocado de arma.

Pero entonces Vera alzó la mano, las muñecas atadas con el cordón de una lámpara.

Allí estaba empuñada la otra pistola, la de verdad.

No dejó que Álvaro reaccionara, hubiera sido demasiado peligroso.

Disparó.

El primero le dio en el estómago. El segundo, en el centro del pecho.

Yo lo vi caer de rodillas, con la misma expresión de no entender nada, de que aquello no estaba en sus planes.

Después se desmoronó como una toalla vieja, cayendo desmadejado sobre el suelo.

Hubo un momento de silencio, de ingravidez. No se movió nada. Ni siquiera el viento, algo inaudito en esta parte de la costa.

Y entonces Daniel me empujó, me quitó de encima y salió corriendo hacia la cristalera abierta.

Grité y Vera alzó de nuevo la pistola.

¿Creyó que me atacaba? ¿Había encontrado una excusa para acabar con otro de los asesinos de su hermana?

Nunca lo sabré, y eso pertenece a la intimidad de Vera. Disparó, claro que disparó hacia la oscuridad de la noche, pero Daniel ha escapado y ahora está ahí fuera, agazapado como una alimaña, como un animal herido.

—Tome, algo caliente.

Un enfermero me tiende un vaso de plástico. Huele bien. Me doy cuenta del hambre que tengo. Hace lo mismo con Mabel, sentada a mi lado.

La miro. Está en *shock*. La última bala podría haberla matado. Sigue con el mismo semblante blanco de cuando la descubrimos de

pie, allí, junto a la piscina.

Sorbo los mocos. La noche está llena de estrellas y posiblemente ellas sean las únicas que saben la verdad.

—Nos hemos librado gracias a ti —le agradezco.

Ella vuelve la cabeza. Parpadea. Intenta enfocarme.

—¿Cómo...?

—No sé por qué estás aquí, pero tú nos has salvado.

Sigue confundida. Mientras llegaba la Guardia Civil nos hemos parapetado las tres en el salón, por si Daniel intentaba atacarnos. Vera ha llorado por Quirós. También me ha confesado que fue ella la que dejó la cazadora negra con capucha en mi ropero, para que yo la encontrara. Me resulta curioso cómo algunos seres humanos pueden desarrollar vínculos tan fuertes, mientras que otros...

En algún momento Mabel ha explicado, gritado que venía a desenmascaramme, a poner las cartas boca arriba. Vera la ha tranquilizado. Es evidente que sigue impresionada.

Le sonrío.

—Tienes muchas cosas que contarme. —Bajo la cabeza. Me visualizo a mí misma como una imagen de la inocencia—. Por ejemplo, cómo terminé casada con Daniel.

Su rostro se alza en un instante, como si mis palabras hubieran rozado un resorte.

—Me lo robaste.

—¿Yo?

—Me envenenaste la mente para que sospechara. —Se altera—. Urdiste un plan para separarme de él. Lo hiciste a conciencia, con todo el cuidado.

Mi rostro se muestra asombrado; mi tez, pálida. Me llevo una mano a los labios. Una lágrima resbala por mi mejilla.

—¿De verdad yo era así?

Lo duda. No sabe si hablar del pasado o del presente. Debe de saber lo de mi accidente. Lo de mi pérdida de memoria.

—Lo eras —se convence—. Creo que tu cambio de aspecto, la mujer espectacular que tras muchos años apareció en mi puesto de trabajo, formaba parte de un plan para quedarte con Daniel. Es absurdo, pero lo creo.

Bajo la mirada. Aprieto los puños hasta que los nudillos se me ponen blancos. Parezco una sombra de mí misma.

—Entonces, yo también era un monstruo —digo con la voz quebrada.

De nuevo tarda en contestar. Cuando lo hace, su voz se ha suavizado.

—Pero al final resultó que tenías razón. Daniel era un asesino.

Un asesino. Un asesino en serie, aunque no fuera su mano la que acabara con la vida de esas desgraciadas mujeres, sino la de Álvaro, el buen médico, el padre amantísimo.

Me atrevo a ponerle una mano sobre la suya. Hace frío y las mantas térmicas, doradas y escandalosas, no hacen mucho para mantener el calor.

—Me gustaría poder disculparme por lo que hice, aunque esa Laura fuera una mujer distinta a la que hoy me siento.

Ella traga saliva.

—No sé si podré perdonarte alguna vez. He sufrido mucho por tu culpa. Llegué a pensar que me había vuelto loca.

Lo comprendo. No puedo hacer otra cosa que asentir.

—Aun así —insisto—, lo lamento desde lo más profundo de mi alma. Y te prometo que lucharé con todas mis fuerzas para no volver a convertirme en esa mujer despreciable.

Ella me mantiene la mirada.

La duda está ahí, en sus pupilas. No se irá jamás.

—Eso espero —dice al fin.

Yo se lo agradezco.

—Te lo juro por la memoria de mis padres.

CAPÍTULO 53

MARCOS

Las luces de la policía me cortan el rollo, pero esa es la casa de Laura. Lo que sea que haya pasado, ha pasado allí mismo, y necesito enterarme.

Avanzo a pie por el carril. Cada vez hay más curiosos que se acercan al perímetro policial.

Miro alrededor. Los haces de las linternas han vuelto intranquila la noche. Los he visto en la playa, entre los pinares, en la carretera, donde he pasado por dos controles antes de poder llegar aquí.

La mierda que haya pasado ha tenido que ser gorda.

Observo la casa mientras me acerco. Están todas las luces encendidas y hay mucho movimiento en su interior. Puta mierda, Laura, qué has hecho.

Mantengo las distancias. No me gusta la policía y menos aún la Guardia Civil. Me coloco en la última fila de curiosos, me alzo sobre las puntas de los pies y echo una ojeada.

Están atendiendo a una mujer en una camilla, al pie de una ambulancia. Tiene la cara ensangrentada, pero parece que está bien porque bebe por sí misma de un vaso de plástico.

Es entonces cuando veo a Laura.

Está sentada en el porche, con una de esas mantas térmicas sobre los hombros. Habla con otra mujer que no he visto en mi vida. ¿Y el marido? ¿Y Daniel?

Intento ver si tiene esposas en las muñecas o si está custodiada por uno de esos maderos, pero no, se la ve tranquila,

desmejorada, pero tranquila. Un escalofrío me recorre la espalda.

—Lárguense a sus casas, aquí no hay nada que ver —nos dice un agente.

Algunos se marchan. La mayoría nos quedamos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a una mujer mayor que está en pijamas y se tapa con una manta.

—El marido ha matado a uno y se ha fugado —me informa—. Ellas tres se han librado de milagro. Pobrecitas. Seguro que es un asunto de drogas.

Vuelvo a mirar a Laura. Parece impasible, incluso tranquila. Aprieto la mandíbula. No tengo ni idea de qué ha pasado ahí, y no soy yo el que se va a quedar para saberlo.

Me doy la vuelta tal y como he llegado.

Sí, me extrañó que Daniel me contratara para atender a Laura tras el accidente. Siempre había sospechado que sabía lo nuestro. Siempre. Ahora comprendo que quería tenerme cerca, el muy cabrón. Quizá para convertirme en la prueba de que su esposa jamás recuperaría la memoria, pero, al parecer, las cosas no le han salido como esperaba.

Va siendo hora de largarse una temporada de aquí, de probar suerte en otro lado.

No sé. Quizá Londres. Lejos. Donde ella no esté.

CAPÍTULO 54

LAURA

Ahora.

Mabel ya se ha marchado. Creo que una patrulla la ha llevado primero a declarar y después a un hotel, o quizá a la estación. No lo sé. Supongo que será el protocolo con las víctimas: no dejarlas que cojan un tren sin más.

A Vera la han ingresado en el hospital de Cádiz, en el mismo en el que yo desperté, en el que trabajaban Álvaro y Daniel. Tiene una herida fea en la cara, el puñetazo, pero nada más. Vera tendrá que declarar ante el juez. Ha disparado y ha matado a un hombre, aunque todo apunta a legítima defensa.

Las tres hemos prestado declaración tras una noche demasiado larga. Habrá un juicio. Dudo que la condenen por nada. Si lo que contamos se sostiene, salvó nuestras vidas. En definitiva, ha salvado la vida de muchas mujeres que a lo largo de los años podrían haber caído en las garras de esos monstruos.

Tal y como oímos decir a Álvaro, los cuerpos del jardinero y del viejo agente de la Guardia Civil han aparecido en el maletero del coche. El primero, estrangulado. El segundo tenía un disparo en la cabeza. Vera ha vuelto a llorar. He oído decir que ni siquiera se enteró.

De Vera me he despedido con un abrazo a las puertas de las dependencias de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Mabel y yo nos hemos saludado con una mano antes de que se la llevaran.

A mí aún me queda tiempo de estar aquí. Hay papeleo por rellenar y mi seguridad no está garantizada. Me han aconsejado que no vuelva a la casa, que me aloje con alguien en Madrid. Están buscando a Daniel y puede ser peligroso.

Daniel.

Cómo puede alguien enajenarse de esa manera.

No me refiero a él, me refiero a mí.

Aquella noche, hace muchos años, en un chiringuito de Cádiz, cuando eligió a mi amiga en vez de a mí, lo odié, vaya que si lo odié. Mi padre decía que yo lo merecía todo. Mi madre, que era un ser retorcido y manipulador.

Un sentimiento de repulsa sería lo único que tendría hacia él si no hubiera visto por casualidad una foto suya publicada en una revista médica.

Absurdo, ¿verdad? E inexplicable, porque el odio se convirtió en deseo y el deseo en la necesidad de amarlo.

Tenaz, eso era. Eso era lo que decía mi padre de mí. «Eres tenaz y no paras hasta que no lo logras».

Dieta, ejercicio, algún retoque facial y en la mano fotografías tomadas de internet de las mujeres que sabía que le habían gustado en el pasado. El resultado fue caro, pero aceptable. Solo necesitaba dejarme ver.

Y ahí apareció Mabel, la insípida de Mabel, la inoportuna de Mabel.

¿Cómo era posible que aquella mosquita muerta hubiera llamado la atención de un hombre como Daniel? A mi querido esposo siempre le ha gustado picotear entre el personal sanitario. Mabel fue una molestia pasajera. Solo fue necesario apartarla, inducirla a pensar cosas horribles y hacer que le tuviera miedo al hombre que amaba.

Después, dejarme ver. Acompañarlo mientras se hundía por la pérdida de Mabel, convertirme en la amiga que siempre está ahí, en la que a veces duerme en su casa hasta que la música, el vino, provoca un beso y de ahí... una boda.

Sí, tenaz. Y juiciosa, añadiría yo.

Los primeros meses con Daniel fueron los más felices de mi vida, hasta que de nuevo se acabó el dinero. Era guapo, pero tacaño. Lo suyo, suyo, y lo mío, mío. Y como creía que las horas que pasaba en el ordenador eran porque trabajaba, estaba convencido de que no necesitaba nada de él.

Cabrón.

Cuando se terminó el dinero de la herencia de mis padres me encontré en apuros. Apuros de verdad. O ponía las cartas boca arriba y seguramente él se separaría de mí por haberlo engañado, o buscaba otra manera.

Marcos fue perfecto.

Lo disfruté, no digo que no, pero un joven manipulable suele ser la mejor opción cuando un marido molesta.

Dudo que cuente nada. Está demasiado asustado y yo misma me encargaré de que el miedo no le abandone el cuerpo.

—La vamos a llevar a un hotel con vigilancia para pasar la noche —dice una agente de la Guardia Civil, apareciendo en la puerta.

Compongo un gesto lastimero. Se me dan muy bien.

—Gracias, no quiero molestar más de lo que ya lo he hecho.

Ella me mira con afecto y vuelve al interior del cuartel.

¿Qué decía?

Eso. Supongo que tardaré en tomar el control de todo el dinero de Daniel. Es un desaparecido, ¿no? Como lo conozco bien, sé cómo piensa, es posible que pueda encontrarlo antes que los agentes y de ese modo convertirlo en un desaparecido... definitivo.

Además, el bocazas de Álvaro ha hablado de grabaciones. Al parecer ese tal Tomás nos ha grabado a Marcos y a mí, conversaciones y vídeos indiscretos. Tendré que encontrarlos y destruirlos. No creo que sea difícil. Ya he hecho antes cosas como esas.

¿Quién lo iba a decir? Justo aquella noche, la noche anterior a que Marcos y yo fuéramos a manipular los frenos de mi marido, Álvaro lo había hecho con los míos para quitarme de en medio.

Creo que la amnesia ha sido una bendición.

Por supuesto que hace un tiempo que lo recuerdo casi todo, aunque siempre quedarán algunas lagunas.

La memoria ha venido a *flashes*, poco a poco, día a día.

Y era necesario deshacerse de Álvaro, así que, cuando Vera me contó ayer lo de ese agente de la Guardia Civil jubilado, lo de su plan para desenmascarar a Daniel, supe que tenía una oportunidad.

El aire huele a sal. Me encanta Cádiz. No sé si me quedaré aquí o lo venderé todo para regresar a Madrid. Ya veré.

Quiero vivir, disfrutar, enamorarme.

Quiero enamorarme de nuevo, como con Daniel.

Y necesito dinero.

La herencia de mi marido no creo que dure para toda la vida.

La de mis padres la liquidé en menos de un año. Tanto esfuerzo, tanto trabajo de papá. Una lástima.

Los pobres ni siquiera se quejaron cuando supieron que iban a morir. Fui caritativa. Esperé a que los somníferos hicieran su trabajo. Los dos tomaban demasiadas pastillas para dormir desde hacía años; nadie iba a extrañarse de encontrarlas en la mesilla, junto a los vasos de agua intactos y la casa llena de gas.

Creo que mi padre me reconoció tras la máscara con la que evitaba acabar como ellos. Bonito. Su última visión fue su hija, lo que más quería.

Me lío con tantos pensamientos.

Amor, eso es lo que ahora necesito, amor.

Seguro que hay un hombre maravilloso esperándome por ahí.

Solo tengo que encontrarlo antes que otra.

Gracias por leer esta novela.

*Si te ha gustado, me ayudarás a difundirla dejando una valoración
y un comentario en Amazon.*

Gracias de nuevo.